

TREINTA  
POSTALES  
DE  
DISTANCIA

SARA VENTAS



## Annotation

Un pasado que creía superado, una amiga histriónica en la distancia, un mejor amigo encantador y un vecino algo peculiar. Sofía lo tenía todo, o creía tenerlo porque un buen día se encontró rodeada de 'ex' (propios y ajenos), casualidades, malentendidos y un buzón lleno de postales.

Dicen que el amor lo podemos tener justo al lado, sólo hace falta mirar para verlo. Para Sofía, el amor se encontraba a treinta postales de distancia.

Sofía, una ortodoncista, se traslada desde Mallorca a Málaga para cambiar de aires, después de una ruptura sentimental. Un año antes, y a través de Facebook, se había reencontrado con un amigo de la infancia, Manu, que es el que la ayuda a instalarse. En el ascensor de la finca donde vive, coincide todos los días con Jaime, un hombre que al principio le parece muy estirado, pero con el cual, por uno de los muchos malentendidos que se suceden en la novela, comienza una relación de amistad.

¿Por qué el amor de Sofía se encuentra a Treinta postales de distancia?

---

- [SARA VENTAS](#)
- [Sinopsis](#)
- [SOBRE LA AUTORA:](#)
  - 
  - [CAPÍTULO 01](#)
  - [CAPÍTULO 02](#)
  - [CAPÍTULO 03](#)
  - [CAPÍTULO 04](#)
  - [CAPÍTULO 05](#)
  - [CAPÍTULO 06](#)
  - [CAPÍTULO 07](#)
  - [CAPÍTULO 08](#)
  - [CAPÍTULO 09](#)
  - [CAPÍTULO 10](#)
  - [CAPÍTULO 11](#)
  - [CAPÍTULO 12](#)
  - [CAPÍTULO 13](#)

- [Agradecimientos](#)

- 



**SARA VENTAS**

*Treinta postales de distancia*

*Amazón*

## Sinopsis

Un pasado que creía superado, una amiga histriónica en la distancia, un mejor amigo encantador y un vecino algo peculiar. Sofía lo tenía todo, o creía tenerlo porque un buen día se encontró rodeada de 'ex' (propios y ajenos), casualidades, malentendidos y un buzón lleno de postales.

Dicen que el amor lo podemos tener justo al lado, sólo hace falta mirar para verlo. Para Sofía, el amor se encontraba a treinta postales de distancia.

Sofía, una ortodoncista, se traslada desde Mallorca a Málaga para cambiar de aires, después de una ruptura sentimental. Un año antes, y a través de Facebook, se había reencontrado con un amigo de la infancia, Manu, que es el que la ayuda a instalarse. En el ascensor de la finca donde vive, coincide todos los días con Jaime, un hombre que al principio le parece muy estirado, pero con el cual, por uno de los muchos malentendidos que se suceden en la novela, comienza una relación de amistad.

¿Por qué el amor de Sofía se encuentra a Treinta postales de distancia?

Autor: Ventas, Sara

©2012, Amazon

ISBN: 5705547533428

Generado con: QualityEbook v0.63

## SOBRE LA AUTORA:



Sara Ventas nació en Madrid, aunque reside en Málaga desde 2005. Su interés por las letras la llevó a abrir un blog titulado "Sueños a contraluz" a principios de 2010, donde ha publicado numerosos relatos, micro relatos y alguna poesía.

En 2011 participó en el proyecto "In Absent(i)a", donde fue seleccionado su poema "El viejo desván" para una antología poética editada por Nanoediciones.

Su primera novela Treinta postales de distancia ha sido publicada el pasado mes de febrero en Amazon.

## CAPÍTULO 01

Sofía

**«¡Hola, soy Sofía! En este momento estoy ocupada, deja tu mensaje al oír la señal. Gracias:**

*Mensaje 1: Hola Sofía, llámame cuando puedas. Te he dejado varios mensajes y correos electrónicos. Tenemos que hablar. ¿Se puede saber dónde te metes?*

*Mensaje 2: Sofía soy yo. ¿Has llamado al casero para que te arregle lo del calentador? Tu padre dice que se te apaga porque no dejas la ventana abierta y se ahoga la llama, prueba a ver, hija. ¿Qué tal el trabajo? Espero que ya tengas todo guardado porque eres un desastre y lo vas dejando todo para mañana, como si lo viera, seguro que tienes todavía alguna caja sin abrir. Bueno un beso. Llámame y me cuentas lo del calentador. Venga, adiós.*

*Mensaje 3: ¿Sofía? ¿A quién he llamado? ¡Ay, perdón me he equivocado!*

*Mensaje 4: Sofiiiiiiii, soy Paula, no te lo vas a creer me encontré el otro día con Alex. Intenté hacerme la loca pero en cuanto me vio se acercó. ¡Qué plomazo de tío! No entiendo cómo has podido aguantarle tantos años... Que si no le coges el teléfono, que si no le contestas los mensajes, que si dónde estás. Ya le dije que yo no podía ayudarle porque eras tú quien debías ponerte en contacto con él o no ponerte, eso como tú lo veas que son cosas tuyas, en fin, que está de un pesado... ¿Y qué tal en Málaga? ¡Qué suerte! Vida nueva, ciudad nueva, casa nueva... Te echo de menos. Espero que pronto te arrepientas y des la vuelta. ¡Es broma! No es broma. Bueno un poco. Llámame ¿vale?».».*

Le había gustado la idea de elegir la planta número trece de un edificio situado en La Malagueta, un barrio céntrico de Málaga junto a la playa. Las vistas eran espectaculares y la orientación no podía ser mejor. Cuando recibió las fotografías que Manu le había enviado del apartamento y las vistas desde la terraza, comenzó a concienciarse del paso que estaba dando y, sobre todo, empezó a ver una luz que no era precisamente la de aquel sol que iluminaba aquellas imágenes, sino la de la sensación que le producía la velocidad con

que todo estaba saliendo: rodado. Sofía tenía el convencimiento de que si algo que nace entre dudas sale sin esfuerzo, es porque se ha elegido el camino correcto. Y qué mejor muestra que aquella de encontrar, casi a la primera, la casa que se ajustaba, de sobra, a las características que ella buscaba. A todos les encantó. A todos menos a su padre, claro, un poco supersticioso por naturaleza y que se aventuró a pronosticarle algún pequeño infortunio originado por la maldita cifra en cuestión. Eso a ella no le afectaba, no creía en esas bobadas de la superstición, y era capaz de pasar bajo una escalera, tranquilamente. Incluso si veía que alguien evitaba una y se cambiaba de acera, ella pasaba por debajo mirando al supersticioso con picardía y presumiendo de su osadía. Una vez, cuando era pequeña, llevó a casa un gato negro que se encontró por la calle; su padre montó tal espectáculo que no tuvo más remedio que dejarlo abandonado donde lo había encontrado, y no dio su brazo a torcer con sus llantos ni cuando le dijo que era el peor padre del mundo. Claro que luego se lo compensó regalándole una tortuga que a ella no le hizo mucha gracia. Alegó que era la única mascota que aceptaría que tuviese en casa: «Son tranquilas, no dan ruido, no ensucian y en vacaciones nos la podemos llevar sin problema». A ella al principio le daba repelús el tacto de aquellas patitas arrugadas y ver aquel cuello diminuto estirarse fuera del caparazón. La tortuga tenía el tamaño de una galleta y le puso de nombre Tomasa. Más tarde descubrirían, viendo un documental, que Tomasa era macho por la forma que tenía en la parte baja del caparazón: cóncava en vez de plana. Pero aunque intentaban rectificar y llamarla Tomás, ya no les salía.

Después de una semana de frenético ajetreo de mudanza, aún tenía el salón empantanado con cajas de libros sin abrir, utensilios de cocina, y la ropa de invierno que había dejado amontonada sobre la cama del cuarto de invitados, amenazaba con venirse abajo, de un momento a otro, si una mosca se posaba en la superficie de la montaña mal apilada. Se tiró en el sofá acordándose de su madre mientras observaba el desbarajuste que decoraba su salón. Aquel desorden con apariencia de haberse mudado aquel mismo día, tenía todo el pronóstico de mantenerse por unas cuantas semanas más, si no eran meses. Pero eso a ella no le preocupaba lo más mínimo, lo importante ahora era adaptarse a la nueva vida que acababa de comenzar.

Aún no había cumplido treinta y tres años. Siempre imaginó que a esa edad ya estaría de sobra casada y con una ristra de hijos revoloteando a su alrededor. Ahora que la disfrutaba, a ratos se sentía demasiado joven para

tener hijos y otros, preocupada porque iba camino de los cuarenta y lo mismo se quedaba así como la hermana de su padre, su tía Conchita. Tanto esperó al hombre que se ajustase a sus exigencias que, cuando desistió bajando considerablemente sus requisitos hasta un punto en que ya le servía casi cualquiera, a quien empezaron a exigirle fue a ella. En su casa de vez en cuando se comentaba que se veía con un viudo del piso de abajo, pero que no se aguantaban del todo y no acababan de decidirse. «Porque la pobre lleva tantos años viviendo sola que no se aguanta ni ella. Todos los años viene despotricando de los viajes organizados esos que hace, y asegurando que ese será el último, porque siempre acaba a mal con alguna de las viajeras, pero al final de un año para otro se le olvida y termina yendo de nuevo», explicaba el padre de Sofía. «Y cuando se jubile dice que se va a venir todas las mañanas a echar un rato conmigo», solía comentar la madre de Sofía espantada, porque no le hacía ni pizca de gracia que su cuñada se le metiera en casa a entretener sus quehaceres. No se llevaban mal, pero porque se veían lo justito. A Sofía le caía muy bien la tía Conchita y fue la primera en animarla a que se fuera a Málaga:

—Sofí, cómete el mundo y no le hagas demasiado caso a tu cabeza, las hormonas son muy sabias.

—¿Las hormonas? —comentaba Sofía— Qué cosas se te ocurren, tía.

—Hazme caso, Sofi, allí me dejé yo algo imperdonable, y precisamente por darle la espalda a las hormonas.

—¿Alguna vez me contarás qué fue aquello que te pasó en Málaga y que solo dejas caer?

—Hay cosas que deben quedarse enterradas para no hacer daño a terceros.

Y Sofía no conseguía sacarle más información.

Sofía acababa de salir de una relación que había pasado por todos los estados que puede pasar una relación, con inesperado final incluido. Decidió cambiar de aires para evitar caer de nuevo en aquel ciclo interminable de idas y venidas:

—Te perdono, pero te prometo que esta será la última vez.

—Vale, yo también te prometo que voy a cambiar.

—Si yo no quiero que cambies, lo que quiero es que te centres y

proyectes tu futuro en una dirección.

—Que sí, no seas boba, si yo estoy centrado.

—No estás centrado, tienes treinta y cinco años y eres relaciones públicas de una discoteca ¿No te das cuenta que el resto de tus compañeros son veinteañeros?

—Todos no.

—Deberías concentrarte en el trabajo que tienes por las mañanas, que está muy bien, y olvidarte de la noche.

—Que sí, no seas pesada, es sólo un tiempo hasta que encuentren a alguien.

—Llevan buscando a alguien años, Alex, años, y tú cada vez estás más metido en ese mundo. A penas nos queda tiempo para vernos. ¿Crees que en esas condiciones a mí me apetece una vida en común, para estar todo el día sola?

Pero era un bucle que no terminaba de abrirse para ir a alguna parte. Aquella relación daba vueltas sobre el mismo sitio y ella ya conocía de sobra aquel itinerario absurdo. Necesitaba caminar en línea recta, aunque fuera para estamparse contra una pared de hormigón. No le importaba demasiado el sitio, lo importante era salir de la isla que por primera vez se le había quedado pequeña, y que el lugar tuviera mar. Era mallorquina. Eligió la ciudad de Málaga porque su padre era de allí, era donde veraneaban desde siempre para no perder aquella parte de sus raíces, y le hacía sentirse un poquito como en su casa. Un buen amigo de su padre, dentista como él de profesión y al que había conocido en la facultad, le ayudó a mover su currículum y le encontró un puesto en una cadena de clínicas dentales. Los veranos que habían disfrutado en Málaga, los habían pasado con este amigo y su familia. Sofía sabía al dedillo las batallitas de su padre con Miguel y, además, había hecho muy buena amistad con uno de sus hijos que tenía su misma edad: Manolito, bueno Manu, como se había rebautizado cuando pasó la adolescencia. Estuvieron mucho tiempo fuera de contacto. Lo retomaron hacía más de un año a través de facebook y, a partir de ahí, surgió de nuevo la amistad que habían reforzado cada verano que su familia viajaba a Málaga o ellos a Mallorca. Él había sido su visitador de aquella casa con magníficas vistas al mar, y quien le envió las fotos junto con un informe detallado sobre cada rincón de la casa, incluido un examen exhaustivo a sus caseros los que, a simple vista, le parecieron algo presuntuosos y bastante cotillas. Pero si Manu lo decía, algo de verdad habría en ello —pensaba Sofía— porque a diferencia

de ella, él no solía equivocarse en los juicios rápidos. Y al conocerlos ella tuvo la misma impresión.

No le apetecía devolver las llamadas que tenía acumuladas en el contestador. Lo que más le apetecía aquella tarde de viernes, era quedarse tumbada a la bartola en el sofá y que allí se las diesen todas. Pero había quedado con Manu que aparecería en cualquier momento y pensó que, al menos, debería apilar las cajas que tenía por medio, aunque pensándolo mejor, casi que prefería llamar a su madre y quitarse una llamada de encima. Deseaba hablar con Paula, pero no quería saber nada de Alex y en su mensaje del contestador ya se intuían noticias frescas. Era más cómodo mantenerse aislada en aquella burbuja que le proporcionaba su nueva vida, donde él apenas existía.

—¡Hola mamá!

—Hija, no hay quién te localice ¿qué ha pasado con el calentador?

—Tenía razón papá, me lo ha confirmado el casero. Hay que abrir un poco la ventana del lado opuesto al calentador, para que circule el aire sin que el viento apague la llama, porque no sé qué rejilla está tapada por la lavadora... no me he enterado bien, pero me he duchado y no se me ha apagado esta vez.

—¿Ya tienes todo ordenado? —Sofía dudó entre decir la verdad o adornarla. «Total, ojos que no ven corazón que no siente», pensó.

—Ordenadísimo, todo en su sitio.

—Mira que eres mentirosa.

—¿Por qué nunca me crees?

—Si me hubieses dicho que te faltaba alguna caja, te habría creído, pero diciéndome que tienes todo ordenadísimo, como si lo viera, seguro que está todo manga por hombro.

—Está bien, tú ganas, quedan dos cajas —intentó rectificar inútilmente.

—Ya no cuela, hija, mira que eres desastrosa. ¿Y qué tal el trabajo? —la madre de Sofía prefirió no seguir aquel tema para no terminar discutiendo con su hija. Era la primera vez que se separaban y le estaba costando muchísimo adaptarse a aquel vacío que había dejado en casa. Sofía era hija única, apareció cuando ya habían perdido las esperanzas intentándolo. No lograron conseguirlo otra vez. Esto hizo que sobreprotegieran a Sofía y que, aún siendo una mujer que sabía valerse por sí misma, la siguieran tratando

como a una niña.

—Bien, lo de siempre, de un lado a otro... Me gustaría trabajar como papá, en su consulta, sin moverse.

—Ay hija, no te quejes, y ¿para qué quieres estar todo el día en un mismo sitio? Así te mueves, vas de un sitio a otro, estiras las piernas...

—¿Las piernas? Si voy en coche mamá. Cada clínica está en una punta de Málaga.

—Bueno, hija, Málaga tampoco es tan grande. ¿Y qué tal son los vecinos?

—Yo qué sé, mamá, ya sabes que a mí no me gusta relacionarme con los vecinos, sólo he hablado con el portero y porque no recordaba cuál era mi trastero, que si no ni eso: hola y adiós.

—No seas antipática que allí estás sola y nunca se sabe. Hay que llevarse bien con los vecinos.

—Sí, mamá, ahora voy a hornear unas magdalenas de arándanos y me pongo a repartirlas por el bloque con una cestita.

—Cuando te da por ponerte impertinente, no hay quien te gane, hija.

—Y tú mamá es que eres muy pesada. Tengo a Manu que vive a dos calles de aquí, a sus padres, ¿qué más puedo necesitar? Además de que sé arreglármelas bastante bien solita. Mira cómo he solucionado lo del calentador.

—Yo no digo nada que eres muy cabezona. ¿Y los caseros qué tal son?

—Unos plastas. Espero que no se me rompa nada más porque les veo metidos en casa cada dos por tres. Y para colmo viven en el bloque de al lado, menudo peligro tienen esos dos. Encima van en pack, llamas a uno y se presentan los dos, son como los Pin y Pon.

—Qué exagerada eres, Sofía, yo no sé a quién habrás salido tú tan crítica.

—Pues a ti, mamá, a quién voy a salir. Pero no te exagero nada, y si no me crees le preguntas a Manu, que también le han hecho la ficha y más de una radiografía. Creen que somos pareja, pero algo no les encaja y es divertidísimo, porque Manu ya sabes cómo se las gasta y lo guasón que es.

—No, si... vaya dos os habéis juntado. Para qué más.

—Te dejo mamá, que llaman a la puerta y creo que es Manu.

—Dale recuerdos de mi parte.

Tiró el teléfono sobre el sofá y sorteó las cajas que plagaban el salón para ir a abrir la puerta con el portero automático. Pensó que era una suerte

que el conserje ya hubiera terminado su turno por ser viernes, así mientras subía Manu por el ascensor le daba tiempo a ordenar un poco el desastre. No le apetecía escuchar su sermón, bastante tenía con escuchar el de su madre.

—Hola Manu —abrió la puerta de arriba en la segunda insistencia del timbre, después de meter en el fregadero el plato y los cubiertos, que tampoco había recogido al terminar de comer.

—¿Te pillo en mal momento? —se hizo paso empujando dos cajas que impedían el acceso al salón.

—No, ¿por qué? Si te estaba esperando.

—Como llevas esa cosa... —le dijo apuntando con un gesto de la barbilla a su ropa, mientras la miraba de arriba abajo entre sorprendido y confundido— y tienes esto así... tan... ¿Estabas colocando cajas?

—Esa cosa es mi pijama, y esto... sí, estaba colocando, pero vamos que ya lo dejo para otro día —mintió con éxito Sofía—. Siéntate por ahí... donde puedas.

El salón era bastante amplio. Disponía de un sofá de tres plazas con chaise-longue frente al televisor, con una mesa baja en medio. Otra mesa de comedor situada a la espalda del sofá, y a la izquierda un ventanal que ocupaba toda la pared del salón y que era la entrada a la terraza. La pared de la derecha la cubría una estantería que en aquel momento tenía cuatro libros mal apilados y unos cuantos marcos con fotografías; y la pared trasera estaba ocupada por un mueble bajo para colocar la vajilla y los manteles. No había cuadros ni adornos. La terraza se comunicaba también con el dormitorio principal.

—¿Te apetece ir este fin de semana a Nerja? Conozco un sitio para comer “pescaito” que está para chuparse los dedos —explicó Manu, alineando los libros de la estantería. Le estaba poniendo nervioso verlos ahí amontonados con las fotografías—. Además va a hacer buenísimo para ir a la playa

—Me apunto —al ver a su amigo decidió imitarlo y sacó algunos adornos al azar de una caja que tenía a su lado— ¿Estarán tus padres o vamos solos?

—Mis padres no estarán, pero solos, solos... tampoco iremos.

—No irás a montar una fiesta gay de esas que luego terminan colgadas en el Youtube ¿verdad?

—No, tranquila, es más bien una cita. He conocido a través de internet a un tío que se llama Andrés, es de Valladolid y viene este fin de semana. Le

acompaña un amigo y claro, yo pensaba que tú...

—...Que yo os podía quitar al amigo de encima ¿no? —se tiró en el sofá cuando Manu se apoyó sobre el reposabrazos del mismo. La conversación se estaba poniendo interesante.

—¿Lo harás?

—¿Es gay o hetero?

—Y yo qué sé. No se lo he preguntado.

—¿Y por qué no se lo has preguntado?

—Ay, hija, no quería que pensara que estaba interesado también en el amigo...

—Bueno, de todos modos, a mí qué más me da, tampoco me apetece tener nada con nadie. Estoy apática sentimentalmente hablando.

—¿Y sexualmente hablando?

—¿A ti qué te importa?

—¿Qué se sabe del elemento? —le preguntó Manu, refiriéndose a su ex novio. Retiró los pies de Sofía para abrirse hueco en el sofá. Ella se incorporó para dejarle sitio y cogió un catálogo del supermercado que había sobre la mesa para disimular su estado de ánimo. No le apetece hablar del tema pero tampoco quería que él notase su frustración después de llevar toda la semana presumiendo de lo increíblemente bien que se sentía sin Alex.

—Nada. Bueno algo. Me ha dejado varios mensajes en el buzón y algunos correos... Y Paula se lo ha encontrado.

—¿Y qué le ha dicho?

—No he hablado con ella aún, pero lo mismo que en los mensajes que deja: que no le cojo el teléfono, que dónde estoy... en fin, más de lo mismo.

—¿Cómo te sientes?

—Bien. Prueba superada. Ya te dije que ni siquiera le echo de menos. Bueno a veces un poco. Aunque no sé si le echo de menos a él, o al hecho de estar con alguien.

—Que te vale cualquiera, vamos.

—No, cualquiera no, no es eso. Echo de menos las cosas que hacíamos juntos y que ahora hago sola.

—¿Estamos hablando de forma sentimental o sexual como antes?

—¿Es que tú no sabes pensar en otra cosa?

—Era broma, mujer, es que me lo has puesto a huevo. ¿Te importa si paso al baño?

—Pues claro que no —mientras tanto, Sofía se levantó también y

aprovechó para empujar un par de cajas hacia los huecos de pared que quedaban libres y así abrir paso.

—¿Por qué tienes un paraguas abierto en la bañera, no sabes que da mala suerte? —gritó Manu desde el baño.

—¿Y tú cómo pones a secar los paraguas? —preguntó ella, a modo de respuesta, apilando otras dos cajas y subiéndolas encima de las otras dos.

—Cerrados, en el paragüero, como todo el mundo. —Contestó Manu, que ya había hecho entrada de nuevo en el salón y se acercaba a ayudar en el apilado de cajas.

—Así se seca antes y, además, no tengo paragüero.

—Mira por dónde ya sé lo que regalarte por tu cumpleaños. ¿Y por qué estaba mojado? Si no ha llovido hoy que yo sepa.

—¿En qué planeta vives? Claro que ha llovido esta mañana. Cómo se nota que trabajas en casa. A saber a qué hora te habrás levantado. Esa no es vida, Manu, lo ideal es salir todas las mañanas, ir de un lado a otro, pasear, el ajeteo de unos salen otros entran... el sol... la lluvia... Como me regales un paragüero por mi cumpleaños lo devuelvo.

Manu era arquitecto, había estado varios años trabajando para una empresa de construcción que había quebrado dos años antes y, al quedarse sin trabajo, montó junto con un compañero de allí un estudio de arquitectura. Manu apenas pisaba el estudio, y casi todo el trabajo lo realizaba con su ordenador desde casa. Vivía solo, en el mismo barrio donde había encontrado el piso para Sofía. En aquella zona había vivido desde que era pequeño.

—Tú estás muy mal Sofía —contestó a la explicación de su amiga— Si llevas toda la semana quejándote de que no paras. Que si para arriba que si para abajo con el coche, que si la suerte que tengo yo en mi casa distribuyendo el tiempo a mi antojo, que si ya podrían haber montado las consultas una al lado de la otra.

—Bueno, es que ya le encontré el lado bueno... No te creas, tampoco lo tuyo está tan mal, pero si lo pienso fríamente me gusta más levantarme, ponerme guapa para salir a la calle, aunque siempre vaya con la hora pegada al culo, termine pintándome los labios en el ascensor y saltándome un par de semáforos; así aprecio más volver a casa luego por la tarde, y tener mi espacio para desconectar —era consciente de que era un desastre para organizar su tiempo. Todas las noches se proponía levantarse media hora antes para salir con tiempo o dejar todo preparado antes de acostarse y levantarse a la misma hora; pero ni lo uno ni lo otro: siempre terminaba

corriendo por toda la casa buscando en el último momento cualquier cosa importante para meter en el bolso, y dejando todo hecho un desastre a su paso.

—¿Tendrás morro? Estas usando los mismos argumentos que te di cuando te quejabas.

—Para que veas que soy una alumna aplicada. ¿Te apetece un café? —habían dejado de apilar las cajas y estaban cada uno sentado en una, observando el desastre que aún quedaba frente a sus ojos de cajas abiertas, a medio abrir y sin ningún orden ni concierto. Sofía no se había molestado ni en anotar fuera, con rotulador, su contenido cuando las embaló.

—¿Por qué no terminamos de recoger todo este desastre y lo tomamos mejor fuera? —se le ocurrió a Manu—. Esta mañana habrá llovido, pero hace una tarde estupenda.

—Venga, vale, me cambio en un minuto —iba ya embalada hacia el dormitorio—. Eso déjalo tal cual, en serio, ya lo iré colocando poco a poco.

—Lo que no entiendo es por qué tienes las mismas cajas que el día de la mudanza. ¿Has llegado a colocar alguna entera? —pero Sofía ya no le escuchaba o no quería escucharle.

Había sido una tarde muy luminosa del mes de mayo, de la que ya apenas quedaba luz cuando esperaba en el portal a que llegase el ascensor para subir de vuelta a su piso. Manu se había quedado en la cafetería de abajo, charlando con unos amigos a los que hacía tiempo que no veía; y ella entre que se sentía cansada y aburrida con la conversación, decidió quitarse de en medio. Le gustaba el ambiente de aquella ciudad, tan cálido, tan cercano. Mallorca le gustaba más, sobre todo sus playas, con esa arena blanca tan fina. Pero Málaga tenía para ella otro encanto, puede que el recuerdo de los veranos de su infancia, que suelen dejar un sabor anaranjado; la mezcla perfecta entre la alegría dulce del recuerdo y el amargor de la nostalgia. Se sorprendía cuando veía a Manu saludar a la gente en cualquier rincón, lejos del barrio, en un chiringuito perdido de la playa de El Palo, en Torremolinos o Arroyo de la miel... siempre encontraba una cara conocida a quien saludar. Era muy fácil sentirse arropado allí y contagiarse del carácter abierto de su gente.

Al abrirse la puerta del ascensor se encontró con un vecino del

decimosegundo, que subía directamente desde el garaje. Cruzaron un «buenas tardes» apenas perceptible y ella pulsó el número trece. Él frunció el ceño al ver iluminarse aquel círculo verde enmarcando el número. A su vecino le encantaban las alturas, siempre soñó con un ático, pero era demasiado supersticioso para atreverse con aquella planta, y como aquel edificio tan céntrico le venía muy bien, y las vistas le parecieron magníficas, decidió establecer su residencia en el decimosegundo, el más alto sin llegar a jugársela con ese número.

Subieron las doce plantas en silencio. Él mirando el contador de plantas y el reloj un par de veces, y ella jugueteando con su llavero. De vez en cuando miraba de reajo al individuo que permanecía impassible a su lado, para hacerle un examen rápido sobre qué tipo de hombre le parecía aquel vecino. A simple vista reojera observó que iba bien vestido, con mucho estilo aún siendo un atuendo muy sobrio para su gusto, pensó que posiblemente era su “uniforme” de trabajo y se preguntó cómo vestiría en fin de semana. Calculó por su pose rígida que se trataba de un tío estirado, malhumorado y rozando la antipatía: el típico amargado que no está contento con nada. Y aunque siempre fallaba en aquellas elucubraciones, esta vez sintió que no se equivocaba un ápice. El tipo no había variado ni un milímetro la postura, a pesar de que ella había dejado de mirarle de reajo para mirarle descaradamente, y no porque le interesase aquel tipo, lejos de su intención quedaba aquello, sino porque se había puesto de nuevo a pensar en sus cosas y no se había dado cuenta del hecho; hasta que el ascensor paró en seco en la planta doce y despertó de sus ensoñaciones de golpe. Se despidió con un hasta luego, más inaudible que el buenas tardes del principio, y siguió centrada en lo suyo hasta su casa.

## CAPÍTULO 02

Jaime

«¿Por qué me habrá mirado tanto la tía esa?», pensó Jaime mientras se quitaba los zapatos y la ropa, y se dirigía a la ducha. «Debe de ser nueva porque nunca la había visto, o lo mismo subía de visita a casa de alguien. ¿A qué descerebrado se le puede ocurrir vivir en la planta número trece?».

Salió de la ducha y dejó filtrándose por el desagüe todo el estrés acumulado de aquella semana de duro trabajo. Jaime tenía una cadena de restaurantes. Eran muy famosos por sus carnes a la parrilla y sus cazuelas de guisos de toda la vida, cocinados y presentados en cazuelas de barro. Él y su socio, Javier, tenían franquicias en varias ciudades de Andalucía y Castilla la Mancha; y un par de ellas en Madrid y Barcelona. Comenzó Javier, hacía ya cerca de catorce años, abriendo uno en Campanillas. Jaime lo conoció y se interesó por el modelo de restaurante y a Javier no le importó que utilizase su nombre comercial para abrir uno en Torremolinos. Terminaron haciéndose amigos y montando otro restaurante entre los dos, cerca de la Plaza de Toros, en Málaga. Con el paso de los años, y el interés de otros restauradores interesados en el modelo, decidieron comercializarlo en franquicias.

Le embriagaba la sensación que le producía pasar aquel viernes en casa sin hacer nada. Solo. Saboreando una cerveza bien fría, y una ración de jamón recién cortado que acaba de comprar al salir del trabajo. Se sentía extraño disfrutando de una noche de viernes en solitario. Susana le había llamado aquella misma mañana para informarle de que hacía mucho tiempo que no salía con sus amigas, y si no le importaba que no se vieran esa noche. Lejos de importarle le alegró, aunque el tono de Susana, más que de alegría por el plan que le esperaba con sus amigas, parecía de sacrificio, como si en ese momento le estuviesen apuntando con una pistola como rehén para pedir algo que no quería. Aún así Jaime no dijo nada al respecto, y se limitó a decirle que no había problema y que lo pasara bien.

Vivía solo desde hacía casi un año. Tenía cuarenta años, rozando ya los cuarenta y uno. Estuvo felizmente casado durante cuatro años, hasta que su actual pareja se cruzó en su camino, y tras un par de meses de doble vida, María, su ahora ex mujer, le pilló en un renuncio de TBO y su matrimonio se

fue por dónde había venido. Intentó arreglarlo y volvieron. Pero María no resistió la desconfianza y finalmente pudo más la incertidumbre de no saber si la seguía engañando, que el amor que sentía por su marido. Jaime no quería romper su matrimonio, realmente estaba bien al lado de María, aunque tampoco luchó lo suficiente por salvarlo y quizás fue el darse cuenta de esto, lo que le llevó a pensar que tal vez el estar bien no es suficiente para sostener un matrimonio. Más por inercia que por otra cosa, continuó con Susana y, aunque la relación poco a poco se había ido consolidando, a Jaime le costaba dar de nuevo el paso de la convivencia.

Susana se quedaba a dormir todos los fines de semana, aunque si dependiera de ella se quedaría cada día. El problema que había creado Jaime con la convivencia era el producto de haber saboreado la independencia, unido a una pequeña manía que tenía por el orden. No llegaba a ser un obsesionado con la limpieza, pero le producía cierto desconcierto ver cosas por el medio o fuera de su lugar habitual. Cuando vivía con María le ponía nervioso adaptarse a sus costumbres. No es que María fuese desordenada, ni mucho menos, simplemente tenía sus propios hábitos que tuvieron que ir engranando, o por decirlo de otro modo, María se amoldó a los de Jaime como una masa de plastilina recién abierta. Con Susana el problema se complicaba. Tampoco era una persona desordenada, todo lo contrario, era casi tan maniática del orden como él, pero con una diferencia, y era que las manías de ella no coincidían con las de él, y donde uno hacía el otro quitaba y viceversa. Esto unido a que le había cogido gusto a vivir en una paz absoluta donde él era el dueño y señor de cada decisión que se tomaba en aquellas cuatro paredes, con sus propios horarios y posesión del mando a distancia en cualquier momento. Se le hacía muy difícil renunciar a tan succulento placer.

A pesar de que estaba hambriento, no quiso sentarse a cenar hasta dejar todo colocado. Recogió el cuarto de baño, puso la ropa que se había quitado a lavar, colocó los zapatos en su sitio, estiró la toalla sobre la calefacción para facilitar su secado y se enfundó en el pijama. Cuando lo tenía todo preparado frente al televisor, ya encendido, se sentó cómodamente sobre el sofá con el abridor de cerveza en mano. El ruido de la chapa de ésta coincidió con el timbre de la puerta. No se movió del sitio, agudizando los oídos y esperando que hubiese sido la televisión su punto de procedencia. Aquel segundo timbrado le anunció que su magnífico y placentero plan, posiblemente, se acababa de ir por la borda.

—Perdona que venga así, sin avisar, pero es que al final he cambiado de

opinión y cuando iba camino del restaurante donde habíamos quedado, he llamado a las chicas y les he dicho que me encontraba mal.

—¿Y te encuentras mal?

—Qué va, era una excusa que les he puesto, me apetecía más venir aquí contigo. ¿Has cenado? —le preguntó, entrando hasta el fondo del salón y sin darle opción a contestar.

—Pues no, me disponía ahora mismo a... —no podía creerlo, antes de terminar la frase ya estaba Susana sentada frente a su plato, saboreando su cena.

—Mmmmmm qué bueno está este jamón, estoy hambrienta —cogió el mando y se puso a hacer zapping sin ton ni son, como si realmente no estuviera atendiendo a lo que aparecía en pantalla. No quitaba ojo de la cocina, dirección que había tomado Jaime al ver que también se había apoderado de su cerveza—. ¿Te pones otra cerveza? He cogido la tuya.

—Sí, ya te he visto —la cara de Jaime era como la de un niño pequeño al que le acaban de sacar de la boca un caramelo que ha cogido del suelo. No es que le importase compartir su cena, lo que le importaba era compartir su tranquila noche de tocarse las narices y hacer de su mando un sayo.

—Me pareció esta mañana que cuando te dije que me iba con las chicas... ¿te alegraste? —le preguntó intrigada, justo cuando se sentaba junto a ella con su nueva cerveza.

—Pues claro que me alegré, pensé que te hacía ilusión salir con ellas —tomó un trago de cerveza sin darle demasiada importancia a la pregunta.

—Ya, pero la sensación que me dio era como que te alegrabas porque te dejaba libre. —insistió Susana, con el tono un poco más árido y suspicaz.

—¿Por qué piensas eso? —Jaime la miró contrariado, oliéndose que aquella conversación iba conducida a un punto al que no le apetecía dirigirse.

—No sé, fue tu forma de contestar, tan... alegre. Puede que sólo fuese impresión mía, pero algo dentro me dijo que tramabas algo —observaba todos sus movimientos milimétricamente, como si quisiera escudriñarle al máximo. Leía cualquier gesto, cada pausa. Su forma de beber varias veces seguidas sin mirarla directamente. Todo tenía un sentido para ella.

—¿Qué tramaba algo? —respondió finalmente. Comenzaba a sentirse indignado.

—Bueno, ya veo que no, no te enfades, no debí decirte nada —intentó inútilmente cambiar de tercio.

—No, no debiste decir nada. Hay veces que pienso que eres un poco

paranoica.

—¿Paranoica? ¿Cuándo he sido yo paranoica, a ver?

—Pues muchas veces, Susana. Cuando te digo que voy a llegar tarde porque tengo mucho trabajo en el despacho, y me llamas cada dos por tres por cualquier excusa absurda que se te ocurre para comprobarlo; cuando me voy de viaje y a la vuelta te ofreces voluntariamente a hacer mi colada, y te veo husmeando en las camisas por si hay algún rastro de yo no sé qué; o registras mis bolsillos...

—Para que no se estropee la lavadora con algo punzante... — interrumpió ella.

—Algo punzante como qué —atajó él—. Qué puede llevar un hombre punzante en los bolsillos. ¿Horquillas del pelo? ¿Chinchetas? ¿Algún clavo de un taller de carpintería que haya encontrado de camino?

—Bueno, tampoco exageres, le estás sacando punta a todo.

—¿Qué yo le estoy sacando punta a todo?

—Venga, no te enfades, de verdad, que no merece la pena. Ha sido un mal entendido. Vamos a terminar de cenar y a ver qué echan en la tele, que me apetece ver una película divertida. Anda mira, si entrevistan a “la Esteban” ¿Te importa si lo vemos? Es que no veas la que se ha armado, porque resulta que el hermano de Jesulín se ha echado una novia que es...

Jaime se había desconectado de aquella conversación. Recogía los platos y las botellas de la mesa con la sensación de haber protagonizado la escena de una película absurda, donde ni siquiera le pertenecía el papel principal, quizá tampoco el secundario. Una escena de su vida donde tan sólo era un espectador que se revolvía en su asiento ante un guión cambiado a última hora, cuando el original lo conocía de memoria porque ya había visto la película ochenta veces.

Lavó la vajilla y cogió un libro de la mesilla de noche: Sin noticias de Gurb, rezaba la portada. Se sentó al lado de Susana, bajo la lámpara, y decidió que aquella noche de viernes que en un principio se presentó tan apacible y cálida, aún podía salvarse si se perdía en la lectura de aquel libro, ajeno a la verborrea de aquella mujer gritona que ocupaba la pantalla de su televisor. Susana se acomodó en su regazo. Se había quitado los zapatos y se había puesto uno de los pijamas que invadían parte de su armario. También varios utensilios y cremas ocupaban los estantes de su baño, sin olvidar el cepillo de dientes, y algún par de cosas más. Se quedó un buen rato mirándola y pensando. Era una mujer muy guapa. Tenía dos años menos que

él, aunque aparentaba ser todavía más joven de lo que era, con una piel perfecta y un tono que parecía estar siempre bronceada. La conoció en una cena de Navidad. Él estaba con el grupo de su empresa en un restaurante de la plaza de la Merced, sentados en una mesa para dieciocho comensales. Jaime se había reunido allí con su equipo y un grupo de franquiciados que habían acudido de distintos puntos de España. En la mesa de detrás se encontraba Susana, junto con sus compañeras de trabajo. Un grupo femenino en su mayoría, y que pertenecían a una clínica de medicina estética y tratamientos con laser, donde ella trabajaba de enfermera. La conexión entre ellos fue de lo más corriente. Después de la cena y unas cuantas copas que se dejaron caer por las mesas, el ambiente festivo ya había hecho su parte y, al salir del restaurante, más contentos de lo que habían entrado cuatro horas antes, se metieron todos juntos en el primer local que encontraron y, como era pequeño, casi lo llenaron. Después de la sesión de baile del primer local, donde las chicas se hicieron con la voluntad del disc-jockey que terminó pinchando todo aquello que le pidieron, y donde las copas dieron rienda suelta a los pasos de baile, a los roces y las miradas indiscretas; se marcharon a una especie de teatro discoteca de dos plantas y, sin saber cómo, Jaime y Susana amanecieron en el piso de ella. Él, que se despertó más sobresaltado por la hora que era que por el lugar donde se encontraba, tuvo que hacer mucha memoria ya que ni siquiera recordaba cómo habían llegado hasta allí ni dónde había dejado el coche. Se marchó con un «¡Te llamo mañana!» que le sonó más falso que a ella. Pero el destino o, más bien, las traicioneras copas, quisieron hacer de aquel encuentro algo más que un leve escaqueo, y unirles de nuevo en forma de cita de negocios. María, su mujer, encontró una tarjeta en el bolsillo de su chaqueta de un centro de estética, a nombre de una tal Susana con teléfono y dirección. Se acercó a la cocina con la chaqueta aún sin colgar en la percha y tarjeta en mano.

—¿Y esto? —le preguntó sin quitar los ojos de la tarjeta y menos aún del número que estaba escrito a bolígrafo por detrás.

—¿Eso? —trataba de tomar ventaja para encontrar una buena excusa mientras le daba vueltas al café en la cocina.

—Sí, esta tarjeta: Clínica Vallejo-Redina. Medicina estética y tratamiento láser.

—Ah, ¿no te lo había dicho? —respiró algo más tranquilo. Medicina estética y tratamiento láser serían de buena ayuda para una coartada. Pero desconocía cuál exactamente. No tenía mucho tiempo, había que improvisar.

—Decirme qué.

—Voy a hacerme la depilación láser —fue lo único que se le ocurrió para salir del paso.

—¿Dónde?

—¿Dónde va a ser? Pues en esa clínica, por eso tengo la tarjeta.

—Me refiero a en qué parte de tu cuerpo vas a hacerte el láser.

—¿Tú qué crees? —necesitaba que ella le diera la respuesta porque, desde luego, no tenía ni idea de dónde podía quitarse vello.

—¿En los testículos?

—¿Qué dices? ¿Sí? Pues... no sé ¿no hay más sitios?

—Jaime por favor ¿me estás tomando el pelo? Si tú a penas tienes vello... todavía entendería si tuvieses en la espalda o en el pecho, pero si en las piernas tengo yo más que tú.

—Es que era para ti, María, ya me has estropeado la sorpresa —le había quedado perfecto, encima se lo había puesto fácil para improvisar un tono de fingida ofensa por reventarle la sorpresa.

—¿Me ibas a regalar una depilación laser?

—Pues claro, mujer. Llevo un tiempo buscando un buen sitio y este parece serlo. Me lo ha recomendado —se arrepintió en el mismo momento que pronunció el nombre de su socio—... Javier.

—Entonces es allí donde va Gloria. Está contentísima con el tratamiento, dice que lleva más de tres meses sin salirle vello, aunque claro, lleva cerca de un año yendo.

—¿Tanto? —no podía creerlo. No sólo había incluido un cómplice en su mentira, sino que encima estaba tentando a su suerte más de lo necesario— ¿Eso no se quita de una vez?

—Que va, el tratamiento es largo, pero te olvidas del vello para siempre. Y más yo, que soy morena, las rubias lo tienen más complicado, según dice Gloria. Pues venga llama, pídemme cita.

—¿Yo? —una gota de sudor asomó en su frente—. Llama tú.

—¿No era una sorpresa?

—Ya pero... como me has pillado... —se fue desabrochando los botones de la camisa mientras se alejaba por el pasillo disimuladamente. Desde luego era mejor que llamase ella, al fin y al cabo, era una mujer anónima llamando a un centro de estética por referencias de una amiga—. Llama tú y así te organizas mejor con los horarios.

—Está bien, pero me acompañas ¿eh? Por lo menos a la primera sesión.

¿Llamo al número que está anotado a mano o al de la tarjeta?

—Anda, trae, ya te lo pido yo —se acercó a toda prisa al recordar que detrás estaba su número particular—, que estás poniendo excusas como siempre para que termine haciéndolo yo.

María era una mujer muy alegre y a la vez tenía un semblante apagado. Cuando estaba contenta se le notaba muchísimo, era como si la felicidad le saliera por la piel en forma de tonos. También se percibía porque cuando no lo estaba se le ponía cara de pena, no tenía término medio. Era muy insegura y se bloqueaba cuando tenía que tomar decisiones importantes, aunque tuviese muy claro lo que quería siempre necesitaba la opinión de alguien. Se conocieron en la boda de Javier, el socio de Jaime. Ella era una de las amigas solteras de la novia y él, que en ese momento estaba medio tonteando con una chica que había conocido a través de Internet, no lo dudó un segundo y se fue directo a ella. Aquel día lucía un vestido rojo y le pareció la mujer más hermosa de la fiesta. Todo fue demasiado rodado. Comenzaron a salir, al poco tiempo se fueron a vivir juntos y, cuando apenas llevaban un año saliendo, decidieron casarse. Tenían una relación envidiable. Se querían, se divertían juntos, no discutían, pero había pequeñas cosillas que les diferenciaban. A ella le gustaba dormir abrazada, él no lo soportaba. A él le gustaba sentarse a desayunar, a ella le gustaba tomar un café de pie y salir pitando. Él era incapaz de dormir con la persiana cerrada, ella no soportaba la luz del sol por la mañana. A él le gustaba estar solo en el baño, ella entraba aunque estuviese ocupado... eran pequeños matices que de vez en cuando les crispaban, por lo demás, todo parecía ir sobre ruedas en la convivencia.

El día que Jaime entró con María en la clínica, parecía un manojo de nervios. Se llevó un libro. «Para entretenerme», le dijo a ella. Camuflarle sería la función real del libro. La sala de espera de la clínica, por suerte, estaba bastante concurrida y Jaime miraba de reojo a las auxiliares que con su pijama blanco iban entrando a la sala nombrando a quien le iba tocando, o acercándose al mostrador de recepción para preguntarle a la recepcionista por los turnos. Al cabo de un cuarto de hora se relajó un poco, pensando en la posibilidad de que Susana no tuviese turno aquel día, de haberlo tenido ya la

habría visto. Pero su gozo se metió en las profundidades de un gran pozo cuando sus miradas se encontraron por el pasillo, mientras una de sus compañeras les acompañaba para entrar en una de las salas. Siguió su camino desconcertada, y sin decir una sola palabra. Jaime convenció a María para que se quedase un momento sola mientras llegaba el doctor para informarles y, poniendo la excusa de que necesitaba ir urgentemente al baño, se fue en busca de Susana. Quedó en llamarla otro día para darle una explicación que ella no le había pedido.

—Siento no haberte dicho que estaba casado —se disculpó, después de haberle contado por qué se encontraba en su trabajo el día anterior y apurando el último sorbo de café.

—La verdad es que no recuerdo si me lo dijiste o no, pero sí recuerdo que en la mesa del restaurante llevabas la alianza.

—Y después también, nunca me la quito.

—Después del restaurante tengo una nebulosa en mi cabeza que no me deja recordar con nitidez. Pero la verdad es que me sorprendió verte allí con tu mujer, no sabía si había sido casualidad o que querías rebozarme por las narices que estabas casado.

—No soy así de cruel. Pero estuve a punto de ir a la clínica a depilarme mis partes nobles. El otro fue el plan B.

—¿Cómo dices?

—Cosas mías.

—Cosas tuyas no, ya que lo has empezado lo terminas.

—Vaya, ¿te fijaste en mí ya en el restaurante? —le preguntó él con curiosidad.

—¿Tú no?

Terminaron donde lo habían dejado, y comenzaron de nuevo. Transformando aquel encuentro de explicaciones pendientes, en un amasijo de enredos, sexo, falsas expectativas, más sexo, promesas ilusorias, coartadas confusas, y mentiras. Muchas mentiras.

## CAPÍTULO 03

### El ascensor

Otra de las manías de Jaime, era la de construir rutinas. Casi todo lo que hacía tenía un método, y a veces se entretenía en calcular los tiempos que tardaba en hacer las cosas de una manera o de otra. Sabía, por ejemplo, lo que tardaba en prepararse un café desde que encendía la cafetera hasta que se sentaba en la mesa a desayunar, y había comprobado que en los diez segundos que tardaba en calentarse el agua, si aprovechaba para poner la leche, el azúcar y meter la cápsula de café, eran diez segundos que le ganaba al café; más los que se ahorraba si mientras se llenaba el vaso preparaba las galletas, la servilleta y el plato. Le encantaba que todo sucediese siempre de la misma manera, no le gustaban nada los cambios ni improvisar. La última vez que había improvisado, el resultado había sido un divorcio. Lo peor de todo era que sabía que se aproximaban cambios. Últimamente Susana estaba más pesada que nunca con la idea de irse a vivir juntos.

—Es una tontería que cada uno esté viviendo en su casa y que pasemos sólo los fines de semana juntos, parecemos adolescentes ¿No te das cuenta?  
—decía ella.

—Bueno, tampoco tenemos prisa así estamos bien. Nos echamos de menos, cuando nos vemos nos cogemos con más ganas... Yo creo que es perfecto.

—¿De qué tienes miedo, Jaime?

—De nada, mujer, es solo que esta vez no quiero precipitarme, y creo que con María me precipité.

—¿Tú me quieres? —le preguntaba ella.

—Claro que te quiero, Susana.

—Pero tienes dudas.

—No tengo dudas, es solo que...

—Mira Jaime, es muy sencillo, si me quieres y no tienes dudas, no creo que sea necesario estar retrasando esto por más tiempo.

Se avecinaban cambios y no sabía hasta qué punto.

Sofía, como cada mañana, iba con la hora justita para no llegar tarde. Siempre y cuando no encontrase ningún incidente en el camino que le produjera algún retraso con el tráfico, si pillaba todos los semáforos en verde por la Alameda principal hasta la Avenida de Andalucía, era pan comido. Guardó su lápiz de labios en el bolso cuando el ascensor paró en la planta número doce. «¡Mierda! Espero que ya no pare más veces. Al final voy a llegar tarde». Cuando Jaime subió al ascensor y se colocó frente a ella, no pulsó ningún botón, pues iba al garaje como Sofía. En el mes y medio que ella llevaba viviendo en aquel apartamento, habían coincidido muchísimas mañanas. Realmente debían coincidir cada día porque una de las cosas que tenían en común era la hora de salir de casa, pero ella siempre iba perdida con los tiempos y, aunque él era como un reloj suizo, no coincidían todas las mañanas. Cuando lo hacían, pasaban las doce plantas restantes en silencio. Ella mirándose en el espejo de reojo por si con las prisas se le había olvidado ponerse o quitarse algo, y él observando el indicador de descenso de plantas. Cuando bajaba sola aprovechaba para pintarse los labios, pero con gente delante no se atrevía. Alguna vez cruzaban alguna frase meteorológica o, si recogían a alguien más en otra planta, se creaba una especie de conversación. Aunque ninguno de los dos era dado a relacionarse con los vecinos.

—¡Mierda, las obras del metro! —refunfuñó para sí misma Sofía.

—¿Cómo dices? —preguntó Jaime, aun sabiendo que no se lo decía a él.

—Que han empezado las obras del metro en una de las calles donde trabajo y olvidé que no puedo ir en coche a no ser que salga con mucha antelación. Allí se aparca fatal. Tenía que haber salido antes —le explicó ella inmediatamente, como si aquella explicación en alto fuera a solucionar su problema.

—Puedes coger un taxi. ¿Está muy lejos?

—No, muy lejos no está. Tienes razón cogeré un taxi —pulsó el botón de la planta cero—. Gracias.

—De nada —contestó él mientras la observaba salir apresuradamente por el portal.

Cuando Jaime salía del garaje con su coche, vio que Sofía aún estaba en la puerta del bloque colgada del teléfono. Abrió la ventanilla y paró junto a la acera.

—Perdona ¿quieres que te lleve? —ella se quitó el móvil de la oreja y tapó el auricular para contestarle.

—No, muchas gracias, ya viene un taxi de camino. Pero te lo agradezco.

—Como tú veas. Hasta luego —y se alejó con una sonrisa que Sofía desconocía de aquel tío que, en las veces que habían coincidido, le había parecido tan sieso.

Sofía pensó que de nuevo se había equivocado prejuzgando. «¿Cómo lo hará Manu que siempre acierta?», iba pensando montada en el taxi, ojeando unos catálogos que había sacado de su buzón mientras esperaba.

—¿Manu?

—¿Mmm... qqqué... ya es de día?

—Sí, ya es de día dormilón

—¿Sofía, son las siete y media de la mañana? ¿Me llamas a las siete y media de la mañana un sábado?

—Es que no te vas a creer lo que me ha pasado.

—Espero que sea algo gordo. Muy, muy gordo, maja.

—Es gordísimo. Te lo cuento en dos minutos —Sofía aún no se había levantado de la cama, pero se incorporó para hablar por teléfono, apoyando la espalda sobre la almohada y el cabecero de la cama— ¿Recuerdas al estirado de mi vecino, el que baja conmigo en el ascensor todas las mañanas?

—¿El que ahora de repente te parece simpatiquísimo?

—No me lo parece, es simpatiquísimo. Aunque no hablamos mucho, lo típico del tiempo, las obras del metro, me preguntó el otro día en qué trabajaba... cosas de vecinos, ya sabes.

—¿Me has despertado para contarme de lo que hablas con tu vecino en el ascensor?

—No, es algo más... íntimo...

—¡Dispara! —Manu se incorporó en la cama imitando la misma postura que estaba utilizando su amiga, sin saberlo.

—Pues es que es muy raro porque a mí el tío ni fu ni fa... vamos, que no es mi tipo ni me gusta ni me llama la atención... pero estábamos solos en el ascensor y no sé por qué me lancé a su cuello. Te juro que estaba como poseída y...

—¿Y él qué hizo? —Manu tenía los ojos abiertos como platos.

—Pues se lanzó también, claro, no me iba a dejar ahí plantada... y...

—¿Y hubo mambo? —No tuvo paciencia ante la lentitud de su amiga contando la historia.

—Mambo completo...

—¿En el ascensor? ¿Y os dio tiempo? Ya sé que son trece plantas pero eso es muy poco... ¿No subió nadie en el trayecto? ¿Y el portero qué dijo? ¿Subíais o bajabais? ¿Fue por la mañana?

—Yo qué sé, Manu, cuántas preguntas... no me acuerdo de tantos detalles.

—¿Cómo no vas a acordarte?

—Pues no, era un sueño.

—¿Era un sueño? —preguntó algo cabreado—. Con lo emocionante que estaba y ahora vas y me sueltas que era un sueño... Tú tienes un problema muy grande, Sofía, las cosas se explican bien desde el principio. Al final tu madre va a tener razón cuando dice que eres un poco lianta —volvió a tumbarse en la cama mientras hablaba.

—Si te hubiese dicho desde el principio que era un sueño ¿me habrías escuchado con tanta atención?

—No, pero te habría colgado para seguir durmiendo, y más tarde me lo habrías podido contar con pelos y señales. ¿Entonces te gusta el tío?

—Que va, qué dices. Ha sido solo un sueño. ¡Puro sexo, sin complicaciones! —al terminar de decir esto se echó a reír y contagió a Manu.

—Sin complicaciones desde luego, porque imagino que en ese minúsculo trayecto y con las prisas, no os habría dado tiempo ni a quitaros la ropa, como para usar algún medio anticonceptivo...

—De esos detalles no me acuerdo, ni siquiera sé si iba vestida en el sueño o no. Sólo recuerdo que me encantó.

—Bueno, ya puestos, cuéntame los detalles.

—No hay detalles, Manu, era un sueño, era difuso... no sé. De lo que sí estoy segura es que íbamos en el ascensor, que era mi vecino y que disfruté como si realmente estuviera sucediendo. Con decirte que cuando me he despertado estaba aún disfrutando.

—Entonces estabas... —Manu no terminó la frase porque Sofía le interrumpió.

—¡No exactamente! —le contestó ella— pero esos detalles no te los mereces después de confirmarme que me hubieras colgado de saber que era un sueño.

—Pagaría lo que fuera por ver tu cara cuando te lo encuentres de nuevo, conociéndote, te vas a poner roja seguro. Es más, juraría que ahora mismo estás como un tomate sólo de pensarlo.

—Que va, me pondría roja si hubiese pasado de verdad o si él supiese que lo he soñado, pero él no sabe nada de todo esto, será como siempre: «Hola qué tal... buenos días... vaya día más bueno hace hoy... ¿sabes que han dicho que...? Pues no lo sabía... el conserje me comentó...».

—Ya me lo dirás, ya. Y ahora que has probado en sueños ¿no tienes curiosidad por probar en la realidad?

—¿Pues no te he dicho que no me gusta? ¡Para nada!

—¿Seguro?

—A ver, espera un momento que voy a pensar lo que siento... —hizo un ruido como si se estuviese concentrando haciendo yoga— No, no me dice nada.

—Sin embargo no has podido esperar y me has llamado a las siete de la mañana para contármelo.

—Eran y media. Y te he llamado además para contarte que anoche hablé con Alex.

—Hablas con Alex y sueñas con el vecino... ¡Curioso!

—Calla y escucha. Viene a Málaga la semana que viene.

—¿Le has invitado?

—Se ha auto invitado. Dice que tenemos que hablar en persona, que estas cosas por teléfono no se resuelven.

—¿Y qué quiere resolver?

—Pues no lo sé, como no resuelva un sudoku... no sé qué otra cosa va a resolver.

—¿Y se quedará en tu casa?

—No lo hemos hablado, pero...

—Sofía, por favor, como duerma en tu casa sabes de sobra cómo vais a terminar.

—¡Ni de coña! Antes me acuesto con el vecino. Pero tampoco le iba a decir que se buscara un hotel teniendo yo casa con dos habitaciones.

—Tú verás lo que haces, que ya eres mayorcita, pero vas a caer como una perra. Ya me contarás. Bueno adiós, que quiero seguir durmiendo.

«O... puede que no te lo cuente...», pensó ella, pero no se lo dijo porque Manu ya había colgado.

Manu era de esa clase de personas que a Sofía le gustaban con la misma intensidad que le sacaban de quicio. De esas que suelen estar en posesión de la verdad, y no porque lo dijera él, sino porque tenía la capacidad de equivocarse muy pocas veces. Siempre estaba allí donde ella lo necesitaba. Algunas veces cuando veía que ella estaba metiendo la pata hasta el fondo, intentando convencerla, se enzarzaban en discusiones que parecía que iban a terminar sin dirigirse la palabra, pero nunca sucedía tal cosa, y ese tira y afloja les había acompañado desde que se conocieron siendo unos críos. Una de las cosas que a Sofía solía sacarle de sus casillas sobre Manu era la manía que tenía de chafar sus planes. Ella, por su carácter inquieto que rozaba a veces lo novelero, daba la vuelta a las cosas según su conveniencia. Y él, que en ese sentido era muchísimo más realista y pausado, siempre encontraba alguna pega para sacarla de su terreno. Hacía algo más de un mes que habían pasado un fin de semana en Nerja, en la casa que los padres de Manu tienen de toda la vida. Fueron con Andrés, el amigo que Manu había conocido a través de internet. Era muy parecido a Manu en apariencia física y forma de vestir, estatura media tirando a alto, moreno con ojos color miel. Le acompañaba Rubén, más alto y de cuerpo atlético, sus facciones eran casi perfectas. Manu no se había atrevido en ningún momento a preguntarle a Andrés si Rubén era homosexual o heterosexual, a pesar de la insistencia de Sofía que más que interesada en el asunto parecía que le obsesionaba. Se tiró los días que siguieron hasta el fin de semana preguntando sobre el asunto, a lo que respondió el mismo número de veces diciéndole que no se preocupase, que en cuanto él le viese aparecer lo sabría de inmediato y sería la primera en saberlo. No hubo lugar a duda por parte de Manu, en cuanto Andrés le presentó a Rubén, nada más saludarse lo supo y se lo confirmó a Sofía cuando se encontraron a solas.

—Sofía este tío es gay.

—Qué me dices, si es guapísimo.

—Y eso qué tiene que ver, es gay y punto.

—¡Qué pena! No puede ser...

—Depende para quién, muchos estarán encantados.

—No puede ser gay ¿Tú has visto cómo iba vestido? Mírate tú, mira a Andrés y mírale a él... demasiado masculino.

—¿Qué le pasa a mi ropa, a ver? Yo voy vestido de hombre. Dime qué

parte de mi ropa te parece poco masculina.

—Bueno sí, es masculina, pero no es la ropa en sí, es la forma de llevarla... la pose que tiene... no sé cómo explicarlo... con cierto toque de desaliño, como diciendo me arreglo pero no me preocupa mi aspecto, así es como soy...

—Anda déjalo, que al final vas a sacar un nuevo eslogan para Viceroy. Pues es tan gay como Andrés, como yo o como Boris Izaguirre... Y me da igual que vaya vestido muy masculino o que debajo lleve un tanga de leopardo.

—No puede ser, Manu, además yo creo que se me ha quedado mirando de una forma sospechosa, y le he notado algo raro cuando me ha saludado.

—Eso es sencillamente im-po-si-ble. Hazme caso que de esto entiendo un rato. Además, conociéndote, es posible que esa mirada no la hayas interpretado correctamente. Puede que esperase que yo fuese acompañado por un chico y le haya sorprendido tu presencia.

—A ti lo que te pasa es que te gusta más que Andrés y ahora quieres que te lo cambie.

—Sofía, espero que no estés hablando en serio, a mí me gusta Andrés, y sabes que no es la primera vez que nos vemos.

—Pues hijo, no sé lo que has visto en él, teniendo al otro al lado. ¡No hay color!

—¿Alguna vez te he dicho que eres un poquito superficial?

—Te estás poniendo a la defensiva, Manu, por algo será... —le contestó, riéndose por el cabreo que estaba cogiendo su amigo por momentos.

—Eres un poco niñaata ¿lo sabías? —le dijo antes de abandonar su cuarto.

—Y tú un poquito envidioso.

Pero Manu, una vez más, tenía razón. En la cena estuvieron hablando de las relaciones de pareja que habían tenido cada uno, y no salió en ningún caso el nombre de ninguna mujer. Sofía estaba en su salsa, ya se le había olvidado la conversación que había tenido unas horas antes con Manu en la habitación, y se atrevió a contarles las idas y venidas de su relación con Alex, y algún que otro escarceo amoroso que había tenido durante aquellos paréntesis. Rubén y ella congeniaron muy bien y proporcionaban a sus amigos una parcela de intimidad en los lugares donde paseaban o tomaban algo. Al principio no entendía por qué Andrés había venido acompañado si no era la primera vez que quedaban. Ella pensaba que entre chicos no existía esa

timidez del principio en las citas, cuando piensas que te vas a quedar en blanco y que las frases van a salir a cuentagotas, aunque después no sea así y todo fluya con normalidad. Pero a Andrés le producía tanta timidez la presencia de Manu, que le costaba muchísimo romper el hielo cuando se veían, cosa que sucedía de tarde en tarde por la distancia que les separaba. Rubén era todo lo contrario, era un chico muy extrovertido y se tomaba muchas confianzas. Sofía escuchaba risueña y algo ebria —por el vino que habían tomado en la cena y las dos copas de ron añadidas a última hora— las anécdotas que Rubén le contaba. Andrés y Manu mantenían una conversación en la misma barra del local, pero algo más retirados. Sofía, que nunca había visto a su amigo con ese brillo en los ojos, les observaba de vez en cuando con el rabillo del suyo, sin perder punta a la conversación que mantenía con Rubén, o mejor dicho, sin dejar de mirar los labios de Rubén que se movían mientras hablaba de una forma que a ella le parecía muy provocadora.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Rubén en un momento de la conversación.

—¿Yo? No me estoy riendo.

—Estabas sonriendo, y no creo que lo que te estoy contando tenga mucha gracia ¿Te aburro?

—Que va, si a mí el asunto ese de... de los estos... vamos que estoy de acuerdo contigo —se echaron a reír al unísono.

—No es solo que te reías, es que ni me estabas escuchando. Pues ahora quiero saber en qué estabas pensando que te hacía tanta gracia.

—No era nada importante, cosas mías —Sofía no podía decirle que pensaba en la conversación que había tenido por la tarde con Manu sobre su sexualidad.

—Pues debían de ser cosas muy interesantes, porque sonreías y te mordías el labio inferior —a Rubén no se le escapó que Sofía se había ruborizado.

—¿He hecho eso? Qué raro ¿Te apetece otra copa?

## CAPÍTULO 04

Después de un sueño

Mientras echaba la llave a su casa, escuchó que el ascensor estaba en su planta y se abrían las puertas. Jaime entró en él como un huracán y frenó de golpe para no atropellar a Sofía, que se encontraba dentro buscando algo en su bolso que debía de ser muy pequeño porque el bolso sí lo era y aún así no lo encontraba.

—¡Buenos días! —le dijo acomodándose en su hueco.

—Buenos días —contestó ella, con un hilo de voz casi imperceptible.

«¿Por qué se habrá puesto roja al verme?», pensó, mientras miraba de reojo el espejo por si llevaba algo desabrochado que le estuviese dejando en evidencia.

«¡Mierda, me he puesto roja! ¡Qué vergüenza!». Apurada, seguía buscando algo que no necesitaba en el bolso para disimular. El trayecto se le hizo interminable, como si bajarán un edificio de cincuenta plantas.

«Sigue roja... ¿Qué estaría haciendo en el ascensor para ponerse así de colorada?».

«Venga, venga, corre ascensor... cuatro... tres... ¡Por fin!».

—¡Hasta luego!

—¡Hasta luego!

**«¡Hola, soy Sofía! En este momento estoy ocupada, deja tu mensaje al oír la señal. Gracias:**

*Mensaje 1: Sofiiiiii ¿Por qué nunca tienes el móvil encendido cuando te necesito? Oye ¿es verdad que Alex va a pasar el fin de semana en tu casa contigo? ¿Habéis vuelto? Me lo ha contado Pedro ¿No decías que iba a dormir en un hotel? Espero que se lo haya inventado Pedro, porque como sea verdad y ya empieces a ocultarme cosas, voy a empezar a preocuparme seriamente por nuestra amistad*

*Mensaje 2: Sofía, soy Alex, espero que no se te haya olvidado que mi vuelo llega esta noche a las nueve. Me recoges en el aeropuerto ¿verdad?*

*Llámame cuando escuches el mensaje. Un beso.*

*Mensaje 3: Soy Paula otra vez, que se me había terminado la batería y no encontraba el cargador. ¿Por dónde iba? Ah sí, lo de Alex. Pedro dice que vais a volver, que se lo ha dicho Alex. Luego dicen los tíos que nosotras somos unas cotorras, pero ellos no se quedan atrás. Alex le llama todos los días y le cuenta los planes que tiene contigo y que dentro de nada estás de vuelta. Yo qué quieres que te diga, a mí me encantaría que volvieras, y eso que Alex no es santo de mi devoción... pero me da miedo que conozcas a alguien interesante allí y te quedes para siempre. ¿Qué tal con tu vecino? Te tengo que dejar porque me llaman por el hijo. Ahora te llamo.*

*Mensaje 4: Eran los de una compañía de ADSL ¡Qué pesados! Para decirme que si me cambio con ellos voy a navegar a cincuenta gigas, les digo que no, que me acabo de cambiar de compañía y que tengo compromiso de permanencia porque me han regalado el rúter wifi, y me dicen que eso con ellos no me habría pasado porque no tienen compromiso de permanencia, les digo que muy bien, que hubieran llamado antes y me dicen que les llame cuando se me termine la permanencia para que me informen de las nuevas ofertas. ¿Pero están locos o qué? Que vuelvan a llamar ellos si les intereso como cliente... ¡No te jode! Qué morro tiene la gente, encima que me interrumpen, con impertinencias. ¿Por dónde iba? Pues eso, que quiero que vuelvas, aunque sea con Alex... ah no, espera, eso ya te lo había dicho... lo del vecino. ¿Te ha llamado? Ah no, para qué te va a llamar, estoy fatal... Que si le has vuelto a ver. Mira que ponerte roja... lo tuyo ya no es normal, deberías ir a alguna especie de terapia de desinhibición, para que te enseñen a concentrarte en otra cosa que te despiste del asunto en cuestión. Aunque yo he notado, Sofi, que cuando no estás relajada no te pones roja, hazme caso que soy muy observadora. Prueba esto, cuando bajes o subas en el ascensor, piensa siempre que te lo vas a encontrar, verás como estarás inquieta y esperándolo, y no te pondrás roja. Bueno, llámame cuando puedas. Besitos.*

*Mensaje 5: Soy Paula otra vez, que al final no te he contado para lo que te llamaba realmente. ¿Recuerdas que te conté que había encontrado en facebook a un antiguo compañero del instituto con el que estuve a punto de salir, pero que no llegamos a salir porque se terminó el curso y al año siguiente, en COU, cambió de instituto? Pues hemos quedado este sábado. Se casó, y está separado, creo que tiene un hijo o una hija, no me he enterado muy bien porque él no me lo ha contado, lo deduje por el comentario de una foto donde le etiquetaron. ¿Le viste en facebook? Últimamente no entras*

*nada en “el face”, no te reconozco, Sofi. Llámame, que no sé qué ponerme mañana y estoy de los nervios, necesito que me aconsejes».*

—Hola, Sofía, por un momento pensé que...

—Espera un segundo —le dijo, mientras terminaba de escuchar el último mensaje en su buzón de voz—. Perdona ¿me decías? —esquivó al mismo tiempo que hablaba el beso de Alex, que titubeaba entre ser uno o dos. Ella le ayudó a tomar la decisión del número par.

—Que por un momento pensé que me habías dejado tirado, como no me has devuelto la llamada.

—Ahora mismo estaba escuchando los mensajes del buzón. Lo siento, he tenido un día muy complicado.

—No hace falta que te disculpes, te conozco de sobra —acompañó el comentario con una sonrisa espontánea que Sofía recibió por su cuenta, con un ligero toque de sarcasmo.

—Y bien ¿te apetece cenar, pasear, tomar algo...? «¿Volver por donde has venido?».

—Donde tú me lleves estará bien. —contestó él, ajeno a los pensamientos de ella.

—Pues por ser tu primera noche malagueña, te llevaré a un sitio de tapeo de toda la vida.

Dejaron el coche aparcado en el garaje de Sofía para ir andando desde su casa después de subir la maleta. Hacía una noche espléndida de principios de verano, y Sofía se había puesto un vestido estampado que Alex odiaba, y que a ella le encantaba. Acompañaban al vestido unas sandalias de tacón de aguja con las que le sacaba casi media cabeza. Cuando salían juntos, él prefería que ella se pusiera zapato plano o tacón bajo, no lo decía expresamente, pero Sofía lo sabía por algún que otro comentario. También se recogió el pelo en un moño desordenado, y si hubiese encontrado más detalles que usar para fastidiarle, los habría utilizado. Pero sin embargo, le llevó a El Pimpi, cuando había pensado por el camino llevarle a una taberna cutre que había dos calles paralelas a la suya, y que era un antro de fritanga que a Alex le habría espantado. Esa decisión la tomó mientras subían con Jaime en el ascensor. Sí, aquel encuentro con su vecino había cambiado de pronto el humor de perros que había contraído en el aeropuerto.

—Hola ¿a qué piso vas? —le preguntó Sofía, cuando se metió con ellos en el ascensor.

—Al duodécimo, gracias.

«¿Por qué le he preguntado a qué piso va? Sé de sobra que vive en el doce», pensó Sofía, mientras se miraba de reojo en el espejo para asegurarse de que no estaba roja, y comprobaba que la presencia de Alex mantenía su rubor a raya. Paula tenía razón, estaba tensa.

«¿Duodécimo? Vaya un tío más cursi. Se dice al doce. Voy al doce», iba cavilando Alex al mismo tiempo.

«¿Tiene pareja? ¿Por qué pensaba yo que estaba soltera? Bueno trae maleta, lo mismo no vive con ella... o lo mismo estaba de viaje y ha vuelto ahora. Que va, la maleta es pequeña, viene de visita... O lo mismo se había ido fuera unos días. Bueno ¿y a mí qué me importa? La verdad es que tiene morbo la vecinita», pensaba Jaime, sin saber muy bien hacia dónde mirar.

—¿Has decidido ya dónde me vas a llevar? —preguntó Alex rompiendo el silencio y los pensamientos de los presentes—. Me muero de hambre, no elijas un sitio que esté muy lejos.

—Si es la primera vez que viene a Málaga y os gusta el vino, llévale a El Pimpi. Está muy bien y es un sitio de paso obligatorio —informó Jaime, y a los pocos segundos se arrepintió de la intromisión.

—Tienes razón, allí vamos a ir —contestó ella por inercia.

—Pero no salgáis muy tarde, porque los fines de semana se pone todo hasta arriba —apuntó antes de bajar en su planta—. Que lo paséis bien.

Se duchó y vistió en menos de treinta minutos. Había quedado con Susana y unos amigos para cenar en El Pimpi y no paraba de darle vueltas a la idea: tenía que haber comentado que también él iba a ir allí. Le iba a resultar incómodo encontrarse con ellos sin haber dicho nada. Parecería que les había seguido. También pensó en cambiar de sitio, pero ya era muy tarde para trastocar los planes. Aunque aquel sitio era grande, podía darse la casualidad de no encontrarse o de camuflarse en algún rincón.

Tal y como había previsto, el local estaba lleno. Tuvieron que tomarse algo de pie en una de las barras para hacer tiempo hasta que les dieron una mesa

en la planta de arriba.

—Jaime ¿esperas a alguien? —le preguntó Gloria, la mujer de su socio. Los ojos de Susana se clavaron rápidamente en él.

—¿Yo? ¿A quién voy a esperar? ¿Ya estamos todos no?

—Es que desde que hemos llegado no paras de girarte y mirar hacia la entrada.

—Pues no me he dado cuenta. Es que antes me ha parecido ver a un conocido, pero al final no era —trató de disimular.

Se relajó al ver que su vecina no estaba. Si sus cálculos no fallaban, ellos ya estaban arreglados cuando se los encontró y, si habían ido directos, lo lógico era que ya se hubieran marchado antes de llegar ellos. Se sentía aliviado de no haber coincidido con ellos, pero ¿por qué a la vez se sentía mal por no haberse encontrado? Se preguntaba, distraído de la conversación que sus amigos mantenían sobre la ley que iban a aprobar, anti tabaco o algo así, y que preocupaba tanto en el mundo de la hostelería.

El fin de semana fue agotador para Sofía. Primero tuvo que quitarse a Alex de encima, que desde la primera noche se convirtió en el pulpo Paul, la mascota más famosa de ese verano. Aunque en el caso del pulpo que había tenido en casa, no precisamente por vaticinar el futuro de la selección española en el mundial, sino por un tema algo más anatómico y que, finalmente, terminó en ducha de agua fría. Después tuvo que tratar también los temas escabrosos de su ruptura y la confirmación de que aquello se había terminado. Alex, por su parte, aunque no se tomó a mal la rotunda negativa de Sofía, zanjó la conversación como un paréntesis en vez de como algo definitivo. Y Sofía, por no sacar la conversación de nuevo, le dejó pensar lo que quisiera mientras miraba el reloj y se preguntaba, mentalmente, por qué el tiempo iba tan lento cuando a ella le apetecía que se esfumara. Estaban esperando a Manu en el bar de abajo para desayunar y acompañarles al aeropuerto. Sólo había pasado un día completo con Alex, y se le había hecho eterno, ahora necesitaba el domingo para explayarse con su amigo, nunca mejor dicho: playa, chiringuito, pescaíto frito, charloteo... para aquel plan de domingo sí que le apetecía que el tiempo fuera lento.

—Sofía, ¿qué te ha pasado? —preguntó de pronto Alex, sacando a Sofía de sus pensamientos. Desde que se sentaron, y ya tenían la taza de café a la

mitad, no se habían dicho ni una sola palabra.

—¿A qué viene esa pregunta?

—No eres la Sofía que yo conocía. No hace tanto tiempo que no nos vemos, ni seis meses, y es como si por ti hubiesen pasado varios años.

—Si te soy sincera, así es como realmente me siento.

—Pero estás demasiado cambiada, esta no eres tú.

—¿Y no has pensado que quizá esta sea más yo?

—No puedes haber sido treinta y tres años otra y, ahora de repente, seis meses tú.

—Aún no he cumplido treinta y tres. Tampoco hemos convivido, aunque hayamos tenido una relación de tantos años, eso contaría más como tiempo. No es lo mismo verse unos cuantos ratos y luego a casita. Sabemos mucho el uno del otro, o eso pensamos, puede que lo que ahora te sorprenda sea lo que desconoces sobre mí. Y también puede que nunca te hayas preocupado por conocerme realmente. Háblame de mí, qué sabes sobre mí.

—Siempre te he visto como una persona muy dependiente. Tus padres siempre tan protectores... tú haciendo lo que ellos te pedían sin rechistar, sin desafíos, sin contradecir sus normas: La hija perfecta que todo le parece bien. De pronto un día, decides marcharte, pero no de cualquier forma, a lo grande. Te vas a la península, buscas un trabajo, te desenvuelves sola... Sí, no te lo voy a negar, cuando me enteré pensé que volverías en dos días, y vine a comprobar con mis propios ojos que realmente estabas mal y que te estabas haciendo la dura para aguantar. Lo admito, me has sorprendido.

—¿Ves? Ni siquiera confiabas en mí.

—No es que no confiase, es que... —Sofía le interrumpió.

—Eres el pequeño de tres hermanos. Siempre has ido por libre, te rebelaste casi desde que naciste a las normas de convivencia de tu familia. Tienes una cicatriz en la ceja derecha porque te caíste de la bici de tu hermano Ramón, la tuya aún tenía ruedas laterales y te empeñaste en probar la suya por tu cuenta. Le cortaste la trenza a tu hermana Almudena, cuando tenías seis años, mientras ella dormía la siesta: ahí nació vuestro odio, según tú. En octavo repetiste curso y en segundo de BUP te quedó hasta gimnasia. En la universidad te enamoraste hasta las trancas de la empollona de la clase, Marta, y tus notas mejoraron notablemente, hasta que te dejó de interesar y sacaste la carrera por los pelos. Tuviste dos perros, Tobbo y Estrella, ambos encontrados en la calle; al primero lo atropelló un coche. Tu grupo preferido es AC/DC y odias el reggaetón. No soportas el cine español, bueno, el

europeo en general, y te encanta el cine de terror y de ciencia ficción. No te interesa leer libros porque no te apetece perder el tiempo en historias inventadas y los de historia te aburren enormemente, pero te gusta leer el periódico. Cuando te pones nervioso te palpita una ceja. Cuando sonríes te sale un hoyuelo en la mejilla derecha y tienes un colmillo que sobresale haciendo que tu sonrisa sea muy tuya, jamás pondría brackets a esa sonrisa... ¿Hay algo más que puedas contarme sobre mí a parte de los últimos acontecimientos?

—¿De verdad esto sirve para algo? —la mirada de Sofía fue una respuesta concisa—. A ver... mascotas a mí no me suena que hayas tenido... ahhh sí espera, un gato, tuviste un gato que se llamaba... no sé, no lo recuerdo, no te voy a mentir. Cuando te conocí eras una empollona, y por tu forma de ser imagino que lo has sido siempre. Te gusta leer libros a todas horas, siempre llevas uno encima, aunque no sé exactamente de qué tipo son, ya sabes que yo por los libros no me intereso mucho. Cicatrices no tienes, eso seguro, yo no he visto ninguna. Te gusta pintarte las uñas de los pies y odias pintarte las de las manos. Cuando te enfadas explotas como un torrente, aunque el cabreo se te pasa enseguida. Ya no había más cosas ¿no? Ah sí, las películas que más te gustan son las románticas. ¿Te vale así?

—No era un cuestionario, Alex, sólo quería verme a través de tus ojos. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Empiezan a preocuparme tus preguntas.

—Es muy sencilla. ¿Por qué querías casarte conmigo? ¿Sentías que querías algo más o porque era algo que venía tocando?

—Porque quería algo más... porque quiero algo más.

Aquella última frase quedó suspendida en el aire cuando entró Manu a la cafetería. Tomaron otro café con él, tratando de cubrir aquella masa densa que se desvanecía por momentos cuando intercambiaban alguna que otra frase trivial. Quince minutos más tarde se marcharon hacia el aeropuerto.

Se despidió de Alex con una sensación de vacío que se transformó en punzada en el estómago cuando le vio alejarse. Lo que sentía era la pesadumbre de no encontrar lo que una vez sintió por aquel hombre que ahora se marchaba derrotado. Le hubiera gustado sentir pena al decirle adiós. No lo había pensado en ningún momento de ese fin de semana hasta ese

instante en el que le veía alejarse. Había venido desde Mallorca para pasar un solo día con ella, y ella había pasado todas y cada una de esas horas pensando en las ganas que tenía de que se marchara. Sin darse cuenta los ojos se le llenaron de lágrimas, pero no lloraba porque Alex se marchaba. Lloraba porque aquella vida que había vivido hasta ese día, todos los recuerdos de esa relación, todo el cariño que habían sentido el uno por el otro, tanto los malos como los buenos momentos compartidos, iban a coger ese avión para esfumarse y le daba pena no desear que todo volviera a su lugar.

Cogieron el coche y durante el trayecto de vuelta desde el aeropuerto hacia la playa, guardaron silencio. Cuando aparcaron y bajaron del coche, fue Manu quien se decidió a romperlo.

—No hay quién te entienda, Sofía —le dijo, extendiéndole un pañuelo de papel para que se secase las lágrimas—, esta mañana me has llamado agobiadísima, diciéndome que llamase al aeropuerto urgentemente para pedir que adelantasen el vuelo, porque no le aguantabas ni un segundo más, y ahora te veo llorando como una niña pequeña.

—No voy a decir nada porque aunque quisiera no sabría cómo explicártelo, pero no lloro por él. Y de lo que más segura estoy es que esto se ha terminado.

—Pues si estás tan segura de eso, fuera lágrimas y vamos a celebrarlo como es debido. Has traído el biquini ¿no?

—Claro, nunca hemos ido a una playa nudista.

—Ni pienso llevarte, no vayas a tirarte a mi cuello que tienes un peligro...

—No digas tonterías, sólo tengo peligro en los sueños, en la vida real soy bastante sosa tirando a mosquita muerta.

—Pues con doce años no eras tan mosquita muerta, me pediste salir.

—No te pedí salir, te lo insinué solamente. Y te recuerdo que accediste y me llevabas de la mano cuando no nos veían nuestros padres.

—Y yo te recuerdo, aunque ahora lo negarás y te pondrás como un tomate, que te inventabas juegucitos raros para darme besos.

—Calla, no me lo recuerdes, menudo trauma pasarías conmigo. Cuando me enteré por mi madre, ya te vale no contármelo tú, de que eras «gay de esos» como os llamaba ella, no sabía dónde meterme.

La playa estaba concurrida y caminaban por la orilla buscando un hueco donde instalarse.

—No pasé ningún trauma, Sofía, yo en esa época no tenía nada claro,

quizá porque no había conocido a nadie que me gustase especialmente. Pero me lo pasaba muy bien contigo, y los besos también me gustaban. Yo he salido con más chicas, aparte de ti, aunque a ti no te cuento como salir, fueron cuatro besos inocentes de verano. Me refiero a relaciones completas, alguna incluso más larga, que duró cerca de un año. Yo al principio intentaba ser heterosexual, traté de convencerme muchas veces, pero lo que es, es.

—Nunca me habías hablado de ello, bueno, nunca te he preguntado nada porque no sabía hasta qué punto a ti te gusta hablar del tema.

—Pues puedes hablar conmigo de cualquier tema, tranquilamente, siempre que quieras. No entiendo por qué pensabas que no.

—Como a raíz de todo aquello desapareciste... También es cierto que sólo nos veíamos en verano, y que de un año para otro nos costaba retomar la amistad, aunque cada vez un poco menos. Pero un año dejasteis de ir a Mallorca y cuando nosotros veníamos a Málaga, no se te veía el pelo.

—Lo que pasó es que crecimos. Y cuando nos encontrábamos, aunque nos alegrábamos mucho de vernos, cada vez había menos temas en común para hablar y acabamos distanciándonos.

—Hasta que llegó facebook y nos reencontró —acompañó esta frase con una sonrisa y aprovechó para apoyarse en su hombro con una mano, mientras con la otra se quitaba las sandalias. La arena que se colaba dentro quemaba y prefería caminar pisando el agua.

—Y te echaste ese novio tan pronto, que mira que eres antigua. Tenías que haberte ido a vivir con él, con la de años que llevabais juntos, esa relación se hubiese roto mucho antes.

—Cualquiera diría que te gusta verme jodida. Retuerce anda, retuerce un poquito más, que aún no está sangrando la herida.

—No me gusta verte jodida, pero te habría ahorrado muchos disgustos y, quién sabe, puedes haberte perdido a alguien especial en el camino que no conociste por estar con él.

—O puede que ahora estuviera en Mallorca en vez de aquí contigo y, sin embargo, me encanta estar aquí ahora, que hayamos vuelto a acercarnos, que me eches la charla como si fueras mi hermano mayor...

—Si soy tres meses más joven que tú.

—Ya, pero aparentas el doble, y como te atrevas a decir lo contrario te empujo al agua con ropa incluida.

—Sabes que en esas amenazas siempre has salido perdiendo, y ahora no están tus papis para defenderte.

—¡Oye que yo no me chivaba a mis padres!

—No hacía falta, tu madre tenía un radar especial para protegerte a distancia. Lo mismo te instalaba un detector en la ropa que te ponía... La de collejas que me habré llevado por tu culpa. ¿Tú sabes por qué dejamos de ir a Mallorca? ¿Nunca les has oído hablar a tus padres del asunto?

—No.

—Pues pregúntaselo a tu madre un día así como el que no quiere la cosa. Yo llevo años atando cabos y creo que hay algo turbio en ese asunto.

—Estás de broma, ¿no?

—Que no, tía, que va en serio. Hay gato encerrado. El primero en darse cuenta fue Juan, escuchó alguna conversación extraña. Ten en cuenta que nos saca cuatro años, aparte de que nosotros estábamos siempre por ahí en la calle con mis primos.

—Me dejas totalmente intrigada, en cuanto llegue a casa le pregunto a mi madre.

—Pero a mí no me saques a relucir, haz como si se te hubiese ocurrido a ti por tu cuenta que luego tu madre llama a la mía y me pone la cabeza como un bombo.

—¡Mi madre! —exclamó Sofía llevándose las manos a la cabeza.

—¿Tu madre?

—Que se me olvidó llamar a Paula. Quería que le aconsejara qué ponerse para una cita con un antiguo ligue del instituto que encontró en facebook... Una larga historia, ya te la contaré.

—¿Y te pide consejo a ti que nunca sabes qué ponerte y me llamas a mí?

—Tienes razón, debería darle tu teléfono.

—No conozco su armario, guapa. ¿Nos ponemos aquí mismo? La arena quema un montón y vamos a tener que coger luego un taxi para volver al coche como sigamos andando por la playa.

—No, vámonos a aquella parte que está más cerca del chiringuito, por si tenemos sed.

—Bueno vale, total cincuenta metros más que menos.

—El viernes por la noche me ocurrió una cosa rarísima —le anunció mientras colocaban las toallas.

—¿Con Alex?

—No. Subíamos del garaje para dejar la maleta de Alex en casa, y el vecino del escarceo en mi sueño apareció allí con nosotros.

—No me digas que te has montado ahora un trío onírico, porque me

hago un abono de tus sueños ya.

—Que no, hombre, que esto que te voy a contar es de la vida real.

—Que te pusiste como un tomate y Alex se dio cuenta —se adelantó Manu.

—Que va, iba tan tensa con Alex que ni me puse roja. Aunque me puse un poco nerviosa al principio, pensando que iba a ruborizarme, y le pregunté al vecino a qué piso iba... debe de pensar que soy medio idiota después de tanto tiempo. En fin, a lo que iba, que Alex preguntó en el ascensor dónde le iba a llevar a cenar y entonces mi vecino nos recomendó ir a El Pimpi. Pero eso no es lo curioso, fuimos allí y encontramos mesa libre en uno de los salones de la planta de abajo, ese que te gusta tanto a ti con los barriles firmados y, no te lo vas a creer, pero apareció mi vecino con un grupo de gente.

—¿Estás segura de que era él? Mira que la gente cambia mucho fuera de los ascensores —y se echó a reír.

—Pues claro que era él. ¿No te parece raro?

—Lo que me parece es que ya empiezas a montarte tus peliculitas. Pásame las gafas de sol, anda, que las he dejado encima de la ropa. Puede que tuviera pensado ir a ese sitio y por eso se le ocurrió espontáneamente recomendaroslo.

—Pero lo lógico hubiera sido decir: Yo también voy a ir, por cierto. ¿Tú no lo habrías dicho en su caso?

—Pues no, porque eso hubiera dado pie a que pensaras en una intención de encontrarse allí con vosotros. Yo lo que habría hecho en su lugar sería cambiar de sitio, si es que existe ese “algo raro” que a ti te parece. Pero él no hizo nada al respecto, le importó un rábano lo que pensaras. Se presentó sin decirlo y, seguramente, siguiendo un plan establecido con la gente que salía. No le interesas para nada, guapa.

—Pues yo vi que miraba a su alrededor como buscando a alguien.

—¿Y no sería que miraba a su alrededor como buscando sitio?

—Pues lo mismo tienes razón y soy una fantasiosa. Me encantó verlo vestido de calle.

—No me extraña, de verlo en pijama o como su madre le trajo al mundo en tus sueños, a verlo vestido, tiene que ser un cambiazo.

—Me refería a que cuando me lo encuentro en el ascensor, va con ropa de trabajo, demasiado formal, muy sobrio. El viernes iba más del estilo de Rubén.

—¿Se parece a Rubén?

—No, que va, no tiene nada que ver. Rubén es un tío de esos que te das la vuelta, y mi vecino es un tío normal. Tiene una caída de ojos muy bonita y una sonrisa que cuando te llega, tarda un rato en borrarse, aunque hayan pasado unos segundos desde que la ocultó. Es como si dejase un destello...

—Y... ¿huele a mañana de primavera o a tarde de otoño? —interrumpió Manu sin dejarla terminar su frase.

—Ay Manu, tú sí que sabes desencantar una historia.

—Es que eres muy, muy empalagosa.

—¿Nos vamos a comer algo? Estoy hambrienta.

—¡Y siempre estás hambrienta!

Sofía regresó a casa con una sensación de ligereza que le hacía flotar en una pequeña nube bajo sus sandalias. Se había quitado el peso de Alex y ya no tenía esa sensación de conversaciones aplazadas que tanto le estresaban. Todo estaba en su sitio y, por primera vez, no se sentía agobiada por ello. Dejó aparcado el coche en su plaza y escuchó una voz a su espalda cuando se dirigía a la salida para llamar al ascensor.

—¡Hola!

—Ah... Hola

—Pasa —le cedió él cuando se abrieron las puertas del ascensor. «Se ha puesto roja otra vez. Qué tía más rara».

—Gracias —pulsó el número de las dos plantas mientras veía su imagen reflejada en el espejo. «Oh no, mierda, me he puesto roja, ¿será posible?»—. Qué calor hace —informó tratando de justificar su rubor. «¿Me está mirando de reojo?».

—Sí, es lo que tiene el verano —contestó él.

Se formó un silencio entre ellos.

«Venga, piensa, piensa, piensa... no se me ocurre nada qué decir. Qué incómodo es el silencio. ¿Por qué me pone nervioso esta tía si ni siquiera es mi tipo?».

—¿Os gustó El Pimpi o al final no fuisteis? —arrancó preguntando Jaime.

—Sí, sí fuimos. Yo ya lo conocía. A él también le gustó.

—Había mucha gente por el centro, parecía sábado.

—Qué va, el sábado fue peor. Cada día me gusta menos salir en fin de semana.

—Desde luego entre semana se disfruta más de las cenas: te atienden sin prisas, todo es más calmado, y para charlar es mejor. También depende del ritmo que lleve cada uno y de los gustos, mucha gente prefiere ese tipo de aglomeraciones. Bueno, hasta luego. —Se despidió cuando el ascensor hizo escala en su planta.

—Adiós.

«Me importa un pimiento lo que diga Manu, este tío o es bipolar o se huele la tostada. No es normal que antes fuera tan sieso y ahora de repente tan simpático, un poco más y me acompaña hasta mi casa. Pues lo lleva claro como esté pensando que quiero algo con él por el simple hecho de ponerme roja cuando me lo encuentro, este no sabe que me pongo roja con todo. El próximo día que me lo encuentre saco el tema y se lo digo. Cómo se lo voy a decir vaya cosas se me ocurren. Anda Sofía vete a dormir».

Recordó que le debía una llamada a Paula.

—Hola, mala amiga —soltó ésta nada más descolgar el teléfono.

—Lo siento Paula, sé que no tengo disculpa. Escuché tu mensaje justo cuando llegué al aeropuerto, y después, entre Alex y unas cosas y otras se me olvidó llamarte.

—No pasa nada, al final me fui de compras, no me gustaba nada de lo que tenía en el armario.

—Siempre estás igual, pero si tienes en el armario cosas sin estrenar del verano pasado, te vuelves loca en rebajas y luego ni te lo pones.

—Ya, es que de un año para otro luego no terminan de convencerme.

—Eres un desastre. Y qué tal fue la salida con... Jesús se llamaba ¿no?

—Enriiiiique. Jesús era aquel pesado que te conté que me había agregado al facebook sin conocerme porque le gustó mi foto. ¡Qué poca atención me prestas!

—No, mujer, es que ya sabes que con los nombres no doy una. Bueno al grano, que vengo de pasar el día en la playa con Manu y estoy reventada.

—Claro, te pasas el día con tu amiguito Manu y ahora a mí me quieres despachar en cinco minutos.

—Anda no te pongas celosa, tengo hueco de sobra para dos amigos y

unos cuantos más. ¿Me lo vas a contar o qué?

—Pues, no sé qué decirte. Quedamos en el centro comercial que está al lado de mi casa, la idea era cenar algo, ir al cine y lo que surgiera, pero...

No terminó la frase porque Sofía la interrumpió.

—Espera, espera, espera, espera... ¿tuvisteis una primera cita en un centro comercial? ¡Dime que se te ocurrió a ti!

—No, se le ocurrió a él, en fin es que... le tocaba el niño ese fin de semana, al final era niño lo que tenía, se llama también Enrique. Y el caso es que no se lo pudo endosar a sus padres porque tenían no sé qué compromiso, así que se lo llevó. No tenía con quién dejarlo, entiéndelo. Fuimos a ver una película de niños y luego a cenar al mcdlañs —dijo la última palabra como en un susurro ininteligible.

—¿Cómo dices?

—Sí, fuimos a cenar a McDonald's —Sofía casi se atraganta con el agua que estaba bebiendo, al escuchar a su amiga que, a su vez, se contagió con su risa.

—¿Sabes lo que te digo? que te hubiese cambiado tu sábado por el mío. Creo que sesión animada y McDonald's me habrían sentado mejor que aguantar al pesado de Alex —lo dijo para reconfortar a su amiga porque la notaba algo decepcionada con su cita, pero en el fondo, sintió un pellizco en el estómago al pronunciar las últimas palabras, no pudo evitar recordar aquella imagen de Alex alejándose en el aeropuerto con su maleta y sus recuerdos—. Y aunque había niño en el lote de la cita ¿fue todo bien? —se obligó a borrar de su mente aquella imagen.

—Sí, lo pasamos muy bien. Estuvimos recordando viejos tiempos, me puso al día sobre su vida, su separación. Yo creo que lo pasó bien. Y por mi parte, aunque no fue mi ideal de cita, estuve muy cómoda.

—Imagino que quedaréis más veces.

—Desde luego, nos falta una cita de las buenas. Y no te he contado lo peor de todo: me vestí como para ir de discoteca. El cantazo cuando me los encontré vestidos en plan cine y McDonald's... no sabía dónde meterme.

—¡Ay, por favor, dame detalles!

—El padre: vaqueros, polo de manga corta, zapatos con cordones. El niño: vaqueros, camiseta de Spiderman, zapatillas de lona. Yo: top negro palabra de honor, preciosísimo, te va a encantar cuando lo veas porque lleva doble tela: forro y encaje por fuera y me queda de miedo, y una falda en color “vino con casera” de vuelo con volantes y haciendo unas pequeñas cenefas en

color negro, muy, muy, muy corta... y unas sandalias cuyo tacón quizá tenga más centímetros de longitud que la propia falda.

—¿Pero no te dijo que iba con el niño? ¿Cómo no dedujiste que no ibais a ir de copas?

—A lo mejor sí me lo dijo, pero es que yo estaba muy nerviosa cuando me llamó por teléfono para confirmarme la hora a la que pasaría a recogerme. Ya sabes tú lo que me ocurre cuando estoy nerviosa, que no paro de hablar así sin ton ni son. Y algo le dejé decir en la conversación telefónica, pero a mí me pareció entender que primero tenía que llevar al niño a casa de sus padres, no que lo traía colgado del brazo.

—No tienes arreglo, amiga mía.

—¿Y tú qué tal?

—Uff... ¿por dónde quieres que empiece?

## CAPÍTULO 05

### Unas invitaciones

Jaime esperaba impaciente el ascensor. Miraba el reloj apurando los minutos hasta que definitivamente decidió que en ese que llegaba, estuviese o no, bajaba. Sin embargo cuando marcó el S1, el ascensor no bajó, subió.

—Ah, perdona, te he subido.

—¡Hola! No te preocupes, si por un piso no voy a llegar más tarde de lo que voy. «Si supieras que he dejado pasar tres ascensores».

—Yo siempre voy con la hora pegada al culo. «¡Mierda! vaya frasecita más fina me ha salido».

—Yo no. «Joder, por qué no me habrá salido nada ingenioso».

—Ya. «¿Por qué habré dicho ya? Ahora va a parecer que conozco sus horarios... ¿Y a mí qué leches me importa lo que piense este tío?».

—Puedes pintarte los labios, si quieres —dijo él, haciendo un gesto con el dedo índice apuntándose los suyos.

—¿Por qué? —le preguntó ella extrañada.

—Como llevas la barra de labios en la mano y los llevas sin pintar... imaginé que lo habrías hecho si no me hubieras encontrado aquí.

—No si... no era este el color que estaba buscando. «Ya me los pintaré en el coche».

—Como quieras. «También me gustan sin pintar... ¿Esto último se lo he dicho o sólo lo he pensado?»

«Qué incómodo es bajar en ascensor y no saber de qué hablar —iba pensando ella— Tenía que haber elegido un primero o un segundo y bajar por la escalera, me habría ahorrado soñar con este tío y lo incómodos que me resultan ahora estos encuentros».

«¿Por qué ya no se pone roja? Lo mismo no le gusto. A ver si se ponía roja por otra cosa».

—Bueno, hasta luego.

—Adiós.

Al día siguiente Sofía acababa de subir en el ascensor cuando Jaime pulsó el botón de llamada.

—¡Buenos días! —saludó él al verla.

—¡Hola! Hoy vamos bien de hora —resolvió risueña.

—Sí, a la primera que le he dado est...—«¿Qué he dicho?»— es que a esta hora baja mucha gente y a veces me canso de esperar y bajo por la escalera. «Vaya, hoy llega puntual y con los labios pintados de casa».

—¡Qué pereza! Debería haber dos ascensores para tantas plantas. «Mmmm ¡Qué bien huele! ¿Cuál será su perfume? Si estuviera aquí Manu ya me habría informado».

—La verdad es que sí. «¿Se ha acercado un poco o me lo parece a mí?».

—Espero que cuando se estropee lo arreglen en el acto, si no a mi me va a dar algo subiendo por la escalera trece plantas. «La verdad es que el tío este no está nada mal. No tiene tanta pinta de estirado. Y huele increíblemente bien».

—Si pasa eso y ves que en mi planta te falta oxígeno, toca mi timbre y te doy un vaso de agua. «¿Me está olisqueando?».

—En el séptimo ya me faltaría oxígeno. «Se ha puesto nervioso, habrá sido por lo del agua».

—¿Tan mala forma tienes? «A ver, me duché anoche y me puse desodorante... ¿o no? Sí. A lo mejor tengo que cambiarlo».

—Soy una vaga redomada. «Se ha alejado de mí. ¡Tranquilo que no muerdo! Bueno, quién sabe... si él supiera lo que sueño».

—¡Venga, hasta luego!

—¡Hasta luego! Que pases un buen día.

—Gracias, igualmente.

Jaime jugueteaba distraído en su mesa del despacho con unas entradas que tenía en la mano. Eran para un espectáculo de flamenco, y se las habían regalado, tanto a él como a su socio, para el miércoles. No tenía intención de ir. El flamenco no le gustaba especialmente pero rechazarlas habría sido hacerle un feo a Miguel, el comercial que les suministraba el queso en la franquicia, y que cada dos por tres les hablaba del Cuadro Flamenco Alcazaba. «Actúan en Flamenka, lo conocéis ¿no? Sí, hombre, sí, cómo no lo vais a conocer, allí pegaito a la Plaza de la Constitución... Entonces nos

vemos ¿no? Sería una pena desperdiciarlas que me las han conseguido en la peña». Jaime daba vueltas a las entradas buscando una excusa lógica para quitarse de en medio y no ir. A Javier tampoco le hacía mucha gracia el flamenco, pero le gustaba tanto una juerga que lo mismo se hubiese apuntado a ver un concierto de Hannah Montana. Se le ocurrió una idea muy buena: Le diría a Miguel que un amigo suyo muy forofó de aquellos Alcazabas, se había enterado de que tenía entradas y prácticamente se las había quitado de las manos «Entiéndeme, Miguel, que yo quería ir —le diría— pero estaba tan entusiasmado el hombre que me dio no sé qué hacerle ese feo». Perfecto. Ahora sólo le faltaba encontrar a ese amigo.

El timbre de la puerta pilló a Sofía desprevenida. Acababa de llegar del trabajo y sólo le había dado tiempo a quitarse las sandalias. No esperaba a nadie. Iba intentando no hacer mucho ruido para asomarse antes por la mirilla, si eran vendedores no pensaba abrir. Al ver a su vecino al otro lado de la puerta se puso nerviosa.

—Hola, perdona que te moleste, es que me han regalado estas entradas para un espectáculo flamenco y... —no había terminado de hablar y Sofía ya le había arrancado las entradas de las manos.

—Vale, me apunto. ¿Cuándo es?

—No, si yo... esto... el miércoles —«¿Ha pensado que la invitaba? Si ahora le digo que las dos entradas son para ella se va a pegar un buen corte», pensaba Jaime, mientras buscaba cómo decirle que él no iba—. Pero... si prefieres ir con otra persona quédate con las dos entradas.

—No, no, gracias, allí estaré. «¿Flamenco? ¡Qué rollo!».

—Bien, pues, ya nos veremos —se despidió antes de que Sofía cerrase la puerta observando detenidamente las entradas.

«Ya podía haber tenido mejor gusto... Un poquito rarito sí que es, pero no sé, le pegaba más otro estilo de música, tampoco sé cual, pero ¿flamenco? Cuando se lo cuente a estos dos se caen de espaldas. Aunque mejor que cine y McDonald's... ¿Y por qué le he dicho que allí estaré? Si vivimos aquí, imagino que iremos juntos ¿no? Él tampoco ha dicho nada. Va es igual, de aquí al miércoles me lo encontraré en el ascensor».

—Manu ¡alucina! mi vecino me ha invitado a un espectáculo flamenco —le adelantó nada más descolgar el teléfono, sin saludarle ni nada.

—¿Y eso por qué?

—No sé, acaba de llamar a mi puerta, ahora mismo ha sido. Abro y me dice: Perdona que te moleste es que me han regalado estas entradas de flamenco, pero si prefieres ir con otra persona quédate con las dos.

—Y yo le he dicho que no, que iba con él, claro.

—¿Y a ti desde cuando te gusta el flamenco?

—A mí desde nunca... pero tampoco he ido jamás, lo mismo me estoy perdiendo algo grande. A mucha gente le encanta ¿no?

—A ti quien te gusta es el vecino, y ahora vas y lo niegas.

—A lo mejor me gusta un poco, Manu. Algunos días en el ascensor me sorprende olfateándole como un sabueso. Usa un perfume que me encanta, no sé cuál es, pero mmmmm ¡Me encanta!

—A ti siempre te encantan los perfumes que usan todos los tíos que te gustan. Creo que podrías montar tu propia perfumería si apuntases todas las marcas. El de Rubén, cómo decías que era, espera a ver si me acuerdo... Ah sí, decías: ¡Mmmmmm huele a despertar de primavera! Mira que puedes llegar a ser cursi. ¿Y él qué hace mientras le olfateas?

—Pues nada, él no se da cuenta. El otro día me dijo que me pintase los labios en el ascensor.

—¿Y eso? ¿Le da morbo o qué? Ese tío es raro.

—Es que me pilló con la barra en la mano. Pues esta semana a ver si me lo encuentro, porque no hemos quedado en la hora ni nada, y no tiene mi teléfono, lo mismo sube.

—O baja tú.

—¿Yo? ¡Qué dices!

—Mira que eres mojigata a veces.

«Y ahora a ver cómo me las ingenio yo para convencer a Javier de que no vaya al espectáculo, o que si va, no lo haga con Gloria —iba pensando Jaime, mientras bajaba por la escalera a su casa—. También tendré que buscarme una excusa por si me llama Susana a casa y no le cojo el teléfono. Puedo llamarla yo antes de salir diciéndole que estoy muy cansado y que me voy a acostar pronto. Por qué cojones me habré metido en este lío».

El fin de semana anterior había sido para Jaime algo así como una maratón de compromisos. Empezó con el viernes y aquella cena en El Pimpi, que terminó con más copas de la cuenta. Javier estaba imparable y pesadísimo «¡Venga, la última y nos vamos! No seas aguafiestas, Jaime, que pareces un carcamal». Pero quién más tiraba del carro para la retirada era la pobre Susana, que llevaba más de media hora bostezando y muerta de sueño. Pablo y Ángela también se habían ido. Y cuando Gloria ya no pudo más con sus zapatos, tiró de Javier que en ese momento intentaba llamar la atención de la camarera para pedirle otra ronda, sin ningún resultado porque Gloria fue más rápida y negó con la cabeza al mismo tiempo que tomaban rumbo hacia la salida. Tenían a los niños con su hermana de canguro y ya les había llamado dos veces.

El sábado habían ido a comer a la casa de los padres de Susana. No le gustaban aquellos compromisos, pero cierto era que se originaban muy de tarde en tarde. Los padres de Susana eran muy agradables, aunque la madre no se fiaba ni un pelo de él. Jaime no lo sabía. «Si dejó a su mujer por ti, acabará dejándote a ti por ella o por otra, tiempo al tiempo —le decía al principio su madre». Aunque Susana siempre le contestaba que no le juzgara porque ella no le conocía, Susana tampoco se fiaba de él. Nunca le había dado motivos para desconfiar, pero lo que le decía su madre, en el fondo, era lo mismo que ella pensaba. Los padres de Jaime no querían ver a Susana ni en pintura. De vez en cuando se veían, no tenían más remedio, pero en contadas ocasiones y nunca porque les invitasen a comer, evitaban organizar esos encuentros; pero Susana se empeñaba en acompañarle cuando él iba a visitarlos. Ella necesitaba sentirse parte de su vida. Ellos la veían como la causante de la ruptura del matrimonio. Jamás juzgaron a Jaime, siempre pensaron que ella le había embaucado. Esa conversación nunca había sido puesta sobre la mesa, pero era un mensaje latente que se reflejaba en sus miradas cuando se encontraban.

Jaime se acercó el lunes al despacho de Javier, estaban casi puerta con puerta, y se sentó en una de las sillas. Javier acababa de llegar y se estaba recuperando con un café bien cargado. El día anterior habían estado juntos en la inauguración de una franquicia de la cadena, en Granada, y traía auestas una buena resaca. Jaime se tomaba esas inauguraciones de una forma menos

festiva y, aunque participara de una manera distendida, siempre guardaba una prudente línea que delimitaba el espacio laboral.

—¿Pensáis ir a eso de los miércoles flamencos que nos dio Miguel? —le dijo, mientras ocupaba el asiento.

—Pues claro, ¿vosotros no?

—No podéis ir. Tú sí, pero tienes que convencer a Gloria de que no vaya.

—¡Tú estás chalao, Jaime!

—Tengo una razón de peso. Voy con... una... am... vecina.

—¿Qué vecina? Nunca me has hablado de ninguna vecina. ¿Te has liado con una vecina?

—¡Qué va! Si yo no tenía intención de ir. Se me ocurrió regalárselas a algún conocido para ponerle a Miguel como excusa, que me las habían quitado de las manos unos amigos que estaban locos por ir. Pero no se las pude encasquetar a nadie; así que subí a casa de esta vecina, pensando que ella podría ir con su novio, y cuando se las di ella creyó que la invitaba a ir conmigo.

—¿Y por qué pensó eso si tiene novio?

—Pues no sé, a lo mejor no tiene.

—Entonces no sois amigos ni nada. ¿Cómo se llama?

—No lo sé.

—¿Y qué fuiste, puerta por puerta en tu bloque hasta encontrar un voluntario?

—No, sólo se las ofrecí a ella. A ver, coincidimos muy a menudo en el ascensor y nos conocemos de ese ratito de hablar.

—¿Y no le has preguntado cómo se llama?

—Me da no sé qué después de tanto tiempo.

—Pues tío, pregúntaselo al portero o míralo en el buzón.

—Es verdad. No se me había ocurrido. Entonces qué, ¿evitarás que vaya Gloria? Como me vea con mi vecina lo mismo se lo suelta a Susana.

—Sabes de sobra que Gloria no traga a Susana, así que por ahí... lo mismo hasta se alegra.

—Ya, pero no quiero que siga pensando que soy un golfo.

—Pues va a ser complicado, porque a Gloria sí que le gusta el flamenquito. Pero ya sabes que por un amigo... lo que sea. Eso sí, con una condición.

—Que te lo cuente ¿no?

—¡Premio! ¿Está buena?

—No está mal.

—¿Sólo no está mal?

—Joder, Javier, no empieces que no se trata de eso.

—Toc, toc, ¿hola? Llamando a Jaime. Que soy yo tío. ¡Siempre se trata de eso!

—¡Que no Javier! ¿No puedes entender que no todo se reduce solo al sexo?

—Ya lo sé, ¿quién te crees que soy?

—¿Ya lo sabes?

—Pues claro, está el sexo solo, el sexo en compañía, el sexo desenfrenado...

—Tío, tú estás muy mal.

—Y tú eres más falso que un duro de madera. ¿Me quieres decir que has invitado a una tía a salir de la que no sabes ni su nombre, que Gloria no puede venir y que no hay tomate?

—No se puede hablar contigo. Olvídalo ya me las arreglaré.

—No te pongas estupendo Jaime, un simple: “Javi, necesito que me ayudes, me estoy trabajando un polvo fácil y necesito que me cubras”, hubiera sido suficiente.

—Que pesado eres, que no se trata de eso.

—¿Ah no? ¿Y de que estamos hablando entonces, Jaime?

—Bueno reconozco que la tía tiene su morbo, pero no la he invitado a salir para echar un polvo... ¡Joder, si ni siquiera la he invitado yo, se ha invitado ella solita!

—¡¡Pues mejor me lo pones!! Se te abren de piernas en el rellano de tu casa y necesitas la coartada de un colega. ¿Qué hay de malo?

—Nada si fuese verdad, pero no es eso lo que ha pasado ¿o sí? Al final me vas a liar como siempre.

—Claro, pobrecito, ahora la culpa será mía. Te quitas las macizas como si fueran moscas y el problema es que yo te lio.

—Tampoco es que sea una maciza.

—¿No? Y teniendo a Susana que, aunque especialita, tiene un polvazo ¿se la vas a pegar con Betty la fea?

—Me refiero a que no es que sea un bellezón. Es una chica normal, demasiado moderna para mi gusto, simpática... aunque quizá algo rara.

—¿Rara cómo?

—Pues no sé cómo explicarlo, es sólo una sensación. Pero sí es una tía atractiva.

—¿Cómo de atractiva?

—¿Qué quieres ahora, que te la describa?

—Llevo un rato ya esperándolo.

—Pues es alta, delgada, atlética; con el pelo castaño y largo; ojos de color verde, grandes y expresivos; una bonita sonrisa con una boca muy sensual...

—¡Al grano Jaime!

—Vale, buenas tetas, no muy grandes pero bien puestas; cintura estrecha, y un buen culo. ¡Vamos que tiene un revolcón!

—¡Lo sabía! ¡Lo que te ha costado! ¿No podías haber empezado por ahí? ¿Y de qué habláis en el ascensor para haber intimado tanto e invitarla a salir?

—De nada en concreto, y tampoco es que la haya invitado a salir. Pero el otro día cuando íbamos en el ascensor se me acercó más de lo habitual, parecía que me estuviera olfateando. Me sentí algo intimidado y cuando bajé la mirada hacia ese lado, su escote dejó a la vista tres lunares muy, pero que muy, sugerentes, y me quedé con ganas de ver si tenía más.

—¡Y eso que no habías pensado en cepillártela!! Habrá que ayudarte a descubrir más lunares. Suerte que los miércoles flamencos no caen en fin de semana, si no estabas perdido con Susana Holmes.

—No creas, acojonado estoy. No te extrañe que en algún momento pueda necesitarte de coartada, por si las moscas ya puedes ir hilándome una.

## CAPÍTULO 06

### Un espectáculo flamenco

El miércoles Sofía no había tenido noticias de Jaime ni se habían encontrado en el ascensor. Por la tarde, al llegar a casa, decidió bajar para preguntarle si seguía en pie lo del espectáculo y, si era así, a la hora que quedarían. Dejó el bolso y salió de casa con las llaves en la mano. Al llegar al rellano de Jaime, se dio cuenta de que no sabía cuál de las cuatro puertas que había era la suya. Hizo memoria intentando recordar de qué lado venía él cuando entraba en el ascensor, pero ella sólo recordaba que entraba de frente. Se decidió por el lado izquierdo, no sabía si era una especie de vago recuerdo o una corazonada. Llamó a la primera de las dos puertas de ese lado. Abrió un señor que debía rondar los setenta y tantos años.

—Oh, no sé si me he equivocado. ¿Vive aquí...? El chico que tiene... No sé cómo se llama. Es así moreno... ¿Vive aquí otro hombre con usted?

—No, aquí vivimos mi señora y yo.

—Y aquí al lado ¿quién vive?

—Pero usted ¿quién es? —preguntó el vecino con desconfianza, impidiendo el paso a su mujer que se asomaba detrás de él sin perder puntada.

—Vivo en la planta de arriba. Es que... —Sofía miraba su llavero buscando las palabras precisas. No encontraba una razón lógica para explicarle a aquel hombre por qué buscaba a ese vecino. Que tenía una cita con él para un espectáculo flamenco sin conocer su nombre, aparte de poco creíble, era demasiada información para compartir con un vecino al que ni siquiera conocía—. Es que un vecino de esta planta se ha dejado estas llaves en el ascensor.

—¿Y por qué en vez de preguntarme por un chico, no me has preguntado si eran mías esas llaves? —aquel señor estaba empezando a tocarle las narices.

—Porque usted no es el propietario de ellas. Yo sé cómo es, aunque no sepa su nombre, le he visto varias veces con este llavero en la mano. «¡Chúpate esa!».

—¿Y estás segura de que se trata de un chico? —apuntilló la señora,

asomándose bajo el brazo que hacía de valla—. Ese llavero con una flor no parece muy de hombre.

—Bueno, cada uno es libre de tener el gusto que quiera ¿no le parece? «¿Será cabrona la vieja?».

En ese momento se abría la puerta de al lado y, casualmente, apareció Jaime. El vecino y su mujer, que ya había tomado nuevas posiciones y al final consiguió sacar la cabeza de la barrera, se quedaron mirando a su vecino de puerta; la señora le quitó a Sofía las llaves de las manos para entregárselas a Jaime.

—Mira a ver si son tuyas estas llaves que ha encontrado esta vecina en el ascensor. —Sofía miró a la señora con cara de asombro y bastante mala leche; se las arrancó con tanta rapidez que Jaime no llegó ni a tocarlas.

—Gracias, señora, ya se lo pregunto yo. Pueden meterse tranquilamente en su casa a ocuparse de los asuntos que tuvieran entre manos.

Y se quedaron mirándoles en silencio hasta que la puerta se cerró del todo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jaime con mucha curiosidad al ver a su vecina un poco descolocada.

—Nada, que venía a entregar estas llaves que he encontrado y... ya que te veo por aquí pues... aprovecho para preguntarte por lo del espectáculo. «No entiendo por qué no le he dicho la verdad, tampoco tiene nada de malo venir expresamente a preguntarle... al fin y al cabo me invitó él ¿no?».

—Pues justo salía para subir a tu casa porque recordé que no habíamos quedado en nada claro. «¡Se ha puesto roja!». Es a las nueve ¿te recojo a las ocho para ir con tiempo?

—¡Pero si ya son las siete! Vale, subo corriendo a arreglarme —dijo, alejándose precipitadamente hacia la puerta que comunicaba con la escalera.

—¡Sofía!

—¿Sí?

—¿Y las llaves?

—¿Qué llaves?

—Las que has encontrado. ¿De quién son? ¿No tenías que entregarlas? —Sofía miró el llavero tratando de sacarle otra idea para salir del paso.

—Deben de ser de alguno de ahí enfrente, ya se las entregaré mañana — resolvió decidida y airosa por los pelos. Cuando Jaime cerró la puerta salió disparada escalera arriba, triunfante.

Al entrar en su casa lo primero que hizo fue lanzarse de cabeza hacia el teléfono.

—Manu, Manu, Manu... menos mal que te encuentro, vaya faena, he quedado a las ocho y aún no sé qué ponerme. Pensé que era más tarde la cosa esa, no me había fijado en la hora de las entradas. Estoy entre dos modelitos que tenía pensado ponerme pero no me convencen demasiado... Qué vergüenza he pasado, Manu, no sabía cómo se llamaba y ha salido un vecino y qué lío... ¿Sabes que sabe mi nombre? Yo no recuerdo habérselo dicho. Y tampoco me había dado cuenta, hasta hace un momento, de que yo no sabía el suyo, y no veas para explicarle a unos vec...—en ese momento cayó en la cuenta de que su amigo ni siquiera había contestado al teléfono al descolgar — ¿Manu estás ahí?

—¿Has terminado ya? Te va a dar algo, chica. A veces creo que te ha poseído tu amiga Paula. ¿Recuerdas como se respira?

—Es que tengo muy poco tiempo, ni siquiera me he duchado, estoy aún con la ropa del trabajo y no tengo claro lo que me voy a poner, es una situación de emergencia.

—Respira, Sofía. Res-pi-ra.

—Venga ya, Manu, me estás estresando con tanto respira, respira... ni que estuviese pariendo.

—Jaime.

—¿Qué?

—Tu vecino se llama: Jaime.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Pues de la misma forma que él habrá sabido el tuyo: buzón.

—¿Y por qué no se me habrá ocurrido a mí eso antes?

—Porque vas por la vida como una cabra loca. ¿Qué tenías pensado ponerte?

—Había pensado en el vestido negro que me compré contigo o el morado que tiene cuello Mao... o quizá también me pue...

Manu no dejó que continuase con la retahíla textil.

—Olvídate de vestidos. Ponte unos vaqueros y un top, ese que es tan gracioso que lleva tirantes con piedrecitas y florecillas muy pequeñas de colores, con un cinturón para quitarle el vuelo, y las sandalias de ante marrón con súper taconazo.

—¿Vaqueros?

—Sí, sí, vaqueros, vaqueros. Piensa un poco Sofía: es miércoles, un tío del que acabas de conocer su nombre, que sabe cómo vistes para ir al trabajo y también cuando sales con el que se supone que es tu novio, y del que aún no sabes la intención... por no hablar de la tuya... Esos vestidos que me dices son de ir a matar. ¿Te has propuesto ir a matar, Sofía?

—No

—Pues un vaquero y un top que te sientan de escándalo, descolocan. Y quién sabe, si hay que matar se mata, pero matar para nada es tontería, como diría aquel de la tele.

—¿Me puedo ir ya?

—¡Venga, tira!

—Gracias Manu, eres un sol.

—Ah, muy importante: Pelo suelto y...

—¿¿¿¿¿Y????? —se impacientó Sofía.

—Labios a rabiar.

—¡Qué loco estás!

Jaime, que subió a casa de Sofía por la escalera como la vez anterior porque se negaba a tocar aquel número de mal agüero, pulsó su timbre con la precisión de un reloj suizo. Sofía aún no había terminado pero le hizo pasar mientras tanto. Cuando abrió la puerta, sin saber muy bien por qué, los dos se acercaron y se dieron dos besos y, al retirarse, lo comentaron, acababan de convertir aquel encuentro oficialmente en una especie de cita. Dio una vuelta por el salón mientras ella terminaba, y le extrañó ver un par de cajas de mudanza sin abrir apiladas en un rincón. La casa estaba muy ordenada y exigua en cuanto a objetos decorativos. En una de las estanterías había algunos libros y marcos con fotografías, donde aparecía Sofía con unos señores que debían ser sus padres porque sus rasgos le recordaban a ella; en otra estaba Sofía con una chica rubia, dando un salto en el aire que las había dejado congeladas a medio metro del suelo; una con un grupo de gente en una especie de parque temático; otra donde aparecía una Sofía de unos ocho años, mostrando una tortuga en la mano; dos parejas y tres niños, dos varones y ella en medio; y otras cuantas en las que aparecía gente disfrazada, fiestas de cumpleaños y una boda.

Al rato apareció ella, dando un par de vueltas por el salón como buscando algo que finalmente encontraría en otro cuarto, porque desapareció del salón y cuando volvió a aparecer, anunció que ya estaba lista.

Jaime descubrió que cerró la puerta de su casa con las mismas llaves de sus vecinos de enfrente. No hizo ningún comentario al respecto, pero le gustó darse cuenta de que ella se había buscado aquella excusa para ir a preguntarle, y aquello sólo podía significar que algo interesada estaba, porque si no: ¿qué mal tenía admitir haber bajado expresamente a preguntar?

Bajaron en el ascensor con una sensación muy extraña, era el lugar donde se habían conocido y, sin embargo, era el lugar que les hacía sentir más incómodos. Ella ya no pensaba en aquel tórrido sueño cuando bajaba en el ascensor con él. Pero llevaba un tiempo notando que su presencia no le era indiferente y que, cuando daba al botón del ascensor por las mañanas, deseaba encontrárselo; aunque luego una vez dentro, con la escasa distancia y la conversación poco fluida, se le hiciera raro el trayecto. A él, el ascensor le hacía recordar que aquella era su vecina, y que un paso en falso sería más delicado con ella que con cualquier otra, porque tendrían que seguir viéndose las caras a diario. Eso sin contar las veces que podría subir o bajar con Susana en medio. Se quitó ese pensamiento de la cabeza. Las cosas iban a ser sencillas: espectáculo y para casa.

—¿Has ido más veces a ver a este grupo? ¿Se dice grupo en el flamenco? —preguntó ella, mientras iban caminando por la calle.

—No sé si se dice grupo o no, si te soy sincero no entiendo mucho de flamenco. Y no, no conozco a este grupo.

Habían decidido ir dando un paseo, el local no estaba muy lejos y el centro se había cerrado al tráfico rodado mediante unos pivotes móviles que bajaban sólo a los servicios de emergencia y taxis.

—Bueno, puede estar bien. ¿Hace mucho que vives en el bloque?

—Unos... cinco años. Tú llevas poco ¿no? He visto que todavía tienes alguna caja de la mudanza.

Subieron por la Avenida hasta la plaza del General Torrijos y allí cogieron el Paseo del Parque hasta girar en Molina Lario, donde comenzaron a callejear el centro.

—Me mudé a principios de mayo, pero soy un poco desastre. Esas cajas son cacharros de la cocina que se empeñó mi madre en comprar y que no uso, porque odio cocinar; algunos objetos de decoración y libros. Aún no entiendo por qué traje aquí todos mis libros, podía haberlos llevado a casa de mis

padres, pero hice la mudanza directamente desde mi casa aquí.

A Sofía le encantaba adentrarse en las calles estrechas del centro y sus rincones con encanto como El pasaje de Chinitas, su preferido. Disminuyó un poco el paso para disfrutar de aquel recorrido. Jaime se acomodó a su ritmo mientras daba vueltas buscando un tema de conversación.

—¿Dónde vivías antes?

—En Mallorca. Soy de allí. Casi toda la familia que tengo es mallorquina. Mi rama paterna es malagueña, pero los únicos que quedan son mi padre y mi tía, una hermana soltera que se vino a vivir con nosotros a Mallorca para no estar sola aquí.

—Pero tú allí vivías sola ¿no? —al recibir esta pregunta Sofía le miró con cara rara y Jaime continuó la explicación—. Por lo de los libros... que no los llevaste a casa de tus padres. Entiendo que de haber estado ya allí... Déjalo, es igual, creo que me estoy entrometiendo demasiado en tu vida.

—No, no te preocupes, no es ningún secreto —acababa de caer en la deducción que él había hecho—. Compré una casa con Alex, el chico que conociste una vez en el ascensor. Pero no llegué a vivir del todo allí.

—Háblame de Sofía.

—¿Qué quieres saber?

—Lo que me quieras contar.

—Pues Sofía es una vecina tuya que lo único que sabe mantener ordenado son los dientes de sus pacientes, te dije que era ortodoncista ¿no? El resto de su vida es bastante desordenada: deja todo por medio; odia cocinar pero le encanta comer; no sabe manejar el tiempo ni canalizar sus emociones; se aburre con las rutinas aunque las necesita para sentirse reconfortada; no le gusta que le lleven la contraria y menos aún la corriente; es caprichosa, aunque aquí puede que la culpa no sea suya, son los efectos de haber sido hija única; y no sé qué más puedo contarte de ella. Casi es mejor que la conozcas, y juzgues por ti mismo.

—Pues a mí no me pareces desordenada, tu casa al menos no me dio esa impresión.

—Tengo mis días.

—¿Sabes cuál fue mi primera impresión sobre ti? Pensaba que eras una tía rara. No sé por qué.

—¿Te parecía una tía rara y aún así me invitaste?

—Sí, bueno, no me gusta fiarme de las primeras impresiones.

—Yo soy malísima creando primeras impresiones. La primera vez que

te vi pensé que eras un estirado amargado y algo antipático.

—¿Por qué? —preguntó riéndose a carcajadas.

—No lo sé, imagino que por lo mismo que tú pensabas que yo era rara. Te vi ahí tan concentrado en los numeritos de la pantalla, y mirando el reloj cada dos por tres que parecía que ibas cronometrando si el ascensor había tardado un segundo más de la cuenta entre planta y número. Me miraste como por encima del hombro, así —Sofía trató de imitarle mientras él se reía con la actuación— arrugando la nariz cuando subí y me coloqué a tu lado, y dijiste adiós cuando te bajaste sin ni siquiera mirarme. Dabas la impresión de ir por la vida como sobrado.

—Pues sí que guardas tú detalles de nuestro primer encuentro. Yo de ese día no me acuerdo de nada. Pero recuerdo que el otro día ibas con el lápiz de labios en la mano y te dije que te pintases y contestaste que no era ese el color que buscabas, yo pensé que me habías mentido y que realmente te dio corte pintarte porque estaba yo.

—¡Pues claro que me dio corte! No me apetecía verte ahí en el espejo como un búho, mirando cómo me pintaba. Me hubiese salido seguro. Me los pinté en el garaje, cuando subí al coche —a Sofía le hacía gracia que la hubiera descubierto, notaba que era observador y que no se le escapaba una—. Háblame de Jaime.

—¿Quieres una versión light de Jaime, o quieres ir directamente a la versión escabrosa?

—Si me das a elegir mi impaciencia te pedirá la versión escabrosa. Pero como tú conoces las dos, lo dejo a tu elección.

—Pues yo también me decanto por la versión escabrosa, así te dejaré el terreno llano para que me cuentes la tuya.

—Yo no he dicho que tenga una versión escabrosa.

—Apuesto a que la tienes. Es más, apuesto una cena a que mi historia supera a la tuya en “escabrología”.

—Acepto la apuesta —respondió Sofía sin poder aguantar la risa—, aunque acabes de inventar esa ciencia.

Mientras caminaban, Jaime le contó su historia con María y su relación paralela con Susana, sin profundizar demasiado en detalles.

—¿Y cómo te las arreglaste para mantener dos meses aquella doble vida? —le preguntó Sofía con mucha curiosidad.

—Al principio era fácil porque a Susana la veía muy poco, una vez a la semana como muchísimo. Suelo viajar y no tengo un horario muy marcado,

entro y salgo de la oficina a mi antojo; no era difícil escapar entre semana. Los fines de semana, a no ser que programase algún viaje por problemas de agenda de algún cliente, los pasaba con María.

—¿Y por qué se complicó?

—Porque según avanzaba la relación con Susana, más veces nos encontrábamos y más difícil era encontrar el tiempo.

—¿Y qué pasó, te falló el planning? —a Sofía le estaba resultando muy interesante aquel trayecto y no tenía ninguna prisa por llegar. Su vecino comenzaba a parecerle una caja de sorpresas.

—Más o menos. Había quedado un día con Susana para comer. María siempre comía en su trabajo porque hacía jornada intensiva de ocho a cuatro. Por la mañana, mi mujer me llamó para decirme que se encontraba mal y que se iba al médico. Al salir de la clínica me llamó de nuevo para decirme que tenía gastroenteritis y que se iba a casa. Le dije que saldría pronto y le prepararía un arroz hervido, que descansara y no hiciese nada. Tuve mucho lío en la oficina y se me olvidó llamar a Susana para cancelar la comida, así que cuando me acordé de lo de María, era casi la hora a la que había quedado con Susana. La llamé y le dije: «Susana, lo siento, pero hoy no puedo comer contigo, mi mujer se ha puesto mala y tengo que ir a casa. Pero te lo compensaré. El viernes me invento un viaje y paso la noche contigo». Pero aún así me colgó de muy malas formas. Cuando iba camino a casa, recibí una llamada y era Susana: «¿Se puede saber dónde te metes? Me he tomado ya una caña esperando». Me comunicó, con un cabreo de tres pares. «Pero si te he llamado hace un buen rato para decirte que no podía ir». Le contesté, pensando que vaya cabeza tenía. «¿A mí? No tengo ninguna llamada perdida tuya». Aquí ya empecé a sospechar que o se le había ido la cabeza del todo o algo raro estaba pasando «He hablado contigo, Susana, y me has colgado. Si me estás gastando una broma no tiene ni puñetera gracia» —vio como Sofía abría los ojos de par en par—. Justo lo que estás pensando, había llamado a María.

—¿Y qué te dijo cuando llegaste? Perdona que sea tan preguntona pero es que no puedo con la intriga. «Y luego dice Manu que yo voy por la vida como una cabra loca, pues anda que este...».

—No estaba cuando llegué, se había ido a casa de una amiga, Gloria, que es la mujer de mi socio. Le aconsejó que hablase conmigo, ella no cogía ni el teléfono al principio. Tuvimos una gran discusión, y yo me marché de casa por un tiempo, vivíamos donde vivo ahora. Al cabo de unos meses

decidió darme otra oportunidad. Pero la convivencia después de aquello comenzó a ser insoportable. Desconfiaba de todo. Yo me había alejado de Susana cuando decidió seguir, pero María estaba tan paranoica que veía fantasmas por todas partes. Finalmente decidió marcharse, no lo soportaba. Meses más tarde me llegaron los papeles del divorcio, los firmé y no nos hemos vuelto a ver. Sus padres viven en Fuengirola, creo que se marchó allí. Bueno, no lo creo, lo sé por mi socio.

—¿Y no lo pasaste mal cuando se fue?

—Al principio sí, pero menos de lo que esperaba.

—Entonces no eras feliz con ella. ¿Por qué no la dejaste y te fuiste con Susana desde un principio? Y ¿qué pasó con Susana?

—Pues sí que eres preguntona tú.

—Ay, lo siento... es que a veces me tomo más confianza de la cuenta.

—Sí era feliz con ella, o al menos eso pensaba yo. No la dejé para irme con Susana porque no sabía si con Susana iba a ser feliz. Pero también me gustaba estar con Susana. Me gustaba estar con las dos, pero también sabía que tarde o temprano tendría que elegir, y de no ser por lo que pasó, a día de hoy, no sé a quién habría elegido.

—¡Pero tendrás morro! ¿Y ellas qué? Algo tendrían que decir al respecto ¿no? “Tarde o temprano tendría que elegir”, dice. Perdona que te diga pero has pasado de: estirado y antipático, a la categoría de “Tienes un morro que te lo pisas”

—No me malinterpretes. A ver cómo te lo explico. Susana, en principio, no quería nada serio y no nos planteamos algo juntos, aparte de lo que teníamos. A María no se lo quería contar hasta estar seguro de lo que sentía, no era cuestión de hacerle daño gratuitamente para, a los dos días, volver arrepentido.

—Pero eso que cuentas es rarísimo. Eso se sabe a la primera. ¿Tú probaste a ponerlas en una balanza?

—Pues claro que lo hice, y la balanza siempre pesaba más del lado de María.

—¿Entonces? ¡Lo tenías claro!

—La balanza lo tenía claro, yo no.

—¿Y qué pasó con...

Jaime decidió interrumpir aquella pregunta. No le apetecía hablarle, por el momento, de Susana, y sabía que ya la había dejado sin contestar antes.

—Se acabó el cuestionario, señorita preguntona, ha llegado el momento

de cambiar de personaje principal. Te toca.

Sofía se quedó intrigada con el asunto de Susana, pero pensó que ya buscaría la ocasión para retomar el tema.

—Nos compramos una casa pero no vivíamos juntos porque mis padres son unos anticuados y decían que después de tantos años de relación, trece fueron exactamente, si ya habíamos dado el paso de comprarnos el piso, qué más nos daba esperar un poquito más y casarnos. Alex se fue allí a vivir en cuanto lo compramos, se llevaba fatal con sus padres y para él era una tontería esperar. Yo fui llevando casi todas mis cosas menos las de uso habitual, y me tiraba con él en nuestra casa el poco tiempo que tenía libre. Las noches imposible, mi madre habría puesto el grito en el cielo, a día de hoy no estoy muy segura si no pensaré que aún soy virgen. En febrero, San Valentín para más señas, en una cena romántica que me preparó en un restaurante que habían abierto de comida Tailandesa, me sorprendió con un anillo de compromiso dentro de una copa de cava.

—Qué romántico ¿no? «...y horterera el tío».

—Bueno, su gozo en un pozo, porque cuando brindamos y fui a beber, pensé que era un bicho y le espurreé todo el cava que tenía en la boca sobre la cara, y la copa salió disparada por los aires.

—No me lo puedo creer ¿lo dices en serio? —Jaime tuvo que parar de caminar para reírse a sus anchas.

—Y tan en serio, menudo cabreo se cogió. Después, cuando se le pasó, me pidió matrimonio entre risas, porque la verdad es que cuando se le quitó el mosqueo le vio el lado cómico y no paró de repetir la jugada. Luego quiso que me fuese a dormir con él, pero la verdad es que estaba cansadísima y le dije que no. Me daba mucha pereza ir para un rato y luego tener que volver a casa. Cuando llegué, mi madre, que suele dormir con un ojo cerrado y el otro abierto, se levantó a recibirme. Le conté que me casaba, lo del anillo y se puso tan eufórica que me dijo que por qué no me había ido a dormir con él. «Anda tonta, un día tan bonito como este. Vete y le das la sorpresa tú a él». Yo no me lo podía creer, la mojigata de mi madre enviándome a la cama de mi novio. Pero la sorpresa volví a llevármela yo porque cuando llegué no estaba. Me metí en la cama a esperarle como una idiota y, al rato, llegó con compañía a casa. Si llego a estar dormida se me tiran encima.

—¡Joder!

—Y se acabó. Fin de la historia. No sé muy bien por qué te he contado esto, no suelo contar mi vida así a la ligera a desconocidos.

—Pues asunto arreglado, estas confianzas nos acaban de convertir, oficialmente, en dos conocidos.

—Tampoco suelo relacionarme con los vecinos.

—Pues ya sé dos cosas de ti: esa y que eres de las que no perdonan una infidelidad.

—En cuanto a la segunda, no se trataba de una infidelidad.

—¿Hubo más? —a Jaime le gustó el hilo que había tomado la conversación, se había quedado intrigado por saber qué habría pensado ella realmente de su historia con Susana, y vio que el escaqueo de su novio le iba a servir de referencia.

—Así de confirmada, no. Pero fue el momento que utilizó, el detalle: ahora te pido que nos casemos porque se supone que quiero compartir el resto de mi vida contigo, pero como te vas a casa de tus padres lo celebro con otra en nuestra cama. No, no pude perdonarle esa infidelidad. Y le había perdonado que me dejara colgada muchas veces para irse de juerga con sus amigos. Que apenas nos viéramos porque le encanta la noche y no quería renunciar a un trabajo de relaciones públicas en una discoteca, y que era la tapadera perfecta para ponerse hasta arriba de todo, incluso echar un polvo con la primera que pillaba, si quería. Y no, no me salió de los cojones perdonarle, así de claro.

—Aún no lo has superado, ¿no?

—Pues lo más curioso de todo es que en aquel momento me sentía jodida y a la vez liberada, como si me hubiese quitado un peso de encima. Ahí me di cuenta de que el asunto de casarme me agobiaba. Después, el fin de semana que estuvo aquí, me di cuenta de algo todavía más importante: Ya no le quería.

—Creo que es aquí —informó Jaime delante de la puerta de entrada.

Se sentaron en una mesa que había libre, no muy cerca del escenario. Pidieron una consumición y exploraron a su alrededor. Jaime buscando posibles caras conocidas, o para ser más exactos, buscaba a Javier sin Gloria, o a ser posible, ni siquiera Javier. No le apetecía presentarle a Sofía, sería como sacarla de aquella intimidad que formaba parte de su ascensor. Sofía miraba a su alrededor porque le incomodaba perder el hilo de la conversación y no sabía de qué hablar. Le gustaba el cariz que estaba tomando aquel encuentro, notaba que cuando cogían el ritmo de la conversación, se respiraba una pizca de complicidad.

Comenzó el espectáculo y, al principio, ambos sintieron el agradable

placer de guardar silencio sin sentirlo como una amenaza al acecho sobre sus cabezas. A la media hora, el aburrimiento era un reflejo cristalino en sus caras.

—Sofía ¿te está gustando el espectáculo?

—¿Te digo que sí o a ti también te apetece marcharte?

—Yo me habría ido al primer acorde de guitarra.

—Pues venga, vámonos.

—¡Hombre, Jaime! —se levantó de una de las mesas por donde pasaban, Miguel, el de las entradas—. Te he visto antes pasar de largo, pero como estaba casi a puntito de empezar no he querido acercarme. ¿Dónde vais?

—Hola, Miguel, pues... sí, es que... ¿No has visto a Javier por aquí?

—¡Qué va! Yo pensé que vendrías juntos, con vuestras... ¡Hola, soy Miguel! Perdona que no me haya presentado —se acercó a Sofía y le dio dos besos.

—Hola, encantada.

—Esta es mi mujer, Lucía. Este es Javier, el de las cazuelas, y ella es... ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Sofía.

—Pues íbamos a llamar a Javier desde la calle, porque me ha extrañado no verle aquí —trató de excusarse Jaime.

Los espectadores de las mesas de alrededor comenzaban a impacientarse y a quejarse porque les dificultaban la visión.

—Bueno, pues ya si eso nos tomamos luego algo, ¿no? —preguntó Miguel, tomando de nuevo asiento en su mesa.

—Venga, ya nos veremos —concluyó Jaime, contento de haberse librado al fin de seguir inventando explicaciones. Sofía no preguntó qué había sido aquello, pero se quedó muy extrañada por el cambio que había notado de repente en Jaime, se había puesto bastante nervioso.

—¿Te apetece que vayamos a picar algo? —preguntó él, tratando de ordenar en su cabeza la forma de explicarle lo que había ocurrido.

—Me parece bien.

—¿Dónde te apetece ir?

—Pues no sé, tu eres el malagueño, sorpréndeme.

Callejearon con dirección a la Plaza de la Constitución, o lo que es lo mismo, desanduvieron el camino que un rato antes habían trazado.

—Te voy a explicar lo que ha pasado ahí dentro, te habrás preguntado por qué me he inventado una excusa para salir ¿verdad?

—Algo raro he notado, pero vamos, que no tienes por qué darme explicaciones.

—Ya, pero quiero dártelas, tú eras la rara aquí y no quiero despojarte tan pronto del título, yo era el... ¿Cómo dijiste? el estirado, amargado y antipático. El caso es que Miguel fue quién me regaló las entradas, le encanta el flamenco, y me daba no sé qué decirle que no nos había gustado y que nos marchábamos.

—Sí, hubiese quedado fatal, hiciste bien con la mentirijilla. Aunque a ver qué se te ocurre para la próxima vez que te lo encuentres, cuando tengas que explicarle por qué luego no volvimos a entrar para tomar algo con ellos.

—Pues ve pensando una coartada, ya que estás metida en el ajo... a pringar.

—Soy buenísima buscando excusas, algo se me ocurrirá.

Después de un rato de conversación, donde Sofía le obsequió con muestras de las innumerables veces que había salvado el pellejo por su inventiva, llegaron al restaurante. Estaba situado cerca del Teatro Cervantes y tenía un gran ventanal con luces de color blanco cayendo en cascada y simulando una cortina. Desde la calle podían verse las mesas y a sus comensales. Era un lugar acogedor, aunque el gran ventanal restaba cierta intimidad desde dentro. Estaba medio vacío, no tuvieron problema para conseguir una mesa.

—¿Por qué decidiste invitarme a este espectáculo? ¿Fue la excusa o no tenías con quién ir? —se atrevió a preguntar Sofía mientras tomaban asiento.

—Estoy pensando que coincidirás conmigo en que te he ganado la apuesta y que me toca invitarte a esta cena —dijo Jaime, evitando la pregunta.

—Yo creo que sí, que la tuya es mucho más jugosa. Dónde va a parar decirle a tu propia mujer en su cara que le vas a poner los cuernos el viernes... Eso, perdona que te diga, no tiene precio —le contestó Sofía en el acto, sin poder contener una carcajada—. Disculpa que me ría pero es que es muy cómico el asunto, Jaime.

A Jaime no se le escapó que Sofía había pronunciado su nombre por primera vez.

El camarero les entregó la carta y tomó nota. Un Ribera del Duero acompañaría su cena que consistía en una ensalada de queso gratinado para compartir, pastel andalusí para ella y medallón de solomillo con foie para él.

—También reconozco que has sido un digno rival ¿eh? —le comunicó

Jaime cuando el camarero se alejó con el pedido anotado—. Eso de que le espurrearas a tu ex el cava en la cara y tirases su anillo por los aires justo cuando te iba a pedir matrimonio, ha sido para enmarcarlo en el recuerdo.

—Acepto la invitación si me respondes a la pregunta que te hice antes. ¿Por qué decidiste invitarme?

—¿Qué clase de chantaje es ese? Además, ¿estás segura de que quieres saber esa respuesta? «No, Sofía, no quieras saber esa respuesta».

—Sí. «¿A qué viene esa pregunta? Ahora quiero saberlo con más ganas todavía».

—A ver cómo te lo explico —la insistencia de Sofía le confirmó que no iba a renunciar a aquella pregunta. Pensó que sólo tenía que ser hábil y encontrar la respuesta adecuada para no sonar engreído ni hacer que se sintiera incómoda por el mal entendido del rellano—. A mí no me gusta el flamenco, y la verdad es que no tenía intención de ir, ya te he contado antes que me las había regalado Miguel, realmente era un compromiso no ir —cogió su copa de vino y bebió un trago para ganar tiempo—. Entonces no sé por qué me acordé de ti y pensé que quizá te gustaría llevar a tu novio —vio cómo a Sofía se le puso cara de extrañeza al escuchar la palabra novio—. Luego... como pensaste que te invitaba y no mencionaste a tu novio, creí que quizá no tenías y que aquel chico era sólo un amigo. Y en fin, de nada te iban a servir las entradas si no tenías acompañante ¿no? Así que al final, pues... decidí ir contigo.

—Espera un momento. ¿Me estás diciendo que fui yo quien te invitó a ti? «¿Será chulo?».

—No... bueno... no, yo me invité solo. ¿Qué más da? Tan malo no ha sido ¿no? Bueno, un poco rollo el espectáculo. «Como siga insistiendo terminamos discutiendo, lo veo venir».

—La intención era buena aunque haya sido un poco rollo —trató de suavizar el tono. «¿De qué va este tío? ¿Primero me invita y luego pretende insinuar que no me invitó realmente? Pues que hubiera invitado a la vieja de al lado, ¡no te jode!».

El camarero trajo la ensalada y cada uno se sirvió en su plato sin decir ni una palabra. Se había roto el hilo de la conversación y, más aún, el de la complicidad.

—¿Te pasa algo, Sofía? Te has quedado muy seria. «¿Y a mí por qué me habrá dado ese arranque de sinceridad? Podría haberle dicho: Te invité porque... porque eres... porque me... Vale, no me atrevo ni a pensarlo, cómo

iba a atreverme a decírselo. ¿Cuándo me he convertido en un tímido con las tías?».».

—No, no me pasa nada —mintió Sofía.

Sofía estaba poniendo sal a la ensalada y al dejar el salero en la mesa se tambaleó. Jaime se apresuró a parar aquella oscilación que amenazaba con caer en cuestión de milésimas de segundo. Inmediatamente después de soltarlo él, Sofía se puso a jugar con el salero, girándolo como si fuera una peonza.

—No se juega con los saleros —le soltó Jaime, sin levantar los ojos de la mesa mientras cortaba un trozo de carne del plato que el camarero le acababa de traer.

—¿Eres supersticioso? —le preguntó ella, sin dejar de jugar con el salero.

—No mucho.

—Entonces, si es “no mucho” no te importará demasiado si lo dejo caer ¿no? —tanteaba la reacción de su misterioso vecino.

—Si no derramas un grano de sal, no hay por qué preocuparse —observó cómo Sofía desenroscaba la tapa.

—¿Y ahora te preocupa un poco más?

—Sofía, no tiene gracia —insistió Jaime, aunque en ningún momento se le quitó de la cara su expresión de buen humor.

—Venga, vale, le pongo la tapa, pero me parece una tontería. Me recuerdas a mi padre, en cuanto se enteró que me había ido a vivir a un decimotercero, puso el grito en el cielo —le explicaba Sofía mientras se disponía a coger el tapón del salero que había ido a parar debajo de su plato, con tan mala fortuna que rozó el salero y se le volcó sobre el mantel; un montoncillo de sal apareció en escena.

—¡Lo sabía! —exclamó Jaime, cogiendo una pizca de sal de la mesa y tirándola detrás de su hombro.

—Ha sido sin querer, de verdad, créeme. —contestó Sofía, algo apurada pero intentando aguantar la risa al ver la cara que había puesto él. Jaime la creyó, porque se había puesto roja nada más caérsele.

—Ponte sal, Sofía, detrás del hombro izquierdo.

—¿Qué dices? Yo no creo en esas pamplinas.

—O te la pones tú o te la pongo yo.

—¡Ni se te ocurra, vamos! No he creído de pequeña, viviendo con mi padre que es peor que tú, voy a empezar a “supersticionarme” ahora.

—Ese verbo no existe —le dijo Jaime riendo.

—He roto cientos de espejos, pasado por debajo de todas las escaleras que he visto, de pequeña recogí un gato negro que mi padre echó casi a patadas, abro paraguas en casa y hasta en el coche se me abrió uno sin querer una vez, que casi me saca un ojo, y saleros derramados ni te cuento... Y aquí me tienes, vivita y coleando, y más feliz que una lombriz. Así que olvida que vaya a ponerme sal detrás de ningún hombro.

—Siempre hay una primera vez.

—A no ser que tengas poderes y te vea mover objetos telepáticamente... dudo mucho que vaya a haber una primera vez para creer en algo que carece de lógica.

—Antes me has hablado de Sofía y yo te he hablado sobre Jaime, ¿quieres que te diga a la conclusión que he llegado? —preguntó él.

—Me encantaría saberlo.

—Creo que esos dos no durarían mucho juntos. Y menos en la casa de ella... con saleros derramados que lamen mascotas felinas de color negro, balanceándose en el interior de un paraguas abierto, mientras Sofía hace el trenecito bajo una escalera donde Jaime está subido para colgar un espejo...

—¿No decía Jaime sobre su superstición que “No mucho”? —apuntó Sofía muerta de risa, ante aquella cadena descriptiva que se había marcado.

—También dijo Sofía “que no le pasaba nada” cuando le explicó Jaime lo de la invitación, y no era cierto, algo pasó por su cabeza.

—¿Se puede saber por qué hablamos en tercera persona?

—No lo sé pero es divertido —barrió el montón de sal con la mano y lo echó sobre su plato vacío—. ¿Te apetece algún postre?

—No me van mucho los postres.

—¿Nos vamos a casa entonces? Es un poco tarde ¿no? —se arrepintió nada más empezar la frase e intentó rectificar—. Aunque si te apetece tomar algo en otro sitio...

—No, tienes razón, es tarde.

Salieron del restaurante en silencio. Una vez que perdían el hilo de una conversación les costaba trabajo sacar otra. El grado de complicidad entre ellos aún no había llegado a un punto estable y, aunque se sentían cómodos, les superaba la timidez.

—¿Cogemos un taxi? Sé que estamos cerca pero las sandalias me están matando.

—No me extraña, si te hubieses puesto sal...

—Sí, claro, no empieces.

Se sentaron en el taxi como dos desconocidos que comparten asiento en el autobús, cada uno mirando por su lado de la ventanilla. Sofía había dejado el bolso a su lado, y su mano derecha, que estaba apoyada sobre el asiento, conservaba una distancia milimétrica con la mano izquierda de Jaime. A ninguno de los dos se le pasó por alto aquella distancia, y los dos tuvieron presente durante aquel breve trayecto la electricidad que les producía aquel minúsculo hueco.

Se les hizo extraño entrar en aquel portal a los dos juntos. Parecía que había pasado un siglo desde aquellos encuentros donde eran: el vecino de la planta doce y la vecina de la planta trece; cuando esa misma noche habían pasado a ser Jaime y Sofía.

Jaime le cedió el paso a Sofía, que entró sin pulsar ningún botón del ascensor por distracción. Jaime pasó tras ella y marcó solamente el suyo.

«No ha marcado mi planta ¿Despiste? ¿Mal educado? ¿Quiere que tomemos algo en su casa?».

«Lo lleva claro si piensa que voy a pulsar ese número del demonio».

«¿Qué hago, le doy yo? Si no le doy y ha sido un despiste, va a pensar que quiero ir a su casa».

«Venga Sofía, dale a tu planta. ¿Estás jugando conmigo como con el numerito de la sal? Pues lo llevas claro si piensas que voy a caer en tus juegucitos».

«Pero si le doy a mi planta y él no le ha dado adrede porque quiere que paremos en su casa, será como decirle que paso de tomar algo con él».

«Si no estuviese con Susana la besaba ahora mismo. No puedo tropezar dos veces con la misma piedra. Cómo me gustaría no haber tropezado antes y tropezar sólo ahora. Bueno si ella se tropieza conmigo sería distinto ¿no? Yo, por mi parte, no pienso tropezarme. Aunque me encantaría tropezar. No Jaime, no tropieces, sé sensato, es tu vecina. No, es Sofía, y me gusta. ¡Ya puedo pensarlo! ¿Lo pensará ella de mí?».

«Yo le voy a dar al trece, a ver si se ha creído este tío que se lo voy a poner tan fácil. ¡Ay Sofía que te gusta!».

—Ups, se me había olvidado darle a mi planta —mintió Sofía mientras pulsaba el botón.

—Ay, perdona. A quién se me ha olvidado es a mí —mintió él también.

«Vaya, hice bien, había sido un despiste».

«Buena chica. Y yo pensando que jugaba. Y ahora cómo nos vamos a despedir: le doy dos besos, me voy sin más, como siempre... o le planto un beso en los morros y que salga el sol por Antequera...».

«¿Me dará dos besos de despedida o se irá como siempre? Me muero por saber cómo besa... Ojala fuera igual de lanzada que en mi sueño...».

—Bueno, esta es mi parada.

—Gracias por la invitación.

—De nada, lo he pasado genial.

—Yo también.

—Hasta mañana... Quiero decir que ya nos veremos por aquí.

—Sí, claro. Buenas noches.

## CAPÍTULO 07

### La excusa de un beso

A Jaime le costó muchísimo levantarse de la cama al día siguiente, aún así se puso en pie en cuanto el despertador hizo su segundo aviso y salió a la hora habitual. No tenía muy claro cómo reaccionar después de aquel encuentro y las emociones se le revolvían por momentos. Por un lado estaba satisfecho de cómo habían sucedido las cosas la noche anterior, por otro le apetecía tener una excusa para que aquel encuentro se volviera a repetir, y por un tercero, pensaba que debía dejar las cosas como estaban y no complicarse la vida. Cuando se abrieron las puertas del ascensor y no encontró a Sofía dentro, se sintió desilusionado.

Jaime no pudo eludir el interrogatorio de su socio que ya le estaba esperando en su despacho cuando entró por la puerta.

—¿Y?

—Y nada, Javi, fuimos al espectáculo, cenamos en el centro y luego derechitos cada uno a su casa —le explicó precipitadamente, mientras tomaba asiento frente a su mesa y guardaba lo que llevaba en las manos en un cajón.

—No pretenderás escaquearte sin contar detalles después del numerito de enfermo que me monté ayer con Gloria ¿no? Hoy no me dejaba ni venir a trabajar, quería que guardase reposo.

—Es que no pasó nada, Javier, fuimos al flamenco, que no nos gustó nada, por cierto, y nos salimos al ratito de empezar. Como aún era pronto fuimos a cenar y después a casa.

—Entonces... ¿Realmente no es tu tipo o es que te rechazó?

—¡Ala! maté un gato y ahora me llamo Matagatos ¿no? —le contestó Jaime en un tono que parecía ofendido—. Tengo una relación con Susana, iba con las ideas muy claras en ese sentido. No intenté nada con ella.

—Pues cuando estabas con María, la mejor amiga de mi mujer por si lo habías olvidado, y a mí me cayó la del pulpo por encubrirte, espero que tampoco lo hayas olvidado... no te importó nada tener una relación, para

enrollarte con Susana. ¿María sí se lo merecía y Santa Susana no?

—Conozco de sobra tu aversión hacia Susana, no hace falta que te pongas a la defensiva. No se trata de que una se lo merezca más que la otra, se trata de que no quiero convertirme en el prototipo de hombre que va por la vida enlazando relaciones mediante infidelidades. El día que no quiera estar con Susana porque descubra que no siento nada por ella, pues la dejaré y empezaré de cero con otra persona o me quedaré solo o ya veré lo que hago.

—En resumidas cuentas... tu vecina no te atrae en absoluto.

—¡Y dale! Sofía me atrae, pero puede que sea porque es mi vecina y no puedo permitirme dar un paso en falso, y eso crea una especie de... no sé cómo llamarlo... atracción de lo prohibido, morbo o algo así. Si no fuera mi vecina y yo estuviera sin pareja, creo que ni me habría fijado en ella. No sé, Javi, la verdad es que no tengo las ideas muy claras.

—Pues yo lo veo clarísimo, si no te la has cepillado y tienes todas esas paranoias, sencillamente no te gusta. ¿Con Susana le diste tantas vueltas al asunto?

—Con Susana sabes de sobra que estaba borracho —soltó, repantigándose en el asiento, con las manos cruzadas detrás de la cabeza y apoyando ésta contra la pared.

—¡Menudo cabronazo estás hecho! Estarías borracho cuando te acostaste con ella, pero cuando te la camelabas en el restaurante no lo estabas en absoluto, no olvides que yo estaba presente.

—Bueno ya, es una forma de hablar... Pero ahí no pensé en las consecuencias de mis actos, y ahora es diferente. No me apetece pasar de nuevo por todo aquel lio de mentiras, trapicheos, excusas... Ni creo que Sofía sea mi tipo como pareja.

—¿Y quién ha hablado aquí de pareja? ¿Estábamos hablando de un polvo, o me he perdido algún capítulo?

—No... ya... pero la última vez que fui buscando un revolcón terminé divorciado y con Susana a cuestas... Es inevitable plantearme que pueda volver a pasar.

—Lo que no entiendo es por qué le das tantas vueltas, a mí me da la sensación de que esta vecina tuya debe de ser un muermo, para haberla dejado escapar así... ¿no hubo ningún acercamiento?

—¡Que no pesado! Y de muermo nada, me divertí un montón. Aunque es cierto que somos muy diferentes. Ella es así como... un poco alocada o infantil, no sé cómo explicarlo. Se puso a jugar con un salero para

fastidiarme, no sé qué gracia le ve...

—¿Y a eso le llamas tú diversión?

—No sé... contado así... yo me reí un huevo con ella. Me hace sentir... distinto, como si me transmitiera ese lado infantil y a florase un Jaime... desconocido.

—¿Quieres dejar de hablar así, como si tuvieras lagunas? Y a ver si te aclaras, ¿te gusta o no te gusta su lado infantil, no era eso lo que os hacía distintos?

—Ya, sí, pero hubo mucha complicidad entre nosotros. Y algo tiene que me atrae. Y también me pone a cien un gesto que hace a veces, se muerde el labio inferior, creo que distraídamente, cuando está... pensando o tramando algo. En el ascensor no me lancé de milagro cuando lo hizo.

—¿Y qué cojones te impidió hacerlo, se presentó un espíritu con forma de Susana reflejado en el espejo?

—¡No lo sé! —contestó, cambiando la postura y apoyando los brazos sobre la mesa, como si tratara de ver reflejado en el cristal aquel momento—. Saqué mi lado racional y me obligué a no hacerlo, aunque me costó un huevo reprimir el impulso.

—¡Acabarás liándote con ella, hijo!

—Encima se plantó unos vaqueros... ahí ajustados... y los morros de rojo vivo, para mí que eso lo hizo para provocar porque una vez le dije en el ascensor que se los pintara.

—Al final, estoy llegando a la conclusión de que tu vecina no te atrae, te gusta bastante, Jaime.

—Tampoco tanto...

—Jamás me habías contado tantos detalles sobre una tía. Y decías al principio que no pasó nada. ¿Dónde no pasó nada? Esa tía te pone y, además, te intimida. Por eso no te lanzaste a su cuello.

—La verdad es que anoche me costó dormir. Le di mil vueltas a todo: lo que hice, lo que no hice, lo que tenía que haber dicho, lo que tenía que haber hecho... Justo ahora que Susana y yo habíamos dado otro paso en nuestra relación, me asaltan nuevas dudas.

—Ya estoy informado de eso, Susana se lo dijo a Gloria la noche que salimos. Y eso de darle las llaves de casa a tu novia... ¿no es una mariconada de esas de teleserie americana?

—Empezó con el rollo de: «Y si es verdad que me quieres y no tienes dudas, ¿por qué no vivimos juntos?». Pensé que sería una forma de hacerle

entender que no oculto nada, que simplemente aún no estoy preparado, y así salí del paso. Oye ¿te apetece tomar un café ahí enfrente? ¡Tengo un sueño!

Javier se levantó con un gesto afirmativo como respuesta.

—Gloria piensa que nunca lo vas a estar, pero tranquilo que no se lo diré a Susana aunque en el fondo le encantaría hacerlo, por fastidiarla —le iba explicando de camino a la salida.

—Susana es muy maja. Gloria la ha recibido con el hacha en mano por María, pero tampoco fue ella quien le quitó el marido a su amiga, fue el marido quién se quitó solito, no era un niño de primaria, desde luego —echó en falta las gafas de sol que se había dejado en el cajón, en cuanto la luz le atizó en los ojos.

—Pues será maja y todo lo que tú digas, pero a mí... qué quieres que te diga —resopló pensando las palabras precisas—... no me termina de cuajar. Te lo digo desde la confianza y el cariño que te tengo, Jaime, y siento decirte que cuando estás con ella no eres el mismo. No me lo tomes a mal ¿eh? Pero creo que te maneja mucho. Con María no te pasaba, porque María es de las que se dejan llevar como tú, y teníais ahí un ten con ten. Lo mismo es tu forma de ser en las relaciones pero, desde luego, yo que te he conocido con y sin pareja, pienso que eres completamente distinto cuando estás con ella.

—Yo no veo que me maneje, si fuera así hace ya tiempo que viviríamos juntos.

—No sé, es una opinión.

—Anoche también estuve dándole vueltas a lo de mi separación y llegué a la conclusión de que quizá yo no estaba enamorado de Sofía.

—María, querrás decir.

—¿Y qué he dicho?

—Sofía. La tienes en la cabecita todo el tiempo ¿eh? —le frotó el hombro a su amigo, acompañando el gesto con un guiño de complicidad—. En cuanto a lo de María, esa fue la explicación que yo te daba y te negabas a aceptar.

—Ayer Sofía me preguntó si la eché de menos cuando se fue, y ahí analicé muchas cosas. No en ese momento, claro, sino después en casa —se habían sentado en un taburete frente a la barra y les acababan de servir un par de cafés. Jaime aún no le había echado azúcar, pero no paraba de removerlo distraído como si tuviera—. ¿Tú cómo sabes que estás enamorado de Gloria?

—Joder, qué filosóficos venimos hoy. Pues esas cosas se saben sin más, sin necesidad de explicación. Es cierto que mi relación ya no tiene la efusión

o exaltación que había al principio; ahora lo que siento es distinto, más profundo y sosegado, me encanta compartir mi tiempo con ella, la sensación de llegar a casa y saber que la encontraré ahí con nuestros hijos; y si pienso en que puedo perderla siento una especie de nudo en el estómago que me hace sentir miedo, y a la vez me hace saber que todo está en su sitio.

—¿Ves? Yo eso creo que no lo he sentido nunca, me refiero a lo último.

—¿Si tú piensas que Susana te deja, no sientes nada?

—Nada, nada, no... pero miedo y nudos tampoco.

—Pues yo no me considero un blando y siento eso, así que, amigo, o tú eres un témpano para las relaciones, o siento decirte que la teoría de antes tiene fundamento también para Susana.

—¿Entonces crees que tampoco estoy enamorado de Susana?

—Pues si no lo sabes tú... Por cierto, hay algo que se me ha quedado ahí en el tintero para preguntarte, ¿qué es eso de que un día le dijiste a tu vecina en el ascensor que se pintase los labios?

—Lo último que te cuento, portera.

**«¡Hola, soy Sofía! En este momento estoy ocupada, deja tu mensaje al oír la señal. Gracias:**

*Mensaje 1: Hola Sofía, como ves algo he cambiado, he dejado un tiempo prudencial para no agobiarte. Espero que todo te vaya bien por allí. Me gustó mucho pasar aquel fin de semana contigo, aunque creo que para ti no fue nada agradable, al menos yo me llevé esa sensación. Te echo de menos, bueno, mejor dicho, echo de menos a la Sofía de Mallorca. No quiero agobiarte ni ponerme pesado, pero cuando te apetezca, me gustaría que hablásemos. No te preocupes, no quiero hablar de volver, pero no quiero que perdamos el contacto. Un beso, Sofía...ahhh se me olvidaba, el otro día me encontré con Paula y me preguntó qué tal contigo, no le quise contar nada porque tampoco sé qué le habrás contado tú. Te echa mucho de menos y no paró de hablar de ti.*

*Mensaje 2: Hola Sofi, soy Paula. Anoche después de colgar lo estuve pensando un buen rato y creo que he llegado a una conclusión bastante lógica: Una vez leí en... no sé dónde, pero eso da igual, que en no sé qué parte de la costa del sol, creo que Torremolinos, se concentra un índice muy elevado del turismo gay en España. Tu mejor amigo allí es gay, ¿y si Jaime*

también es gay? ¿No lo has pensado? A lo mejor tienes una especie de imán para atraer gays a tu vida, y habiendo tantos por allí... Es que por más vueltas que le doy, me parece muy extraño que un tío de esa edad te invite a salir, a cenar y luego te deje en casa sin un beso, eso en tiempos de mi madre vale, pero ahora... Si hasta Enrique, cuando el niño estaba despistado, me plantó un beso en el cine la primera noche... Por cierto, con lo tuyo se me olvidó contarte lo mío, ya no salgo con Enrique. ¿Que qué pasó? Te preguntarás. Pues más bien es lo que no pasó. Sin chispa nos quedamos. Fíjate que yo creo que lo que nos pasaba era que se nos había quedado desde el instituto una especie de tensión sexual de esas no resueltas y, cuando la resolvimos, con la tensión se fue la chispa. Otra cosa que no te he contado, no sé si debería porque ahora, como estás con lo de Jaime, lo mismo no tienes ganas de saber nada de Alex, pero en fin, de todas formas yo te lo cuento, si tú ves que no te apetece saberlo, como no me puedes mandar callar pues corta aquí el mensaje colgando el teléfono y se acabó. Bueno, que empiezo, por si no has colgado: Me encontré con Alex el otro día en una cafetería, iba con su hermana Almudena. ¿Alex no se llevaba a matar con su hermana o me lo he inventado? Pues allí estaban los dos y, como es natural, me acerqué a saludar. Le pregunté qué tal le fue contigo. No es que quisiera entrometerme en tus asuntos, pero es que no sabía de qué otra cosa hablar con él... El caso es que Mónica y yo terminamos sentadas allí con ellos. No sé si te había dicho que iba con Mónica, ahora salgo bastante con ella. No es que te haya sustituido ni nada por el estilo... bueno algo sí, que lo sepas y rabies un poco. Pues como te decía, que nos sentamos con ellos y Alex estuvo toda la tarde hablando de ti y preguntando un montón de cosas raras sobre ti. Si te digo la verdad ahora le veo diferente, no es q...

Mensaje 3: ¿Tú sabías que los mensajes del buzón de voz tienen un tamaño específico? ¡Que me ha dejado a medias tu contestador! Bueno, voy a intentar ser breve que ya se me ha terminado el descanso del trabajo y aún no he desayunado. Te decía que Alex está muy cambiado, no sé, me cae mejor ahora, se ha vuelto menos... chuleras, por decirlo de alguna forma. Ha dejado la discoteca, imagino que te lo dijo cuando fue a Málaga, y ya apenas le cuenta nada a Pedro, no sé si porque se enteró de que luego lo va rajando todo, o porque ya no tiene las cosas tan claras con tu vuelta. Te dejo Sofía que ya se va mi compañera, llámame en cuanto sepas algo de tu vecino, esa historia me tiene enganchada. Besitos.

Mensaje 4: Hola Sofía. Soy Juan, el de la casa. Que dice mi señora que

*si no te importa que pasemos esta tarde por la casa para medir el ventanal de la terraza para lo de las cortinas. Ya sabemos que dijiste que tú te encargarías, pero es que han pasado ya dos meses y aún no hemos recibido noticias tuyas. No nos gustaría que los muebles se quedasen descoloridos por el sol. Nos pasaremos a las siete. Llámanos para confirmar.*

*Mensaje 5: Hola Sofía, soy Alex, me alegra que vuelva a saltar el buzón de voz porque será más fácil para mí. Ya sé que te he dicho antes que no quiero ser pesado, pero es que no me atreví antes a leerte una cosa que he escrito para ti, espero que te guste: Nunca tuviste un gato, el único gato que entró en tu casa salió el mismo día por la puerta y, para compensártelo, tu padre te compró una tortuga que tampoco duró demasiado porque la dejaste olvidada en un parque. Te encantan los libros de historias que te hacen reír al mismo tiempo que te hacen llorar. En E.G.B. te enamoraste del chulito de la clase que pasaba de ti totalmente. Después, cuando entraste en el instituto, se interesó por ti y tú le diste calabazas —aunque te seguía gustando— para vengarte de él, y porque ya le habías echado el ojo a uno de segundo. Siempre me ha gustado tu pelo suelto porque me encanta el gesto que haces cuando lo apartas de la cara si te molesta. Cuando estás concentrada pensando en algo divertido o incluso una idea que te da vergüenza, te muerdes el labio inferior a la vez que sonríes. Tu sonrisa es lo que más me gusta de ti, y es en lo que más pensaba cuando subí a aquel avión con dirección a Málaga, sin embargo no me permitiste verla en ningún momento. Lo siento, Sofía, siento el daño que te hice y no haber sabido quererte».*

Dejó el teléfono tirado en el sofá. El mensaje de Alex le había dejado una sensación a medio camino entre la ternura y la desilusión. Que se hubiese tomado aquella lista como algo tan importante, cuando ella sabía que a él todo aquello le parecía una soberana chorrada, le hacía sentirse vulnerable. Eran evidentes las aportaciones que había hecho Paula al listado, sólo ella sabía de la existencia de Nacho, el chico de octavo por el que bebía los vientos durante aquel curso, y el asunto tortuga que Alex había olvidado en Málaga y que, repentinamente, parecía haber recuperado en Mallorca. Aún así, le pareció que había sido un bonito gesto por su parte, el haberse tomado tantas molestias. El telefonillo del portero automático sacó a Sofía de sus pensamientos.

—¡Hola Manu, cambio de planes! no puedo ir a tu casa, mis caseros están subiendo ahora mismo por el ascensor —le comunicó Sofía a través del teléfono móvil.

—¿Y a qué van esos ahora a tu casa? —preguntó Manu con voz de repelús.

—Que se han empeñado en poner unas cortinas en el ventanal de la terraza... ya verás, lo mismo me traen unas horteras con floripondios. Pues las quito y las pongo sólo cuando vengan...

—Entonces voy yo para tu casa, que lo mismo cuando se vayan a ti te entra el remoloneo perezoso en el sofá y me quedo sin que me cuentes tu cita. Prepárame un café. Cuando se vayan tus caseros, claro, a ver si con el aroma se deciden a quedarse un rato más. En cuanto me arregle salgo disparado.

—Tampoco te hagas demasiadas ilusiones ¿eh? que no hay mucho que contar...

—No te hagas la interesante. Además, yo también tengo novedades.

Sofía consiguió deshacerse de sus caseros en el mismo instante que sonó el timbre de la puerta. A Manu le sorprendió encontrarles allí aún, después de media hora. La cara de estos, cuando se encontraban con Manu, formaba un signo de interrogación. Manu al entrar le dio dos besos a Sofía y, cuando ellos amagaban hacia la salida pero sin moverse del sitio, la cogió por la cintura mientras les miraba fijamente con cara de póker. Aún tenían carrete y volvieron a sacar el tema sobre la caída de la tela de la cortina.

—De verdad que a mí me da igual la caída —volvió a explicarles Sofía — lo único que me importa es que el color sea liso, pero tampoco es mi casa, así que como decidan estará bien. Y lo siento pero es que tenemos cosas que hacer.

—Sí, sí, y nosotros. Venga, ya os dejamos tranquilos. Oye y en cuanto a lo de los pobres, cuando lleguemos a casa te buscamos el teléfono.

—Vale, muchas gracias, tampoco hay prisa.

—De nada, a ti por dejarnos medir —Sofía consiguió cerrar la puerta finalmente y, con gran alivio, volvió al salón donde Manu ya había ocupado asiento.

—¿Has visto cómo me miran cuando me acerco a ti? ¿Por qué se extrañan de esa forma, tanta pluma tengo?

—Qué va, si no tienes nada. Es puro cotilleo. ¿Te has dado cuenta de que, hable el que hable, siempre lo dicen todo en plural?

—Lo mismo hasta tienen transmisiones telepáticas entre ellos. ¿Qué era eso de los pobres? —le preguntó, cuando Sofía se acomodó a su lado.

—Nada, que han visto la que tengo armada en la terraza y les he dicho que eran cosas para los pobres.

—Ya me extrañaba a mí que tuvieses el salón tan ordenado —comentó Manu asomándose a través del cristal—. ¿Pero qué hace todo eso ahí?

—Es que como esta semana se suponía que iba a subir mi vecino a decirme lo de la hora de quedar... pues tuve que hacer un arreglillo, así de urgencia, no me daba tiempo a colocarlo todo en su sitio.

—Eres un caso, tía. ¿Y mi café?

—No me ha dado tiempo. Acompáñame a la cocina, anda, lo preparo en un minuto.

—¿Sabes que he subido con “tu Jaime” en el ascensor?

—No, venga ya... Si no sabes ni cómo es, me estás tomando el pelo ¿verdad?

—Moreno, alto, pelo corto y algo ondulado, pantalón de pinzas color beige, una camisa de manga larga, un poco remangada, de color blanco y una fina raya del mismo color que el pantalón; y se ha bajado en la planta doce.

—Primero: no conozco todo su repertorio del armario, y segundo: esa descripción coincide con cualquier tío que describas. Ejemplo de Manu: Moreno, alto, pelo corto y algo ondulado, pantalón vaquero y camisa un poco remangada de color blanco con rayas de color azul. En la planta doce hay cuatro puertas, mejor dicho tres, porque la de los viejos la descarto. No tienes el cien por ciento de las posibilidades de que sea él.

—Y si te digo: reloj con esfera azul cobalto y correa de metal, marca Seiko; llaves en la mano con un llavero de Volkswagen, y huele a despertar de primavera y tarde de otoño, o lo que es lo mismo a Boss Pure.

—¿Es él! ¿Y es gay? ¿Boss Pure? ¡Mañana me voy a la perfumería a olerla!

—Lo tuyo con los olores empieza a preocuparme —contestó Manu intentando ahogar una carcajada—. ¿Por qué me preguntas si es gay?

—Es la teoría de Paula a: “por qué no me besó”

—Espera un momento que esto me crispera los nervios. ¿Por qué las mujeres siempre usáis la homosexualidad para vuestra conveniencia? Si un tío es guapo: ¡Es imposible que sea gay!; y si no os besa: ¡Es gay seguro!

¿Por qué no entran en vuestras opciones: a) que no le gustes, b) que no sea un tío fácil o c) que en ese momento no le apetezca besarte?

—Oye a mí no me metas en el saco que ha sido idea de Paula...

—Idea de Paula pero que estaba dentro de tus posibles respuestas.

—Bueno, está bien, entonces me quedo con la opción a) ¡no le gusto!

—¡Es imposible que no le gustes!

—¿Y por qué te parece imposible?

—Porque sí, Sofía, si no le gustases no habría subido a tu casa a invitarte a ese espectáculo.

—Ya... pero es que... hay algo que no sabes... puede que fuera yo quién le invitó a él —le anunció con cara de circunstancia.

—¿Me mentiste?

—No, pero es que en la cena le pregunté por qué me había invitado, que ya me vale no haber mantenido el pico cerrado, y me dijo que él subió a darme las dos invitaciones para que fuese con Alex, no eran para ir conmigo... pero que yo confundí la invitación y por no dejarme colgada... accedió.

—No me lo puedo creer, Sofía —Manu se sentó en una silla para reírse a sus anchas. Se había puesto rojo de tanto reír y no era capaz de seguir preguntando.

—¡Vale ya! no seas idiota, tampoco tiene tanta gracia.

—¿Qué no tiene tanta gracia? Te creía capaz de muchas cosas, pero de auto invitarte así... —volvió al modo carcajada y terminó contagiando a Sofía, que en ese momento se disponía a servir el café y le temblaban las manos.

Durante el café, Sofía le hizo un minucioso resumen sobre la noche anterior. Manu escuchaba atentamente aquella historia, y notaba cómo disfrutaba Sofía al analizar los detalles que parecían más insignificantes.

—Yo no veo nada raro en que no te besara, Sofía. Que un tío te bese en una primera cita es algo muy común y no significa nada tampoco. Que no te bese hasta puede significar más cosas, unas buenas y otras malas. Las buenas: que no se atreva, señal de que le gustas bastante y le impones respeto; que esté esperando a analizar lo que siente, puede que sea un tío que no se toma un beso a la ligera. Las malas serían las que nombré antes para criticaros a Paula y a ti, más un añadido: que tenga pareja.

—Si tuviese pareja me lo habría dicho. Además vive solo.

—Y otra cosa que indica que no tiene pareja es que no te habría invitado

a salir sin intención de echar un polvo...

—Esa última teoría flojea, te recuerdo que él no me invitó. Aunque yo juraría que sí, le he dado mil vueltas a la invitación y yo no recuerdo que me dijera nada de ir con Alex, solo algo así como: Si prefieres ir con otra persona quédate con las dos... ¿Y si se lo inventó y me hizo creer que no me había invitado para no explicarme el por qué?

—¿Pero tú cómo le notabas cuando estabais juntos?

—Bien, se reía un montón y se interesaba por conocerme. Había momentos en los que permanecíamos callados, pero imagino que eso es normal, no sabíamos muy bien de qué hablar. Cuando cogíamos carrete era muy divertido, Manu, a veces era como cuando hablo contigo, como si no le acabase de conocer y ya hubiésemos salido más veces.

—Pues no saques conclusiones precipitadas, espera a ver cómo respira a partir de ahora. ¿Y te gusta de verdad?

—Si gustar significa que cuando le veo me pongo nerviosa, que noto una especie de electricidad si se me acerca y que llevo casi veinticuatro horas recreando en mi cabeza nuestro encuentro... ¡Sí, me gusta de verdad! Y también me gusta su forma de hablar, a veces en tercera persona, y su modo de eludir las preguntas que no quiere responder; cuando hace como si no estuviese pendiente de las cosas y sin embargo no se le escapa ni un detalle. Aunque anoche hizo algo muy raro cuando subimos en el ascensor, le dio sólo al botón de su planta.

—¡Sofía que te veo venir! —se adelantó Manu, esbozando una risilla maliciosa.

—Ah, vale, ahora me vas a decir que eso es normal ¿no?

—Para alguien como tú, que analiza hasta una musaraña, no —dijo aquella frase como con cierto retintín—, pero para un pobre mortal es un descuido de lo más natural.

—Ya te estás burlando de mí, como siempre: la fantasiosa de Sofía ya la está liando con sus elucubraciones ¿no?

—Es que no paras, Sofía. ¿Por qué nunca te entra en la cabeza que quizá no todo lo que hace la gente lo hace con una determinada intención? Los descuidos existen, Sofía, una despistada como tú debería saberlo mejor que nadie. No exijas a los demás lo que ni siquiera tú puedes cumplir. Eres tremendamente egoísta, Sofía.

—Espera un momento, Manu... Tú has tenido problemas con Andrés ¿verdad? Por teléfono dijiste que tenías novedades...

—¡Bingo! Pensé que a mi amiga la había abducido el espíritu del egocentrismo.

—¡¡Lo sabía!! Normalmente eres puñetero conmigo, pero no así de malicioso ¿Qué os ha pasado?

—A él le han pasado los celos, y a mí me están pasando las dudas.

—¿Puedes ser más explícito? Tu nivel de sutileza supera al mío de comprensión.

—No sé qué le pasa, pero está celoso de Fran.

—¿De Fran? Pero si Fran pasó a la historia, lo dejaste muy claro en la mesa, yo estaba delante... ¿Le has hablado de Fran más veces?

—Aquella vez en Nerja fue la primera vez. Todos hablamos sobre nuestros ex ese día. Lo que no imaginé entonces era que lo iba a grabar todo en su disco duro para reproducirlo después a su antojo.

—Pero qué es lo que dice exactamente.

—Llevaba un tiempo muy pesado sonsacándome cosas sobre él. En casa me pidió que le enseñase alguna foto. En fin, que se rayó.

—Vale, entiendo que Fran está tremendo, pero Rubén es para morirse y yo no te veo a ti rabiando de celos.

—Es distinto, Sofía. Rubén y Andrés son sólo amigos, nunca ha habido nada entre ellos.

—Pues no lo entiendo. Vamos que yo no podría tener un amigo así de tremendo todo el día pegado a mí, tendría que hacer un esfuerzo sobre humano para no lanzarme a su cuello a todas horas.

—Tú eres un caso aparte, Sofía, estás muy salida o necesitada últimamente, ya es que ni te reconozco a veces en tus comentarios. Si yo fuese hetero ¿no serias mi amiga sin tirarte a mi cuello?

—Yo hablaba de Rubén, no de ti. ¿Y qué piensa Andrés, que te vas a liar a la primera de cambio con Fran o qué?

—Sí, le molesta que sigamos siendo amigos. No lo entiende.

—Y tus dudas cuales son.

—Que no sé si me merece la pena seguir, si ya la cosa empieza con estas escenitas sin fundamento...

—Pero ¿has hablado en serio con él?

—Voy este fin de semana a Valladolid, a la vuelta te contaré cómo termina todo. ¿Qué planes tienes, quieres venir?

—No, este fin de semana debéis pasarlo solos, si Rubén os molesta envíamelo que yo lo entretengo.

—Si lo que yo te diga...

—Y con Jaime... ¿qué va a pasar ahora? —preguntó Sofía, deseando retomar su tema.

—Y a mí qué me preguntas... pregúntale a él. Aunque... ¿te cuento algo sin que se te suba demasiado?

—¡Soy toda oídos!

—Cuando subí al ascensor él ya estaba dentro. Al ver el doce pulsado se me encendió la bombilla y pensé que podía ser “tu Jaime”. Al tocar yo el número trece, supe definitivamente que se trataba de él, porque a partir de ese momento empezó a observarme detenida y disimuladamente.

—¿Y esto por qué no me lo has contado antes? —preguntó Sofía encantada—. Entonces se interesó por ti... y esta vez no es una fantasía mía, lo ha dicho el resabido de mi amigo Manu...

—Oye, que estás pensando en alto, maja.

Al día siguiente, Susana había llegado a casa de Jaime antes que él, con la intención de prepararle una cena sorpresa. Se sentía cada vez más cerca y su relación se situaba en una estabilidad que la reconfortaba. Jaime notó el aroma de la cena nada más abrir la puerta de su casa, y se sorprendió al verla allí en su cocina como Pedro por su casa.

—¿Y esto?

—Una sorpresa que me apetecía darte —le informó ella, acercándose a él y dándole un beso en los labios—. ¿Tienes hambre? He preparado un risotto para chuparse los dedos y además... ¡chachaaaan! he traído esta botella de Matarromera. Lo que he olvidado es el postre, ¿alguna sugerencia para improvisar?

—¿Fruta?

—¡Ay hijo, qué aburrido eres! Yo esperaba algo más... picante.

—¡Fruta a la pimienta!

—De humorista está claro que no podrías ganarte la vida.

—¿Y a qué se debe esta celebración... sorpresa?

—¿Acaso debe haber un motivo para tener un detalle con la persona que uno quiere?

—No, perdona... es que... no me lo esperaba.

—Pues vamos a sentarnos ¿no? El risotto no tiene espera.

Durante el transcurso de la cena hubo una conversación trivial a la que Jaime no prestaba suficiente atención, en su cabeza se agolpaban preguntas sin respuesta, respuestas a preguntas que aún no habían sido planteadas, y una única solución.

Hizo un balance exhaustivo de su relación, y trató de remontarse al fracaso de su matrimonio, a aquel momento en el que María decidió darle una oportunidad y tomó la decisión de terminar con Susana. Se lo debía a María, se lo debía a sí mismo, tenía que intentarlo. Pero ahí estaba la clave de todo: tenía que intentarlo. No era: quiero intentarlo o necesito intentarlo, era tenía que intentarlo. Y ese tenía era la connotación que guardaba todas las respuestas al fracaso de su matrimonio. Su matrimonio para él ya no funcionaba por sí mismo, tenía que empujarlo. Él siempre pensó que fue María quien no soportó las dudas y decidió romperlo, pero había llegado a la conclusión de que quizá sin la pesada carga de aquel tenía, todo habría sido distinto para ellos; María no soportó las dudas porque las dudas estaban presentes, y no llevaban el nombre de Susana. Otra de las preguntas que se hizo aquella noche fue: «¿Por qué volví con Susana cuando se acabó mi matrimonio?». La respuesta a esta pregunta era muy sencilla, Susana le gustaba y nunca hubo un compromiso entre ellos, ella no buscaba una relación con Jaime, y a Jaime lo que menos le apetecía en aquel momento era meterse en otra relación seria. Volvieron a verse como al principio aunque sin las complicaciones de entonces. Poco a poco afianzaron su relación y terminaron convirtiéndose en una pareja convencional. Jaime sentía aquello como si hubiese ocurrido a sus espaldas, cuando en realidad estuvo presente en todo momento, creyendo que lo único que le libraba de las ataduras era el refugio de sus cuatro paredes y la no convivencia.

Observaba a Susana como si fuese la primera vez que reparaba en ella. Repasó sus facciones, hermosas y perfectas, su pelo recogido en un moño con un mechón que le caía por la frente y que se empeñaba en colocar detrás de la oreja sin mucho éxito, pues se escapaba enseguida. Por un momento se le antojó que aquella mujer era una desconocida.

—Háblame de ti, Susana.

—¿Qué? Ya sabes todo sobre mí —le respondió extrañada.

—Sí, sé muchas cosas sobre tu vida, pero quiero que me hables de ti —dejó el tenedor en el plato y se limpió con la servilleta para dar un trago de vino. Se quedó esperando la respuesta de Susana con curiosidad. No sabía qué quería sacar exactamente de aquella conversación.

—Es que no sé qué puedo decir de mí que no conozcas ya. Háblame tú de ti y así me hago una idea de lo que quieres saber.

—Déjalo, no te preocupes, era una tontería —siguió comiendo el risotto, le había salido delicioso.

—¿Quieres que vayamos el domingo a pasar el día en la playa?

—¿Con los domingueros? ¡Qué dices! Si quieres vamos mañana.

—Es que mañana tengo turno de sábado.

—Venga, está bien, iremos de domingueros.

—Genial, voy a llamar a Gloria por si ellos también se apuntan con los niños.

—¿Voy sacando la neverita y las tarteras? —preguntó con cierto tono de ironía, mientras llevaba su plato a la cocina.

—¿Qué te pasa, Jaime?

—No me pasa nada, ya sabes que no me gustan esas sesiones de playa domingueras.

—Pues cuando tengas hijos tendrás que acostumbrarte a ellas.

—¿Hijos? No me veo con hijos.

—Pues alguna vez tendrás que tenerlos.

—Alguna vez, pero ahora mismo prefiero no pensar en ello.

—¿Y cuándo vas a querer pensar en ello? No eres un chaval precisamente.

—¿Me estás diciendo que ahora estamos en ese punto?

—No, si yo no quiero tener hijos ahora tampoco, pero es un tema que no hemos hablado.

—Deja que las cosas evolucionen por su propio peso, Susana, no nos precipitemos ¿vale? —aquella conversación le estaba crispando por momentos. Distráido se puso a lavar los platos a mano, en vez de introducirlos en el lavavajillas.

—¿Por qué vas con el freno echado a todas partes, Jaime, no sabes dejarte llevar? Desde que te conozco no has dejado de medir todo lo que haces, creo que lo más loco que has hecho en tu vida ha sido enrollarte conmigo y creo que incluso eso ha terminado minándote.

—Pues yo pienso todo lo contrario, creo que llevo media vida dejándome llevar, a eso que tú le llamas echar el freno yo lo llamo conciliación con mi conciencia. ¿En serio te gustaría que hiciese el loco? — se giró para contestar y, sin darse cuenta, estrujó el estropajo que tenía en la mano. Un chorro de agua con jabón se derramó en el suelo.

—Bueno, el loco con algunos límites. No me mal interpretes —contestó Susana intentando suavizar la conversación, mientras recogía el pequeño charquito con la fregona—, me refería a que no calcules cuándo es el mejor momento para un día en la playa, unas vacaciones, una convivencia, tener hijos...

—O lo que traducido a mi lenguaje significa: déjate llevar y haz el loco en lo que a mí me interesa que hagas el loco...

—No empieces, Jaime, ya le estás dando la vuelta a la tortilla como siempre.

A Jaime se le formó algo parecido a un nudo en el estómago al pensar en su relación con Susana, y no era un nudo ocasionado porque el fin de aquella relación se precipitaba sobre ellos, sino provocado por el daño que le iba a producir a ella. También sabía que aquel no era el mejor momento, y decidió aplazarlo.

## CAPÍTULO 08

### La reina de las supersticiones

Había pasado una semana y Sofía había eludido los encuentros de ascensor con Jaime. Decidió apurar el tiempo de salida al máximo; sabía que él era puntual y de esta forma se aseguraba no verlo. Quería guardar distancia y dejar enfriar las sensaciones que le provocaba. Comenzar de cero. Durante aquella semana había hablado un par de veces con Alex y, aunque no tenía dudas sobre la decisión que había tomado, empezaba a sentir algo parecido a la nostalgia. Era como si la subida de adrenalina que le produjo al principio su independencia y cambio de vida, hubiese bajado de golpe para dejarla aturdida. Se encontraba algo desorientada sin el apoyo constante de Manu que, últimamente, estaba más sumergido en su relación con Andrés. Le echaba de menos.

Al volver por la tarde de su trabajo, mientras sacaba el correo del buzón, se cruzó con Jaime que salía a la calle.

—¡Hombre, cuánto tiempo! —le dijo al verla, esbozando una sonrisa que revelaba la alegría que le había producido encontrársela—. Empezaba a pensar que la maldición del salero había caído sobre ti y te había hecho desaparecer del mapa.

—¡Hola! No... es que ahora salgo un poco más tarde... ya sabes, la puntualidad no es mi fuerte —contestó ella, visiblemente sorprendida y nerviosa.

—¿Y qué es de tu vida?

—Pues sin novedades. ¿Y la tuya?

—No me puedo quejar. Acabo de venir de viaje y tengo que pasarme por la oficina, pero si quieres un día de estos nos tomamos algo, ¿te apetecería?

—Sí, claro, me parece bien.

Jaime se despidió de Sofía con dos besos y salió por la puerta con la misma sensación que tuvo la noche que entraron juntos por ella: cuando estaban cerca surgía de la nada una corriente eléctrica que se paseaba alegremente entre ellos.

Aunque todavía no había sido capaz de romper su relación con Susana,

durante aquella última semana se había apreciado un frío estancamiento. Hasta ella se mostraba algo indiferente y distante. Era el momento de dar aquel paso. Todo aquello le recordaba tanto a la situación que vivió con María, que una sensación de frío recorrió su espalda; hubiese dado cualquier cosa por poder chasquear los dedos y encontrarse, por ejemplo, dos meses después, donde las aguas estuviesen calmadas y todo en su sitio. Nunca le habían gustado los cambios, sobre todo cuando, irremediablemente, van encaminados a un final desagradable.

Sofía se sentía espléndida aquel sábado de finales del mes de julio. Iba camino de Nerja con Manu de copiloto. Sus padres habían organizado una comida a petición de él. Andrés sería el protagonista de aquella comida, el invitado estrella como le nombró Manu, y el punto de mira, como le denominó Sofía. Durante aquel fin de semana en Valladolid decidieron darle una oportunidad a la relación. Andrés guardó sus celos bajo llave, y Manu decidió compensarle dando un paso más en su relación, lo que no había hecho con Fran lo haría con él: presentarle a sus padres. Andrés, por su parte, estalló en un ataque de inseguridad y euforia a partes iguales, y después de muchas vueltas, para evitarle que se sintiera excesivamente escudriñado, Manu invitó también a Sofía para capotear los embistes de la madre, y a Rubén para hacer bulto.

—¿A qué hora llegan ellos? —preguntó Sofía, cuando ya quedaban pocos kilómetros para llegar al pueblo.

—Espero que no antes que nosotros, estoy de los nervios, ¿se puede saber por qué nunca estás lista a la hora que se te dice?

—No empieces otra vez como hace un rato, ¿no has tenido suficiente? Respira, Manu, res-pi-ra... Venga, despacito, sígueme...

—¡No me toques los cojones, Sofía!

—Ah, tu medicina no está hecha para ti ¿no?

—Es que estoy atacado con mi madre. Como si lo viera... Ya verás cómo se va a poner a decir idioteces sobre peluqueros en cuanto le pregunte a qué se dedica.

—Hijo, qué concepto tienes de tu madre, tampoco es para tanto... Bueno sí que lo es, de nada sirve que te engañe para tranquilizarte, pero también te digo que cuando te vea con esos ojillos que se te ponen cuando estás con

Andrés... le dará igual que sea peluquero o cantante. ¿Por qué tu madre es así tan... puñetera con eso?

—Y yo qué sé, ni que ella fuese licenciada... pero cualquiera le dice algo: «Es que entonces eran otros tiempos...». Y con mi cuñada ni te cuento, como por ahí no podía meterse se inventaba chismes... ¡Entre ceja y ceja la ha tenido siempre! Pero mi hermano estuvo listo y la puso en su sitio. Ahora es otra cosa.

—Hombre, dicen que las suegras suelen ser más exigentes con las nueras que con los yernos, a las nueras no les pasan una y a los yernos les pasan dos. Suerte tienes que Andrés es yerno... ¿o en vuestro caso es distinto y no sois yernos sino nueros?

—Anda, cállate, que dices más tonterías...

—¿Sabes que le pregunté a mi madre lo vuestro de Mallorca?

—¿Lo de por qué dejamos de ir?

—Sí

—¿Y qué te dijo?

—Me mandó a freír espárragos. ¡Ahora tengo una duda que no veas! He pensado que se lo voy a preguntar a mi tía Conchita, si hay algo interesante ahí... ella es nuestra fuente.

—¿No estás demasiado tranquila para haber quedado esta noche con “tu Jaime”?

—He decidido tomármelo con tranquilidad. Es más, no quiero embarcarme en nada tan pronto, cuando uno sale de una relación larga necesita un espacio de recuperación de su identidad.

—¿De su identidad? ¿Has perdido tu identidad?

—Me lo acabo de inventar, yo me entiendo. Además, siempre he escuchado que la primera persona que encuentras después de una ruptura, es una especie de pasante, alguien que te sirve para eliminar el recuerdo del anterior y no te deja la suficiente huella como para que te influya en la siguiente relación. No quiero tener un pasante de vecino. Encontrármelo a diario y saber que fue alguien que estuvo de paso en mi vida... sería demasiado incómodo.

—Y aún creyendo esa historia de pasantes ¿vas a quedar con él?

—Sí, me lo tomaré como la vez anterior, charlaremos, nos reiremos... e incluso será más cómodo porque iré sin expectativas.

—¿Sofía sin expectativas? Eso aún está por ver.

—Pues lo estás viendo, de hecho hace un momento te ha extrañado que

esté tan tranquila. Además habrás observado que ni siquiera te he preguntado qué me voy a poner.

—¿Qué te vas a poner?

—Ni lo he pensado. No me preocupa en absoluto. Pienso abrir el armario y sacar lo primero que toque con los ojos cerrados.

—Eso no lo dirás en serio —la miraba atónito—... tienes suerte de que no volvamos juntos, si no me presentaba en tu casa para comprobar que cumples tu hazaña. ¿Así? —imitó su explicación tapándose los ojos con una mano y estirando la otra para tantear al frente—. ¡No te lo crees ni tú!

—Pues créetelo. ¿Aquí se puede aparcar?

—Sí, sí, aquí. No veo el coche, no han llegado. Uf... por los pelos.

Andrés y Rubén aún tardaron un rato más en llegar. Cuando apareció el coche de Andrés, Manu salió disparado a recibirlos, seguido por su padre. Sofía se quedó en la cocina con la madre de Manu. Observó cómo Carmen cotilleaba a través de la ventana mientras padre e hijo mostraban a sus invitados el jardín de la entrada. No sabía cuál de los dos sería la pareja de Manu, sólo conocía el nombre y, en su cara, podía apreciarse la curiosidad por saber cuál era.

—¿Has visto qué guapísimo es? Y lo bien que le sienta la camisa por fuera... en otro parecería que va desaliñado pero en él no ¿verdad? —comentó Sofía cuando se situó a su lado—. A mí me dio una rabia cuando me lo presentó... pensé: ¡Qué desperdicio de hombre! Me lo llevaría encantada a mi casa con un lazo rojo enorme.

—Sí que es guapo, sí. ¿A qué se dedica? Manu no me ha querido contar nada.

—Es estríper.

—¿Estríper? ¿De esos de... estríper?

—Sí, Carmen, de esos de las despedidas de soltera y de soltero, porque además hace de los dos tipos, claro.

—Pero imagino que sólo de bailar ¿no?

—¡Ay, Carmen, no seas mojigata como mi madre! Estríper completo: de bailar, de llevar tanga, de quedarse en bolas y, si le dan una buena propina, pues de lo que surja... Creo que también hace viajes.

—¿Cómo viajes?

—Pues de esos de acompañante. A través de una agencia de publicidad, a veces le llaman para hacer anuncios y, de vez en cuando, le piden... encarguitos —dijo la última palabra acercándose a su oído para que comprendiera mejor el sentido de lo que estaba diciendo—. Pero esto que quede entre nosotras ¿eh? que como se entere Manu que te lo he contado me mata.

—¿Y el otro qué tal es? —preguntó Carmen, intentando digerir lo que Sofía le había contado.

—El otro es peluquero. Pero, claro, no es tan guapo... no se puede tener todo en esta vida.

—¡Peluquero! Pues mucho más interesante, ¡dónde va a parar! Y sí que es guapo el muchacho, no tiene nada que envidiarle al otro. El otro parece... un figurín.

—¿No te gusta el figurín, Carmen?

—A ver, hija, es que... yo si Manu le quiere pues... a ver qué voy a decir yo, si él ha hecho siempre lo que le ha dado la gana. Pero yo qué quieres que te diga, hubiera preferido alguien más... normalito.

—Pues entonces no tienes de qué preocuparte, Carmen, el peluquero es el novio de Manu —finalizó Sofía, guiñando un ojo a la madre justo cuando entraban todos por la puerta.

La comida fue muy agradable y distendida. Andrés se sintió todo lo cómodo que se puede sentir uno, cuando come con los padres de su pareja por primera vez. Manu parecía encantado de ver a su madre tan relajada, ni siquiera le había preguntado a Andrés detalles de su profesión, como si aquello fuese secundario. Se estaba preocupando sólo por conocerle y Manu se sorprendió de aquel despliegue de amabilidad tan poco habitual en ella. Su padre era más diplomático, y en ningún momento le sintió como una amenaza, todo lo contrario.

—Rubén, ¿y tú a qué te dedicas? —preguntó Carmen durante los postres, justo en el preciso instante en el que a Sofía le dio un ataque de tos con un trozo de pastel que, según dijo, le había pasado por mal sitio.

—Soy guía turístico.

—¿Guía? De esos que acompañan a los que viajan ¿no?...

La cara de Sofía parecía un cromo en aquel momento y se concentró en

poner todas las cucharadas de azúcar que Manu le permitió, antes de casi arrancarle el azucarero de las manos, y en removerlo enérgicamente.

—Claro, de esos —contestó Rubén, ignorando por dónde venían los tiros.

—Y cuando viajas te...

Sofía no dejó que terminase la frase, conociendo a la madre de Manu, sabía que aquel interrogatorio no llegaría a buen puerto.

—¡Mis padres vienen la semana que viene! —soltó de pronto para cortar a Carmen.

—Ya lo has dicho antes —contestó Manu.

—Ah, pensé que no lo había dicho.

—¿Qué, empiezan los nervios pre cita? —le preguntó por lo bajini, cuando ya los demás estaban entretenidos en otra conversación.

—No, listillo, es que no quería que tu madre interrogase a Rubén.

—¿Y qué tiene de malo que interroge a Rubén?

—Ya te lo contaré, no es el momento.

Sofía llegó de Nerja con el tiempo justo para darse una ducha rápida y arreglarse en tiempo récord. Tenía la casa patas arriba y no podía permitirse un minuto de retraso, debía salir por la puerta en el mismo instante que sonase el timbre, si no quería que su acompañante viera el espectáculo que tenía montado en el salón. En su enésimo intento por vaciar sus imperecederas cajas de la mudanza, había fracasado de nuevo.

Su truco de tocar a ojos cerrados la ropa elegida no obtuvo fortuna hasta el décimo intento, al colocarse justo delante de la cara lo que se quería poner. Cuando sonó el timbre de la puerta, Sofía aún tenía el pelo mojado, sólo se había puesto rímel y colorete, y aún no tenía el bolso preparado. Pero se negó a abrir, corrió por toda la casa como de costumbre, gritando: ¡Ya voy! Mientras guardaba lo que necesitaba en su bolso, y sin ninguna intención de abrir todavía. Cuando lo tuvo todo guardado, se puso los zapatos y salió.

—¡Hola! Perdona, es que no sabía dónde había puesto las llaves. «Cada día me estoy volviendo más mentirosa, tengo que hacer algo al respecto».

—¡Hola! No te preocupes, tampoco hay prisa. Llevas el pelo mojado, si quieres secártelo te espero. «Vaya, hoy ni se ha pintado los labios».

—No te preocupes, en verano lo dejo secar a su aire. Es que he llegado

con la hora muy justa, tuve una comida en Nerja con unos amigos —le iba comentando mientras bajaban en el ascensor.

—Lo mismo te apetecía haber quedado otro día y te he cortado el rollo.

—No, qué va, si era sólo comida, pero me entretuve charlando más de la cuenta.

Sofía sacó del bolso una barra de labios y mientras se pintaba, Jaime miraba de reajo.

—¿Ya no te preocupa que te mire como un búho mientras te pintas?

—Ahora que lo sabes, confío en que no me mirarás como un búho mientras lo hago.

—¿Por qué estás tan segura de eso?

—Porque te veo por el espejo y me estás mirando de reajo, si quisieras mirar como un búho, ya lo estarías haciendo.

—¿Dónde te apetece ir?

—Ya lo sabes, eres el malagueño, sorpréndeme de nuevo.

Jaime llevó a Sofía a una taberna de tipo irlandés que se encontraba en un barrio cerca de la zona universitaria. Tenía tres semi plantas y era un lugar muy acogedor, todo de madera y con muchos rincones que proporcionaban un aura de intimidad muy apropiada para una cita. Se sentaron en una mesa de la planta de arriba, que estaba ambientada como si fuese un barco. Pidieron unas cervezas y algo para picar.

—Me alegra ver que esta vez no has pedido ensalada y que no tendremos saleros peligrosos a la vista.

—¿Tú qué piensas que te va a pasar si se derrama un salero y no te pones sal detrás del hombro?

—Pues ni lo sé ni quiero saberlo, pero nada bueno, seguro. Y me pone nervioso, así que si piensas pedir uno y repetir el numerito del otro día, mejor abstente.

—Hubo un tiempo en el que la sal fue tan valorada como el oro. Los soldados y gente trabajadora, recibían una parte de su paga en sal, lo llamaban *salarium*, de ahí se originó la palabra salario. ¿Lo sabías?

—No —Jaime dudaba entre si Sofía quería mostrar sus conocimientos de cultura general o, por el contrario, se había quedado cortada por su comentario y no sabía de qué hablar.

—También era muy corriente colocar sal frente a un extraño en señal de amistad y hospitalidad, y si se derramaba algo de sal al su-e-lo —hizo una pausa en cada sílaba para recalcar la palabra—, no a la mesa ni al mantel,

cuando era ofrecida al invitado, traía presagio de mala suerte: una disputa o pelea venía de camino. ¿Sigues acojonado con el asunto salero?

—Visto así... la verdad es que no —respondió Jaime, algo cortado por la lección de racionalidad que acababa de recibir, e intrigado por saber hasta dónde quería llegar.

—También puedo hablarte del origen de arrojar sal tras el hombro izquierdo. Digamos que esa es la parte que más me crispa. Se creía que, al ser la sal un elemento de la tierra tan valioso, derramarla era un derroche que rozaba el pecado; el arrojar sal tras el hombro era una forma de cegar al diablo y que éste no viera que se había pecado. ¿Eres creyente, Jaime?

—No, y aunque tu erudita explicación es realmente interesante, mejor dejamos los "saleritos" donde están ¿vale?

—Pues otro día te cuento el asunto paraguas. De aquí a unas cuantas cenas te libero de la maldición de las supersticiones.

—El otro día dijiste que tu padre era peor que yo, ¿a él no has podido liberarle?

—Mi padre es un caso aparte. Es cabezón como él solo y si no quieres discutir o salir escaldado, lo mejor es llevarle la corriente y hacer oídos sordos. Eso sí, lo que yo habré fastidiado a mi padre con las supersticiones... es para partirse. Me divertía de lo lindo haciéndome la despistada y abriendo paraguas en casa. Eso lo hacía de pequeña, luego ya pasaba. Ahora me divierte más fastidiarte a ti.

—Puedo hacerme una idea. A ti te gusta mucho jugar ¿no? o provocar más bien.

—A veces.

—¿Tú no tienes manías extrañas?

—¿Te refieres a cosas de esas raras que puedan equipararse a la superstición?

—Exacto.

—Que yo sepa —hizo una pequeña pausa pensando—, no.

—Eso es imposible. Algo raro habrá que haces sin ninguna explicación lógica.

—Creo que no, pero tranquilo, en cuanto encuentre alguna te pongo al corriente.

Se encontraron de pronto en uno de esos silencios que surgían entre ellos cuando se les terminaba un tema. Lo rompió Jaime.

—¿Por qué decidiste venir a vivir a Málaga?

—Me apetecía un cambio de aires después de los últimos acontecimientos que ya conoces, y Málaga era el sitio más alejado y familiar para mí.

—¿Y te has adaptado bien? ¿No echas de menos volver?

—Sí y no. Me he adaptado bien, pero a veces tengo momentos de esos de decir: ¿Qué hago aquí? Sobre todo porque echo de menos a mi familia. ¿Tú siempre has vivido en Málaga?

—Sí, boquerón de pura cepa.

—¿No tuviste hijos?

—¡¡Guau, qué giro le has dado al timón!! Pero no, no tuve hijos.

—Es que se me ha pasado por la cabeza al recordar lo de tu divorcio.

—La verdad es que es la primera vez que hablo de hijos con una chica en la segunda cita.

«¿Cita? ¿Ha dicho cita? ¿He oído cita? Prepárate majo que ha llegado la hora de jugar».

—¿Segunda cita?

—Bueno... me refiero a que es la primera vez que sale ese tema... así... sin... tan pronto. «¿A qué coño está jugando ahora?».

—Tranquilo, mi instinto maternal se encuentra en posición off, no es necesario que salgas corriendo. «¡A ver de qué vas!».

—¿Qué pasa, que piensas que soy el típico que no quiere atarse ni tener hijos? ¿Esa es la segunda etapa del amargado, estirado y antipático?

—No me lo puedo creer: ¡te has ofendido!

—No estoy ofendido —dijo, tratando de esbozar una sonrisa que le salió algo forzada— ¿Por qué has pensado que saldría corriendo por sacar ese tema?

—No sé, primero ha sido lo de: Guau, qué giro le has dado al timón... luego por la edad que tienes, el haber estado casado y no haberlos tenido... no sé, ya te dije que no soy buena sacando primeras impresiones, y me pasa lo mismo sacando conclusiones.

—Estuvimos años intentando tener hijos, fueron tiempos muy duros, sufrimos mucho al no poder conseguirlo ¿Estás satisfecha? —contestó Jaime, con un semblante muy serio.

—¡Lo siento! No era mi intención... no sé qué decir, mira que puedo llegar a ser bocazas...

—¡Has picado! —respondió él, jactándose por la cara de circunstancias que había puesto ella.

—¡Pues tienes muy poquita gracia! Suerte que no te dedicas al humor profesionalmente.

—Es curioso, es la segunda conversación en la que escucho que tengo poca gracia, a la misma vez que sale el tema de los hijos... «Mierda, ¿Qué acabo de decir? Eso lo hablé con Susana, espero que no me pregunte».

—¿Ah sí? Qué poco original debo de ser. ¿Puedo conocer esa otra versión?

—Si te soy sincero, nunca me he planteado seriamente tener hijos. No es que no quiera tenerlos, es solo que no me lo he planteado, no ha surgido ese momento. Con María no duré mucho tiempo casado, y nunca se habló del tema. El resto de relaciones que he tenido han sido más bien pasajeras.

—¿Podemos cambiar de tema? Es que si te digo la verdad, tampoco me apetecía hablar sobre este asunto. Sólo te pregunté por la curiosidad de saber si eras padre o no. Que te lo plantees o no te lo hayas planteado o con quién, si te digo la verdad, no me interesa. «¡Chúpate esa!».

—¿Y a ti qué te interesa de mí, Sofía? «Como ves, yo también sé jugar».

—Supongo que lo mismo que a ti de mí. «A ver, Sofía, así no: cuenta hasta diez y luego responde».

—¿Y qué supones que me interesa a mí de ti? «Sofía, la pelota está otra vez en tu tejado», pensó Jaime en tono cantarín.

—Bueno, rectifico, lo que te interesa a ti lo desconozco. A mí me interesa conocer el vecindario. Mi madre todos los días me pregunta si conozco a los vecinos, dice que es muy importante, que nunca se sabe lo que puede pasar y que es mejor tener buena relación con los vecinos, sobre todo para una mujer que vive sola, bueno ella dice niña, pero claro es que no se ha dado cuenta de mi crecimiento y es poco objetiva. La primera semana estuve dudando entre hacer magdalenas de arándanos para repartir por el bloque o hacer una macro fiesta en mi casa e invitaros a todos, pero claro, teniendo en cuenta que para la cocina soy negada y que mis caseros no son la alegría de la huerta, precisamente, y si se enteraban del fiestón podrían ponerme de patitas en la calle, lo dejé estar. Pero un buen día llegó un vecino con una amable invitación y me dijo: «Bueno, Sofía, por algo se empieza». Y voila, ese es mi interés hacia ti. «Misión cumplida» —pensó Sofía—. ¿Y a ti, Jaime, qué te interesa de mí? Porque imagino que a estas alturas y con la de tiempo que llevas viviendo ahí, no te veo con los mismos intereses. ¡Sorpréndeme!

—Pues mi interés es exactamente lo que acabas de decir: lo que más me interesa es sorprenderte. «¿Cómo se te ha quedado el cuerpo, guapa?».

«¡Que me ha dejado sin palabras el jodío!».

«Muy bien, Sofía, te salió el lado tímido ¿eh?... ¡sigamos jugando!».

—¿Cómo definirías tu relación con... Alex se llamaba?

—Sí, Alex. Pues... no sé. Aunque últimamente le he dado muchas vueltas, no te creas, buscando dónde fallaba, pero no sé si he dado con la conclusión. Comparando mi relación con un viaje, creo que no viajábamos en paralelo. Nos encontrábamos en las distintas estaciones pero cada uno hacía un recorrido distinto. Cuando nos encontrábamos, ninguno le contaba al otro qué había visto en su trayecto o cómo lo había disfrutado; nos limitábamos a seguir en aquel viaje y a disfrutar de las distintas paradas en común. A veces ni siquiera coincidíamos en ellas, y teníamos que esperar a la siguiente. Si miro hacia atrás veo que después de aquel viaje tan largo, seguíamos siendo unos perfectos desconocidos.

—Tal y como cuentas tu viaje, tengo la sensación de haber subido a varios trenes parecidos.

—¿Qué pasó con Susana?

—No nos aburramos centrando nuestras citas en conversaciones sobre nuestros ex, Sofía.

—Pero si has empezado tú...

—Ya pero he pensado que mejor se acabó el tema de los ex. Hablemos de nosotros.

—¿Ahora hay un nosotros? «Mira por dónde, esto se pone interesante».

—Quiero decir que dejemos al margen a los demás. Imaginemos que sólo existe este sitio, con estos desconocidos a nuestro alrededor. Ellos no nos importan en absoluto ¿verdad? Pues entonces es como si sólo existiéramos nosotros, de ahí la palabra. «Vaya, veo que no puedo bajar la guardia».

—¿Has tenido alguna relación después de tu divorcio?

—¿Me estabas escuchando cuanto te he soltado el rollo de dejar al margen a los ex?

—Sí, pero eso es muy difícil. Si quieres no hablemos de personas en concreto, pero tenía curiosidad por saberlo por el tema de los pasantes, para saber tu opinión al respecto.

—¿Qué es eso de los pasantes?

—El pasante es esa persona que está en medio de dos relaciones importantes, es decir, mi teoría es... bueno no es mía, pero en cuanto la escuché me la agencié. El caso es que creo que cuando sales de una relación

importante, la siguiente persona que encuentras paga los platos rotos de la relación anterior, es como que vuelcas en él la ira y la frustración de lo que salió mal en aquella, y el siguiente que encuentras después del pasante, gana todos los puntos.

—¡Guau! Acabo de descubrir tu punto irracional Sofía, esta es tu superstición. Espera un momento, no es una superstición, esta es la reina de las supersticiones. ¡Me encanta Sofía! Eres humana, no eres perfecta, tienes fallos... —Jaime contaba esto en un tono tan alegre que Sofía no terminaba de comprender.

—¿Pensabas que era perfecta? No existe la perfección. Es más, si la perfección es el polo norte, yo vivo en el polo sur.

—Pues para pensar eso de ti, no has sido capaz en el rato que llevamos, de encontrar algo irracional que suelas hacer...

—Es que no me he parado detenidamente a pensarlo. Pero soy un desastre, aún tengo un montón de cajas de la mudanza sin ordenar, no las viste en su día porque las escondí en la terraza. Cuando salgo de casa por las mañanas dejo todo patas arriba, y cuando ceno sola no recojo la mesa hasta el día siguiente, cuando me levanto... y un montón de hazañas más que guardo en mi historial y que harían que salieras corriendo, seguro.

—Entonces... Más adelante nos ponemos con tus desastres cotidianos, ahora quiero centrarme en esa magnífica superstición tuya. Si tú y yo tuviésemos una relación... ¿Yo sería tu pasante?

—Sí. ¿Yo sería la tuya?

—No.

—Esto se traduce en que yo me llevaría todos los puntos por tu parte y tú, en cambio, pagarías los platos rotos de Alex... ¡Qué mala suerte! —dijo la última frase con una sonrisa maliciosa— ¿No te parece?

—Depende... según otra de tus teorías, si yo no creo en la superstición no puedo “supersticionarme”... ¿Tendría efecto entonces? Y otra pregunta antes de que me contestes a esta, ¿has dicho qué mala suerte porque te apetece que sea tu pasante? «Ale, guapa, recién sacadito del horno lo llevas... no te quemes».

—Pues no sé si tendría efecto, tú eres el experto en supersticiones, yo lo soy en liberarte de ellas. En cuanto a tu última pregunta, preferiría que no lo fueras. «Y ahora te estrujas la cabeza y sacas tus propias conclusiones».

—¿A qué te refieres exactamente? ¿Prefieres que no sea tu pasante o no quieres que surja nada entre nosotros?

—¿A ti qué te gustaría ser?

«¡Qué cabrona! ¿Cómo lo ha hecho? Al final se ha desquitado ¿no? O lo ha dicho...»

«¿Jaime? ¿Te quedaste en blanco?».

Cuando aparecieron en el portal de sus casas estaban visiblemente contentos. No habían bebido demasiado, aunque las copas que habían tomado desinhibían su actitud de tal forma que los juegos, que al principio salían de una forma pausada y tímida, habían pasado a otro nivel de provocación, y la atracción que sentían el uno por el otro se les estaba desbordando por momentos. Subieron al ascensor y cada uno marcó el botón de su piso, aunque ambos intuían que de aquel ascensor no bajarían por separado.

«No tenía que haberle dado a mi planta y esperar a ver qué hacía él, he sido demasiado rápida».

«¿Qué hago, la invito a tomar algo en casa? Esta vez me niego a dejarlo pasar».

«¿Por qué cuando habla es tan lanzado y luego se corta para actuar?».

«No entiendo lo que me pasa, ¿por qué hace que me bloquee?».

«¿Y si me lanzo yo? No Sofía, si sale mal luego te arrepentirás de haber dado tú el paso. Y si se lanza él también, si total... es lo mismo ¿no?».

Antes de llegar a la planta doce, Jaime había invadido el espacio que Sofía ocupaba, y ella, por su parte, no había opuesto la más mínima resistencia.

«¡Se ha acercado! ¿A qué esperas? ¿Quieres que me dé un infarto?».

«¿He bebido más de la cuenta o alguien ha pulsado el botón de cámara lenta? Es como si me costase llegar».

Cuando las puertas se abrieron en la planta doce, sus bocas ya se habían encontrado. La puerta volvió a cerrarse y subieron al decimotercero. Siguieron besándose, ajenos a que aún seguían en el ascensor. Las ganas que sentían el uno por el otro les devoraba por dentro con tanta fuerza que no acertaban a tomar ninguna iniciativa más que seguir concentrados en aquel beso. Jaime, sin separarse un milímetro de Sofía, volvió a pulsar el botón de su planta, y arrastró a Sofía hasta su rellano. Abrió la puerta despegándose lo justo y caminaron de la misma forma unos metros hasta que se toparon en la oscuridad con una mesa. Jaime, que en aquel momento no quería dar ni un

respiro de tregua a aquellos labios, por miedo a que su acompañante razonara lo que estaba pasando y se echase atrás, cogió a Sofía por la cintura y la sentó en la mesa con la que habían tropezado. Sus manos, que parecía que habían adquirido vida propia, rápidamente bajaron hasta el filo de su falda y comenzaron a subirla acariciando el recorrido de sus piernas que a su vez empezaron a rodearlo; mientras ella, que ya había invadido el interior de su camisa, hacía lo mismo con su espalda. Sofía desabrochó los botones de la camisa de Jaime con avidez, separando los labios de su boca para bajar lentamente por el cuello hasta su hombro ya desnudo; no pudo reprimir darle un suave mordisco en el pecho cuando las manos de él comenzaron a perderse bajo su ropa. Una silueta que se perfilaba en la oscuridad le provocó un grito espontáneo. Jaime, sobresaltado por el grito, se dio la vuelta para ver qué era aquello que la había asustado.

—¡Susana! ¿Se puede saber qué haces aquí? —intervino atónito, al ver la presencia de Susana que se encontraba en la puerta del salón en ropa interior y con el pelo revuelto, como si se acabara de despertar.

—¿Qué qué hago aquí? Pues comprobar lo hijo de puta que eres. ¿Qué, se repite la misma historia, primero con tu ex mujer y ahora conmigo? —le respondió con un tono de voz más elevado del habitual, y a pocos centímetros de su cara.

—No tienes ningún derecho a de... —le cortó enseguida.

—Ya entiendo por qué no querías que viviésemos juntos —se agachó y cogió la camisa de Jaime, lanzándosela de mala forma a la cara, mientras hablaba en tono indignado. Jaime la cogió al vuelo— querías tener tu pisito de picadero para traerte a tus amiguitas...

—Susana, haz el favor de callarte. Ahora mismo te vistes y te largas de mi casa.

Sofía, mientras tanto, permanecía en silencio mientras se colocaba la falda en su sitio y se ponía los zapatos que no recordaba haberse quitado. Cuando terminó inspeccionó a su alrededor con la mirada para buscar su bolso, no entendía dónde habría ido a parar. Lo encontró Susana, tirado en un rincón de la entrada.

—¿Buscas esto? —le preguntó, mirándola con desprecio.

—Gracias —dijo Sofía arrancandoselo prácticamente de las manos, mientras se dirigía a la salida sin mediar palabra ni escuchar a Jaime, que trataba de hacerla retroceder.

—Sofía, espera, no te vayas así, te debo una explicación —pero lo

último que escuchó Sofía mientras cerraba la puerta tras de sí y corría escaleras arriba hacia su casa, fue la voz de Susana diciendo: «A quién le debes una explicación es a mí, si no te importa».

## CAPÍTULO 09

Era de esperar

A Sofía le costó conciliar el sueño aquella noche. No podía creer lo que le había ocurrido. En cuestión de meses había pasado de ser la que recibe a su novio en compañía de otra, a convertirse en la que acompaña a casa al novio de otra. Se sentía furiosa y decepcionada a partes iguales. «¿Cómo puedo haber sido tan tonta?», pensaba reiteradamente. Ahora, de pronto, todo le encajaba: aquellas evasivas cada vez que sacaba a relucir el tema de Susana. Era evidente que se había separado de su mujer y se había quedado con ella. «¿Y aquel rollo que me soltó de que mi mujer no pudo soportar la desconfianza y me dejó? ¡Haciéndose la víctima, encima! ¿Y ahora, qué pretende, jugar conmigo también? ¡Maldito cabrón! Y luego me quejaba de Alex, que se ha quedado bastante corto a su lado».

Había llamado a Paula en cuanto llegó, pero saltó el buzón de voz y sólo pudo dejarle un mensaje de desahogo. A Manu no quiso molestarle, estaría con Andrés y tampoco era cuestión de acapararle. Pero después de desayunar le llamaría, necesitaba soltarlo como fuera. Jaime estuvo llamando a su puerta aquella misma noche, al rato de marcharse de su casa, pero no le abrió. Lo último que quería era hablar con aquel canalla.

—Hola Paula, me alegro de que me hayas llamado, ¿escuchaste mi mensaje?

—Hola Sofi, ¿qué tal te encuentras? Me quedé de piedra. Menudo pedazo de cabrón tu vecino ¿no?

—¡Qué vergüenza, Pau! No te puedes ni imaginar lo mal que lo pasé.

—¿Y qué dijeron?

—Es que si te digo la verdad ni lo recuerdo. Yo creo que mi cerebro creó una pantalla protectora y me dejó aislada. Recuerdo que ella le dijo algo así como que ya entendía por qué no quería que viviesen juntos... si es que todo encaja, Paula. Si durante tanto tiempo tuvo una doble vida con ella, por qué la iba a dejar cuando se enteró la mujer y se marchó... La mujer se largó y él se quedó con la otra. ¡Más claro agua! Y ahora se habrá hartado de ella,

porque así son estos tipejos, se saturan de las tías enseguida... y buscaba otra presa. ¡Me siento más gilipollas!

—Normal, tía.

—Y lo peor de todo es que me da una rabia... no sólo por el engaño, sino porque me gustaba, Pau, me gustaba mucho el imbécil ese. Esta mañana cuando me desperté deseé haberlo soñado, que todo fuese mentira. Y suerte que bajamos a su casa... si llegamos a quedarnos en la mía, ni me entero de lo que se traía entre manos.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Pues nada, ¿qué voy a hacer? Aguantarme y pasar.

—¿Y cuando te lo encuentres, hablarás con él o no piensas dirigirle la palabra?

—Espero no encontrármelo, no quiero verle ni en pintura. La semana que viene estarán mis padres aquí, me iré con ellos a la casa que alquilan en Benalmádena durante el mes de agosto y, en septiembre, si veo que me incomoda la situación, me busco otra casa y andando. ¿Vendrás con nosotros aunque sólo sea una semana? Porfa, porfa...

—Pues no sé, Sofía, ya veré cómo me organizo.

—¿Y a ti qué tal te va?

—Muy bien, como siempre. No tengo ninguna novedad así interesante. ¿Has vuelto a hablar con Alex?

—Aquel par de veces que te comenté, después de su listado de recuerdos... y ya está.

—Hiciste bien en no hacerle ningún comentario sobre aquello, lo hizo con buena intención y muy ilusionado.

—Ya lo sé, por eso no le dije nada, pero vamos que era un cante, Pau. Ya le podías haber contado algo sobre mí que no sólo supieses tú.

—Es que no entiendo por qué no se lo contaste, con las parejas siempre sale la conversación de los ex... vamos, yo lo hago siempre.

—Pero, Pau, eso ni fue ex ni nada, era una chiquillada de octavo. Aunque ahí se ve que es cierto que no hablábamos lo suficiente. Alex no es de muchas palabras.

—Pues a mí no me lo parece, no veas cómo raja con todo este asunto.

—Pues sería yo entonces, que me cerraba con él y no me nacía contarle algunas cosas. Bueno, Paula, voy a desayunar y a ver si luego más tarde pillo a Manu, y le cuento las novedades. Para colmo está aquí Andrés y no puedo disponer de él a mis anchas. Me apetecería escapar a la playa y tirarme el día

a la bartola, pero tendría que teletransportarme o disfrazarme, no puedo salir de casa así a pelo y encontrármelo.

—¿No tienes más amigas allí?

—Conozco a gente del trabajo y de vez en cuando me tomo unas cañas, pero no es lo mismo, me llama más un día intensivo de desahogo en confianza. Tengo que sacarlo todo.

Jaime no había pasado mejor noche que Sofía, sobre todo por la impotencia de no haber podido explicarse con ella. Con Susana pudo dejar las cosas bien claras.

—¿Se puede saber a qué has venido? —volvió a preguntar a Susana, cuando Sofía salió de su casa precipitadamente.

—Vine para hablar contigo. Llamé a la puerta, no vayas a pensar que entré así sin más, pero como no contestabas decidí esperarte dentro.

—Y ya de paso controlar a qué hora llegaba, cómo y con quién... ¿a ti esto te parece normal? Porque siento decirte, Susana, que empiezas a darme miedo.

—¿Miedo? ¿Qué pasa que ahora te parezco una perturbada? —le siguió por el pasillo hasta el dormitorio. Al ver que Susana no hacía intención de vestirse, cogió su vestido y se lo entregó educadamente. Ella comenzó a vestirse completamente indignada— ¿Hubieses preferido que te esperase sentada en el portal, es eso? Pensé que quizá, al haber pasado unos días sin vernos, me echarías de menos. Lo nuestro me importa ¿sabes? Ya veo que a ti, lejos de importarte, te molesta.

—No me molesta que intentes solucionar las cosas entre nosotros, me cabrean tus artimañas —iba sacando, mientras hablaba, cosas que Susana tenía en el mueble del baño y metiéndolas en un neceser—. ¿No sabes llamar por teléfono como todo el mundo? Diciendo por ejemplo: «Hola Jaime, me gustaría hablar contigo ¿puedo pasarme por tu casa? o ¿puedes venir a la mía? o en cualquier otra parte». Eso es lo que haría cualquier persona, Susana. Lo tuyo... lo tuyo no tiene nombre.

—¿A caso tú te crees muy normal? Y deja de guardar mis cosas —le quitó el neceser de las manos y continuó rebuscando por los armarios mientras él la observaba de pie junto a la puerta—, puedo hacerlo yo misma. ¿Y quién me garantiza a mí que no llevas tirándote a esa z...

—Mide tus palabras —interrumpió.

—¿Durante cuánto tiempo te hemos compartido, Jaime? Veo que eres el mismo golfo que conocí. Y lo peor de todo es que siempre lo he sospechado... hasta mi madre me lo ha dicho cada vez que ha tenido ocasión: «Si se lo hizo a su mujer... ¿quién te garantiza que no lo hará contigo también?».

—¿Has terminado?

Al cerrar la puerta tras Susana, vio cómo una etapa de su vida desaparecía de su horizonte. No quiso aclararle nada. Le dio igual que ella pensara que la había engañado durante el tiempo que creyese conveniente para sentirse más defraudada y resentida con él. Tampoco le importaba lo más mínimo quedar como el golfo que ella y su madre pensaban que era. De qué le hubiera servido decirle que no lo había hecho. Lo único que le preocupaba era que Sofía le dejase poner sus cartas sobre la mesa, contarle todo desde el principio, sin trampas ni cartón, y exponer los motivos por los que no se lo había dicho antes.

—¡Manu! qué bien que has encendido el teléfono. Verás que tienes cientos de llamadas perdidas, no me he vuelto loca, es que no te vas a creer lo que me ha pasado...

—¡Hola Sofía! soy Andrés, Manu no se puede poner en este momento porque ha bajado a comprar leche, pero si te puedo ayudar yo o Rubén, que también anda por aquí...

—¿A qué hora os vais?

—Después de comer se va Rubén, yo me quedo toda la semana.

—Pues dile a Manu que en cuanto salga Rubén por la puerta, tiréis para mi casa urgentemente. Yo no puedo salir, si no créeme que ya estaría allí. Pero tenéis que venir, es un caso de vida o muerte.

—Sofía me estás asustando, ¿te ha pasado algo?

Sofía le hizo un resumen detallado, no era lo mismo que contárselo a Manu pero era un segundo desahogo y le vino a las mil maravillas. Cuando apareció Manu por la puerta, Andrés le pasó el teléfono, y Sofía le dio un adelanto haciéndole prometer que en cuanto se fuese Rubén se presentarían en su casa para seguir charlando sobre el asunto. No quería salir para evitar encontrarse con Jaime.

Manu cumplió con su palabra y aparecieron en casa de Sofía a las cuatro. En la mesa del salón había una pizza que Sofía había pedido para no morir de inanición en su secuestro voluntario, y la casa estaba más ordenada de lo que Manu estaba acostumbrado a ver, o para ser más exactos, de lo que la había visto nunca.

—A ti te ha venido muy, pero que muy bien esa pillada, amiga. ¡Si no parece ni tu casa! La pena son esas cortinas tan horrorosas con brocados... casi que me hubiese decantado mejor por los floripondios.

—Es que llevo toda la mañana ordenando, era la única forma de no darle vueltas al asunto. Miento. Era la única forma para no subirme por las paredes.

—¿No has sabido nada de él? —preguntó Andrés.

—Llamó anoche a la puerta. Esta mañana y hace un rato creo que también, pero no puedo asegurarlo porque ni me he acercado. Iba a hacerlo, descalza, pero me latía el corazón muy fuerte de lo nerviosa que estaba, y me daba miedo que escuchase las pulsaciones detrás de la puerta. He hecho como si no estuviese en casa.

—A exagerada no hay quién te gane, maja —comentó Manu—. ¿Y hasta cuándo piensas quedarte aquí recluida?

—Pues si me haces un favor enorme, salgo hoy de mi encierro. ¿Me puedo quedar esta semana en tu casa? Te prometo que es sólo una semana, en cuanto vengán mis padres me voy a su casa y no me veis el pelo.

Manu le puso a Sofía cara de circunstancia mientras apuntaba con la mirada hacia Andrés, que en ese momento disimulaba sin pronunciarse.

—¿Tú crees que es indispensable? —se decidió a preguntarle. No podía decirle que no, pero quería asegurarse por si se trataba de un arrebato pasajero. Si de veras lo necesitaba desde luego que no iba a dejarla colgada.

—Es que no quiero encontrármelo, Manu. Lo pienso y me entra una rabia... no puedo, te lo aseguro.

—¿Y si os cambiáis las casas? Total, por una semana... —se le ocurrió a Andrés.

—Esa es una idea genial. ¿A ti qué te parece, Sofía?

—Por mí perfecto. Hago la maleta ahora mismo.

—¿Y no te parece una actitud muy cobarde, Sofía? —insistió Manu—. Que conste que no es por no hacer el cambio, lo digo por ti, me parece muy gallina huir así.

—Ya empezamos. Qué raro que no hubieses sacado aún tu lado repelente. ¿Cómo le soportas, Andrés? Porque a mí cuando llega con esos

aires de “marisabidillo”... me repatea.

—En este caso opino igual que Manu, Sofía, siento llevarte la contraria.

—¡Bueno... éramos pocos y parió la abuela! —contestó Sofía resignada.

—No le hagas caso, Andrés, cuando sabe que no tiene razón se pone a la defensiva —informó Manu—. ¿Y qué harás en septiembre, guapa, mudarte de casa?

—Déjame en paz, cuando te pones así de listillo prefiero no contarte nada. ¿Sigue el trato en pie o no?

—Sí, sigue el trato en pie. Por cierto, y tú no decías ayer no sé qué de los pasantes y que no ibas con expectativas, y que cenita y para casa... Menos mal, chica, llegas a proponerte algo con antelación y te lo montas en el mismo garito donde fuisteis...

—¡Lo que te gusta hurgar en la herida, majo!

—Y... ¿cómo era ella? ahora toca una de cotilleo puro y duro ¿no? —preguntó Manu.

—No sé, no me fije bien... morena... muy mona... y parecía un poco estirada.

—Como él pero en tía ¿no?

—¿Y de dónde salió? —preguntó Andrés.

—Pues no sé, imagino que del dormitorio... iba en ropa interior.

—¿Y tú estabas vestida aún? —preguntó Manu.

—Sí, por suerte. La falda subida hasta la cintura pero puesta, ¡menos mal!

—¡Qué bochorno, Sofía! —comentó Manu, mientras observaba cómo Sofía se ruborizaba recordándolo— ¿Te has parado a pensar en la posibilidad de que estés gafada?

—Sabes de sobra que no creo en esas estupideces. Pero me da una pena... iba todo tan bien... si llegas a vernos anoche por un agujerito te hubiese encantado. ¡Fue una velada perfecta! Y ahora se ha ido todo al cuerno.

—Ten en cuenta que sólo han sido dos citas, ¡lo superarás!

—Tú no lo entiendes, Manu, no han sido sólo dos citas. Qué me dices de los encuentros en el ascensor donde se ha ido gestando todo con la complicidad de las miradas, la atracción que se iba intensificando... El preguntarme cada día al pulsar el botón del ascensor si lo encontraría dentro... El encontrármelo en el portal sin esperarlo... Todo eso cuenta tanto o más que esas dos citas. El ascensor hacía que todo aquello fuera creciendo y

magnificándose.

—Sí claro, ahora me vas a decir que tu ascensor es como la casa de Gran hermano ¡Todo se magnifica allí dentro!

—¡No seas capullo, Manu!

—¡Lo siento! —contestó conteniendo la risa que le había provocado el paralelismo de su comentario—. Trato de quitarle importancia para que te sientas mejor. Sé de sobra lo ilusionada que estabas y créeme si te digo que me fastidia que te haya salido mal —hablaba en voz alta para que le escuchase Sofía que había ido a la cocina a poner la cafetera. Ahora había adoptado un semblante serio—. Justo ahora que nos iba tan bien a los dos —cuando volvió a sentarse en el salón, Manu le frotó la cabeza con la mano revolviéndole el pelo, intentando que se le escapara una sonrisa—. Sólo espero que ahora no te dé por largarte a Mallorca.

—No, tranquilo, en esa fase sí que no estoy, no es lo mismo que con Alex. Necesito una distancia ahora, después del verano seguro que lo veré todo con otra luz.

No obtuvo noticias de Sofía después del fin de semana. Había subido a su casa en varias ocasiones y no había conseguido encontrarla. Parecía como si se la hubiese tragado la tierra. Le preguntó al portero. Para disimular su interés se inventó que una mancha de humedad había mojado el techo de su casa y debía localizar con urgencia a quien vivía en aquella vivienda. El conserje le comunicó que él mismo se pondría en contacto con los dueños del inmueble que tenía justo arriba, no sin antes informarle que el piso que él había mencionado, estaba en el lado opuesto al suyo y, por lo tanto, el de la humedad no era donde vivía aquella inquilina. Volvió a subir a casa de Sofía. Se preguntaba por qué no intercambiaron sus teléfonos; habían confiado demasiado en los lugares de paso de su edificio. Al acercarse a la puerta de Sofía, escuchó el rumor de una conversación al otro lado de la puerta, esta vez sí se encontraba en casa.

—¡Hola buenas tardes! Busco a Sofía. —informó al chico que había abierto la puerta, y a quien recordó haber visto alguna vez en el ascensor. «¿Quién será este tío? Alex no es. Su hermano imposible, es hija única», se preguntó.

—Pues lo siento pero Sofía no está. —le indicó Manu. «Eso te pasa por

mamonazo. Veo que no me equivoqué aquel día, sí que eras tú».

—Pero... sigue viviendo aquí ¿no? «No jodas, Sofía, no puedes haberte largado de un día para otro».

—Si te refieres a si esta sigue siendo su casa, la respuesta es sí. «No esperarás que te dé información sobre mi amiga, con menudo has ido a toparte».

—¿Y dónde está? «Y si ella no está ¿se puede saber qué haces en su casa?».

—Esa es una información que no puedo darte, no te conozco. «Si supieras, chaval, que conozco hasta tu perfume».

—Mi nombre es Jaime, soy... el vecino de abajo. «Y el capullo que lo jodió todo, por si no te ha informado de mi hazaña».

—Pues cuando vea a Sofía le diré que has estado aquí, y ya se pondrá ella en contacto contigo ¿no? «Estás tú listo, si piensas que Sofía se va a acercar otra vez a ti. Aunque con esta nunca se sabe, no pondría yo mucho la mano en el fuego... menos mal que no me estás oyendo».

—Vale, muchas gracias. De todos modos, intentaré subir más tarde por si ha llegado. «No me fio de ti ni un pelo, capaz eres de no decirle que he estado aquí. ¿Por qué me miras con esa cara?».

—Sofía no va a llegar más tarde, está... de vacaciones —Manu pensó que aquella mentirijilla no perjudicaría a Sofía, al fin y al cabo era lo que pensaba hacer, irse con sus padres. «Él pensará que está en Mallorca y ella estará tranquila en Benalmádena. Chao amigo, felices vacaciones. Búscate a otra».

—¿Y no puedes darme su teléfono? Por favor, es muy, muy importante que la localice. «Venga hombre, tírate el rollo, es sólo un teléfono».

—Lo siento, no puedo. Pero yo le daré tu recado, no te preocupes. «Me está dando no sé qué este hombre, ¿me estará volviendo un blandengue?».

—Gracias. «Voy a confiar en él, parece un tío majo, de todos modos no me queda otro remedio».

Jaime confió en que tarde o temprano Sofía se pondría en contacto con él. Intentaba imaginar cómo se sentiría después del numerito con Susana y le hubiese gustado poder retroceder en el tiempo. Volver a aquella noche que compartieron en una taberna irlandesa donde, armados de complicidad, cada uno jugaba con los deseos del otro. Habría podido hablarle del asunto de Susana. Ahí aún estaba a tiempo de salvar la que se le venía encima. También podía haberlo salvado si hubiesen bajado en el piso de ella en vez de pulsar el

botón de su planta, pero aquella vez decidió tomar las riendas y llevarla a su terreno: no dejarse llevar.

Tenía tantas cosas que decirle a Sofía. Una de ellas era que había vendido el piso. Ella ni siquiera sabía que lo tenía en venta desde la separación, aquella era una de las consecuencias del divorcio. Estuvo a punto de comprarle a María su mitad, pero pensó que aquella casa siempre le recordaría ese pasado y, aunque odiaba los cambios, decidió buscar algo para empezar de cero. En la inmobiliaria habían encontrado un comprador y en cuestión de semanas firmarían la venta. Había encontrado dos meses atrás, una casa que se ajustaba perfectamente a sus necesidades. Estaba situada en un barrio nuevo, menos céntrico que el actual pero bastante tranquilo. Tenía que localizarla antes de marcharse de allí.

El uno de agosto aún no había tenido ninguna noticia de Sofía. La cuenta atrás de su mudanza había comenzado y decidió que si dejaba las cosas así, enfriándose, todo terminaría entre ellos. Sólo habían tenido dos encuentros. Fabulosos encuentros como él los recordaba, y aquello no podía terminar así, sin un tercero. La vencida, como solía decirse.

**«¡Hola, soy Sofía! En este momento estoy ocupada, deja tu mensaje al oír la señal. Gracias:**

*Mensaje 1: Hola Sofía, soy Paula ¿qué tal lo llevas? Imagino que ahora que están tus padres allí estarás más animada. ¿Hay novedades? Por aquí todo igual. No creo que pueda escaparme una semana, estoy bastante liada y Mónica se ha cogido las vacaciones en septiembre, no me apetece dejarla descolgada, se podría sentir como que... no sé, como si la hubiese utilizado porque tú no estabas. Ya hablamos».*

Sofía había vuelto a su rutina de trabajo. La semana que estuvo viviendo en la casa de Manu se sintió bastante extraña, era como cuando vino a Málaga tres meses atrás, como si acabase de aterrizar: algo desubicada. Cuando llegaron sus padres por vacaciones todo fue diferente. Se sintió reconfortada, después de tanto tiempo sin verles disfrutó dejándose agasajar por ellos. Pudo tomarse una semana libre, la semana de feria en Málaga es casi sagrada y todo se paraliza, todo menos la jarana.

Manu estaba algo desaparecido. Su relación iba a toda pastilla y se les veía tan bien que Sofía no podía evitar sentir un poco de envidia sana. Además le notaba un poquito más lejos, cada vez disponía de menos tiempo para monopolizarle y echaba de menos aquellos días del principio, cuando eran prácticamente inseparables.

Con Paula seguía hablando de vez en cuando, pero le daba la sensación de que la distancia estaba haciendo mella en su amistad. Paula se había convertido en inseparable de Mónica, al igual que ella había hecho con Manu. Y lo entendía, era normal que Paula estuviese rehaciendo, por llamarlo de alguna forma, su vida social. Pero aun comprendiendo que ahora cada una tenía una parcela algo más independiente de la otra, decidió poner remedio para mantener un contacto más asiduo con ella.

—Hola Sofía.

—¡Hola Pau! Aún quedan diez días para que se termine agosto, ¿estás segura de que no quieres escaparte? Puedes invitar a Mónica, aquí hay sitio para todas.

—En otra ocasión, este año ha sido imposible organizarme.

—¡Qué exagerada eres! Ni que tuvieses que llevar una casa repleta de hijos y marido. ¿Organizar qué, si estás de vacaciones? ¡Una maleta y andando!

—Ya Sofía, pero las cosas no se planifican así a lo loco, de un día para otro.

—¿Quién demonios eres tú y qué coño has hecho con mi amiga? —preguntó Sofía con un tono jocoso.

—En Navidad vendrás ¿no?

—¿Navidad? Qué lejos, Paula, por favor. Estoy tomando el sol en la playa, no me cortes el rollo con la Navidad ahora.

—Tengo una llamada en el fijo, ya te llamo en otro momento, Sofía. Cuídate.

Sofía se quedó tumbada en la toalla mirando el cielo. Al sol ya le quedaba una hora escasa por ese día, y era el momento que más le gustaba para disfrutar de la playa. Aquel atardecer le hizo acordarse de Manu y de aquella investigación que tenían pendiente: había llegado el momento de llamar a su contacto, la tía Conchita. Así, al menos, tendría un motivo muy, muy importante, para interrumpir las vacaciones estivales de los dos tortolitos en Galicia. Manu no haría ascos a una succulenta ración de cotilleo.

Jaime se encontraba en su oficina. Estaba de vacaciones, pero se había pasado para coger cajas vacías y charlar un rato con Javier. Aquel verano se le estaba haciendo muy largo. Había decidido no viajar a ninguna parte, solo no le apetecía viajar y además estaba liado con el asunto de la mudanza; el día 31 debía dejar la casa vacía para los nuevos propietarios.

Javier y Gloria fueron los que más se alegraron de la ruptura de Jaime con Susana. A Javier le caía fatal, siempre dijo de ella que era una prepotente insoportable. Gloria, menos directa que su marido, tampoco la tragaba, aunque ya se había acostumbrado a su presencia. Lo cierto era que Susana había hecho lo imposible por ganárselos, pero no fue suficiente. La imagen de María estaba muy presente en el caso de Gloria, que tuvo que soportar que su mejor amiga se distanciase, pensando que Gloria estaba al tanto de las fechorías de Jaime.

Tampoco entendían por qué Jaime no había insistido lo suficiente para recuperar a Sofía, que hubiese permitido dejarla desaparecer así, sin más, teniéndola a dos pasos de su casa. Ni siquiera él tenía aquella respuesta.

Se acercaba el final de las vacaciones y Sofía se debatía entre la tristeza de la marcha de sus padres y la alegría de que el 31 volvía Manu de sus vacaciones y, sobre todo, que lo iba a tener, durante un tiempo, enterito para ella. Andrés iba a traspasar su peluquería en Valladolid para establecerse en Málaga, y aquello le iba a ocupar lo suficiente como para darle un respiro a su amigo. O al menos eso era lo que Sofía pensaba.

—¡Hola Pauliii! Cómo me alegra oírte ¡ayer te llamé cuatro veces! suerte que la última fue al fijo y lo cogió tu padre, si no hubiese pensado que te había pasado algo.

—Hola Sofía, perdona, es que no me di cuenta y lo tenía en silencio. No paré en casa.

—Ya me lo dijo tu padre, que ni habías ido a dormir, pillinaaaaa... Tienes cosas que contarme ¿eh?

—Sí, tengo algo que contarte.

—¿Y se puede saber a qué esperas?

—Sé que tenía que haberlo hecho antes, pero no sabía cómo.

—Pero... ¿es algo malo? ¡Suéltalo de una vez, me estás acojonando!

—Alex y yo salimos juntos.

Sofía se quedó en silencio, tratando de digerir lo que su amiga le había lanzado. «¿Salen juntos del verbo salir juntos?».

—¿No vas a decir nada?

—Es que no sé muy bien qué decir... no me lo esperaba.

—¿Y qué tal... alegrarte por mí? ¿O es que no te alegras?

—Es que para llegar a ese punto primero tengo que digerir la noticia y saber si va en serio.

—Pues claro que va en serio. Fue así de repente, pero va en serio. Empezamos a vernos a lo tonto, para hablar de ti y eso... y entonces él me — Sofía cortó la frase.

—No entres en detalles, Paula, no quiero saberlo.

—¿Estás enfadada?

—Sorprendida más bien.

—Pero te noto seca.

—Es que no me hago a la idea, Paula. Tú y Alex... es que lo pienso y me da un escalofrío... no entiendo por qué.

—¿Tan mal lo ves?

—Pero... ¿estáis seguros?

—Que sí, Sofía, estamos genial. ¿Qué te preocupa, crees que no ha podido olvidarte? ¿O lo que te preocupa es que te haya olvidado tan pronto?

—Te estás columpiando, Paula.

—Es que no te entiendo, Sofía. Te has hartado de decir que no le quieres y que jamás volverías con él, y ahora no eres capaz ni de alegrarte por mí. Yo estoy feliz y encantada, y me doy cuenta de que tú eres una egoísta.

—Eres tremendamente injusta, Paula.

—Tú sí que eres injusta. Si estás bien con tu vecino ese, todos tenemos que estar encantados, si te va mal con él, ahora los demás tenemos que estar de velatorio. A ver si te das cuenta de una puñetera vez, que no eres el ombligo del mundo.

—Pues si eso es lo que piensas, yo no tengo nada más que decir. Cuando se te pase el ataque ese de “confundiditis” que tienes, me llamas y lo hablamos de nuevo con más calma.

Colgó el teléfono con furia. No entendía qué le pasaba, ni por qué había reaccionado así. No le importaba Alex, y estaba segura de que no quería nada con él, pero en el fondo, le había molestado que estuviese con Paula. ¿O tal vez le molestaba que Paula estuviese con Alex? Pensó que quizá Paula tenía

razón y lo de Jaime le había dejado tan mal sabor que ahora sentía envidia de todos los que tenía a su alrededor, disfrutando de aquel verano tan espléndido con sus parejas, mientras ella tenía que estar trabajando y en compañía de sus padres. Pero aquello le hacía sentirse bien, le reconfortaba estar con ellos y disfrutar de sus atenciones, se desvivían por pasar con ella todo el tiempo libre del que disponía. ¿Y si lo que le pasaba con Paula y Alex era el síndrome de la tía Conchita? Sí, por fin se había enterado del secreto que guardaba celosamente, y del que Manu no tardaría en enterarse. Su tía se lo contó con la condición de que prometiera no revelarlo. Sofía lo prometió, contando con que faltaría a su promesa porque a Manu se lo largaría sin lugar a dudas. Aunque cuando conoció la historia, titubeó entre si contárselo o no. Lo dejaría estar para encontrar el momento oportuno.

## CAPÍTULO 10

### Treinta postales de distancia

El uno de septiembre Sofía recuperó su vida cotidiana a regañadientes. Se había despedido de sus padres en el aeropuerto el día anterior, y aquella semana se perfilaba con el hastío del final de las vacaciones, incluso del verano, porque aunque todavía quedaba un mes largo de buen tiempo en aquella ciudad, septiembre marcaba un inicio de todo, al igual que lo hacía el mes de enero.

Había recobrado la fuerza que trajo al principio, cuando aterrizó en Málaga hacía ya cuatro meses, aunque hubiese jurado que había pasado casi un año. Su casa estaba tal y como la había dejado el día que hizo su equipaje para un mes. No había vuelto a pisarla desde entonces.

Al volver del trabajo pensó en deshacer la maleta que seguía aún cerrada desde el día anterior. Cambió de opinión al darse cuenta de que primero debía comprar productos de primera necesidad: leche, pan, huevos, chocolate, patatas fritas, cervezas, y un sinfín de chucherías más. Llamó al ascensor con total tranquilidad. Ya no le preocupaba encontrarse con Jaime, el tiempo o la distancia o ambos, habían diluido sus emociones, y ahora se sentía menos insegura al recordar aquella noche. Pasaría un mal trago la primera vez, eso desde luego, pero después todo volvería a la normalidad. No a la normalidad que se había establecido entre ellos, sino a la que separa a dos perfectos desconocidos. El ascensor hizo una parada en la planta número doce, a Sofía le dio un vuelco el corazón cuando sintió la frenada de éste y, mientras se abrían las puertas, notó que un nudo se le formaba en la boca del estómago. Falsa alarma. Era una mujer rubia que bajaba la basura y una pila de cartones, que le recordó a cuando aún conservaba sus cajas.

Durante aquella distancia que había mantenido, tuvo tiempo de pensar en muchas cosas sobre sí misma y respecto a su vida. Hizo una lista mental de resultados positivos y negativos a raíz de sus decisiones. Manu encabezaba la lista de medidas positivas: el haber recuperado aquella amistad había marcado un antes y un después. Manu había pasado a formar parte de ese pequeñísimo grupo de personas imprescindibles en su vida, desde que se mudó a Málaga. El segundo de la lista era Alex, aunque por motivos muy

distintos a los que hacían que Manu la encabezase: el fin de aquella relación supuso el renacimiento de una nueva Sofía, la de siempre pero atreviéndose a dar un gran salto al vacío armándose con lo más valioso que poseía, la confianza en sí misma. Jaime era el tercero en aquella lista, bueno, la verdad es que Jaime bailaba entre las dos listas, pero la razón que le hacía partícipe en la de positivos se resumía al momento pasante. Sofía estaba convencida de que Jaime había sido un pasante en toda regla. Durante el tiempo que habían estado entretenidos, por llamarlo de alguna forma, ella se había ido olvidando de Alex, es más, le costaba creer con qué facilidad lo había conseguido. Ese era el lado bueno que consiguió sacar de aquella historia.

En la lista de decisiones negativas o consecuencias desafortunadas, el top llevaba el nombre de Paula, y el resto de los integrantes eran: el nombre de Jaime repetido unas cuantas veces. Si hubiese podido retroceder en el tiempo, habría cambiado completamente su actitud ante la noticia de la relación entre Paula y Alex. Ahora la amistad con ella se encontraba en una especie de estado aletargado. Cuando trataban de acercarse, la figura de Alex permanecía entre ellas como un muro de hielo, y no sabía cómo deshacerlo.

Al volver de la compra hizo una parada en su buzón de correos. Al abrirlo un puñado de cartas, postales y propaganda, cayeron al suelo. El conserje se apresuró a ayudarla y entre los dos metieron la avalancha de correspondencia en una de las bolsas. Pulsó el botón del ascensor algo más inquieta que en la bajada. Creía que lo había superado, pero unas horas sintiéndole a corta distancia habían bastado para robarle la serenidad de su regreso a casa.

Colocó la compra con rapidez para deshacer la maleta cuanto antes, tenía toda la ropa limpia y planchada, y corría el peligro de hacer doble trabajo si olvidaba colgarla. Antes de salir de la cocina frenó en seco. Dio media vuelta y sacó toda la correspondencia que aún permanecía en una de las bolsas compartiendo espacio con unos frutos secos. Sacó la montaña de papel y, entre catálogos del supermercado, publicidad de restaurantes de comida a domicilio, anuncios de servicios de reparación, cartas del banco y suministros varios; había un montón de postales. Las separó del resto. Todas estaban firmadas por la misma persona: Jaime. Las ordenó cronológicamente y las contó, había treinta en total. Estaba atacada de los nervios, no sabía si empezar a leerlas ya o esperar un momento a relajarse. No estaba segura si quería saber lo que decía allí. ¿Y si empezaba por la última y evitaba leer el resto? Imposible. Tenía que leerlas todas. Fue al salón con el taco de postales.

Primero las puso boca abajo sobre la mesa del salón, formando una especie de collage con todas ellas. Las imágenes de las postales eran, en su totalidad, lugares de Málaga. Después de observarlas durante un buen rato, volvió a ordenarlas y las dejó colocadas una detrás de otra mirando su letra. Las depositó en la mesa, perfectamente apiladas, y volvió a la cocina. Colocó las bolsas de frutos secos en la despensa con la intención de distraerse, pero sus pensamientos estaban concentrados en aquel montón apilado en el salón; un nuevo acontecimiento que cabía entre sus manos y que podía esconder algo que no estaba segura si quería desvelar. ¿Qué pretendía mediante aquellas postales? ¿Qué se hicieran amiguitos como si no hubiese pasado nada entre ellos? ¿Contarle que lo sentía mucho pero se le fue de las manos? ¿Que no era su intención reírse de ella? ¿Mantener una doble vida como estaba acostumbrado a hacer, y aquella era una forma de cortejo? Ninguna de aquellas opciones era válida para ella. Nunca se habría imaginado que aquel estirado y antipático que resultó ser tan divertido y encantador, para convertirse de la noche a la mañana en el mayor estafador de citas; se hubiese dedicado a escribir postales de... ¿de qué tipo serían aquellas postales? No saldría de dudas sin indagar en su contenido. Se acercó de nuevo a la mesa y se sentó frente a ellas.

Málaga, 2 de agosto de 2010

Hola Sofía,

Soy el capullo que la cagó hace una semana, no he encontrado un modo de localizarte. Alguien me dijo que estás de vacaciones, pero no estoy muy seguro de poder fiarme de aquella fuente, y tampoco quiero hacerlo. De todos modos mientras vuelves, he decidido entregarte lo que debí hacer en su momento: la verdad. Lo hago en este formato porque un sobre podrías romperlo sin abrir, las postales son más sensibles a la curiosidad y yo confío plenamente en la tuya.

Besos, Jaime.

PD: Ahora estarás pensando: «Pero... si no me ha dicho nada». ¿Verdad? Mañana te llegará la siguiente.

«Pues sí, justo eso estaba pensando, listillo. ¿A qué viene esto? ¿Qué verdad me vas a contar, que la que estaba en tu casa era una loca que le dio por forzar tu cerradura para ponerse medio en pelotas y hacerse pasar por tu

novia? Porque si la verdad es que salías con ella y olvidaste mencionarlo, ahórratelo, no soy gilipollas».

Málaga, 3 de agosto de 2010

Nunca he sido espontáneo ni original, es más, de cuadrulado que soy rozo el aburrimiento. Cuando nos conocimos estaba leyendo un libro titulado: “Sin noticias de Gurb” ¿Lo has leído? Es muy divertido. Relata la búsqueda de un extraterrestre que ha desaparecido tras adoptar la apariencia de Marta Sánchez, y el amigo que viajaba con él, mientras le busca, va escribiendo un diario con todo lo que observa y le va sucediendo. Me pareció original buscarte de un modo parecido al amigo de Gurb, y así lo estoy haciendo: 23:45h. Sin noticias de Sofía.

Besos, Jaime.

«¡Sin noticias de Gurb! Lo leí hace siglos, sí que es divertido. ¿Qué pretendes exactamente?». Sofía estaba desconcertada. ¿Iba a hablarle de la verdad o iba a esquivarla como hacía siempre? Ahí, ante sus ojos, en formato de letras, se encontraba el mismo Jaime evasivo que ella había conocido en carne y hueso. «Me importa un rábano lo que escribas o no en tus puñeteras postales, nada de lo que pongas me podrá convencer de algo diferente a lo que vi con mis propios ojos. Estás perdiendo el tiempo, amigo».

Málaga, 4 de agosto de 2010

Te preguntarás por qué llevo tres días escribiéndote y aún no he hecho referencia a lo que pasó. No creas que estoy eludiendo el tema, sólo estoy esperando a que des señales de vida, me gustaría hablarte de todo ello en persona. Hay tantas cosas que no te he dicho, Sofía... pero no contaba con nada de lo que ha pasado. Sigo esperando encontrarte por el bloque o que me hagas saber de ti. ¿Qué tal una postal? Soy consciente de que no llamarás a mi puerta.

Besos, Jaime.

«¡Pues claro que no pienso llamar a tu puerta! Y vas tú listo si piensas que te voy a escribir. Bueno, a estas alturas ya habrás comprobado que no lo

hice. Cómo me alegro de no haber estado en casa». Sofía sonreía por dentro, se sentía crecida pensando en el chasco que se habría llevado al comprobar que, después de treinta intentos, ella no había aparecido. «¡Que te den! Ahora te habrás hecho una idea de lo mal que me sentí».

Málaga, 5 de agosto de 2010

22:30h. Sigo sin noticias de Sofía. Todos los días meto una postal en la ranura de su buzón y después abro el mío esperando una postal de ella. Podría hacerlo al revés, sí, pero ese espacio de tiempo en el que aún conservo esa incertidumbre, me gusta. ¿Por qué con ella siempre termino hablando en tercera persona? Bueno, me voy a abrir mi buzón. ¿Tendré noticias tuyas hoy? Dentro de un rato lo sabré. Ella seguramente ya lo sabe, o puede que ni siquiera sepa que le estoy escribiendo.

Besos, Jaime.

«¡Premio para el chico de las postales! No, no lo sabía, pero también me pregunto... ¿para qué malgastas el espacio sin aclarar nada? ¿Te juegas algo a que empiezo por la última y las leo al revés? ¡No juegues con mi paciencia!».

Málaga, 6 de agosto de 2010

Echo en falta una lección urgente de “paragüismo”. No, no me he confundido al escribirlo, es justamente lo que pone. En nuestra última conversación prometiste librarme de mis supersticiones, la siguiente era la del paraguas ¿no? Ayer intenté abrir uno en casa, pero no hubo manera. Me entraban unos sudores que terminé abandonando el intento. Son imprescindibles tus clases magistrales. Con la sal ya es otra cosa, el otro día me permití el lujo de jugar con un salero (suerte que no se derramó ni un grano).

Besos, Jaime.

Pd: 23:32h. Seguimos sin noticias de Sofía.

Sofía tenía el codo apoyado en la mesa y la cabeza sobre la mano, mientras intentaba imaginarse aquella escena. «¿Será verdad que lo has intentado? Me parto de risa sólo de imaginarte, vestido tan serio como para ir al trabajo y apuntando con tu paraguas como un niño pequeño, sin atreverte a

lanzarlo. Cómo me hubiese gustado verte por un agujero». Al intentar imaginarlo, volvió a verlo en la mesa, frente a ella, mirando su plato impasible mientras comía, como si no se estuviese dando cuenta del jueguito que ella se traía entre manos.

Málaga, 7 de agosto de 2010

¿Sabes una cosa? Estas vacaciones son las más extrañas que he tenido. Es la primera vez que las paso en Málaga, sin hacer ningún viaje. Y, sobre todo, es la primera vez que me tomo un mes a la bartola. Excepto porque voy al gimnasio tres veces por semana y recojo la casa a diario... (No sé si te dije que soy bastante “marujo”) el resto del día me lo paso tirado en el sofá sin hacer nada, mirando las musarañas y dejando escapar el tiempo tranquilamente (tampoco sé si te dije que era un obsesionado controlador del tiempo y odio perderlo). También me estoy poniendo hasta arriba de porquerías. Si sigo así, en septiembre volveré al trabajo rodando. Y si sigo dándote tantos detalles sobre mis horribles costumbres, lo mismo de aquí a entonces te alejas más de mí, si cabe.

Besos, Jaime.

«No hace falta que lo jures, si te calé enseguida... bueno, vale, sí, fallé un poco, pero aquella forma de mirar el reloj y los dígitos “pasa plantas” eran de un maniático obsesionado, fijo. Y no me alejaría de ti por eso ¡listo! me alejo cuando un sucio traidor me engaña de mala manera. Ahora me has puesto de mala leche, no pienso leer ni una más». Sofía se levantó de la mesa y dejó junto a la pila de postales, el montoncito de las que había leído algo más desparramadas. Se marchó a la habitación y abrió la maleta, pero no sacó ni una prenda, la dejó donde estaba y volvió al salón, justo en el momento en el que el teléfono empezó a sonar.

—¡¡Manuuu!! Qué alegría ¿ya estás aquí?

—¡Hola Sofía! sí, ya estoy en casa ¿dónde estás?

—En casa también, ¿por qué no me has llamado antes? Habría ido a recogerte al aeropuerto.

—Va, es igual, cogí un taxi. ¿Se te pasó ya la morriña de la despedida?

—Me voy adaptando. ¿Y a ti la tuya? Porque después del mes intensivo como dos tortolitos... ahora se te habrá hecho raro despegarte.

—Qué va, estaba loco por separarme un poco.

—Oh, oh... —dijo en un tono cantarín— esto me huele a problemas.

—No, no te preocupes, todo va sobre ruedas. Pero, Sofi, yo no estoy acostumbrado a estar así tan... tan atado. Me apetecía tomar el aire un poco, y echaba de menos mi casa, mi espacio y hasta a ti te he echado un montón de menos.

—¿A mí?

—Pues claro, ¿por qué te extrañas?

—No sé, pensaba que era la única que echaba de menos a la gente.

—Sofía, ¿estás llorando?

—No... un poco solo... es que me ha emocionado lo que me has dicho. Estoy un poco sensible últimamente.

—¿Quieres que nos tomemos algo por ahí? Yo no pienso madrugar, pero si tú estás en buena forma, aunque mañana trabajes, podemos ir a darnos un homenaje posvacacional.

—Me encantaría, además tengo algo que contarte.

—Pues no me adelantes nada, deshago la maleta, me arreglo y paso a recogerte.

—Yo también tengo que deshacerla.

—¿Llevas veinticuatro horas con la maleta sin deshacer? Tú no tienes arreglo.

—Llegué tarde y me acosté directamente, ¡estaba muerta!

Decidió llevar a Manu a aquella taberna de tipo irlandés donde había cenado con Jaime la última noche. Siempre era él quien la llevaba a sitios nuevos y esta vez a ella le apetecía tener el protagonismo de conocer un lugar y descubrirselo. Lo encontró igual de acogedor que aquel día, con sus farolas iluminando a modo de calle, y la madera oscura evocando el aspecto de lo antiguo. Encontraron una mesa libre en la planta de la entrada, cerca de un ventanal. Sofía miraba a su alrededor o tal vez buscaba inconscientemente. Manu saludó a uno de los camareros, por lo visto habían estudiado juntos en el instituto.

—Estás muy misteriosa, ¿me vas a contar ya lo que tenías pendiente?

—Hoy he encontrado en mi buzón treinta postales.

—¿Treinta postales? No me digas más, tú cara lo dice todo: Jaime.

—Sí.

—¿Y qué ha hecho, se ha ido a recorrer el mundo como Willy Fog y te ha escrito una en cada puerto?

—¡Qué va! Las ha ido escribiendo día a día, y él mismo las ha introducido en el buzón, sin sello ni dirección ni nada... están escritas al completo, como si cada una fuese la página de una especie de bitácora.

—¿Pero qué dice?

—Nada en concreto... que había intentado localizarme, que alguien le había dicho que estaba de vacaciones, que esperaba mi regreso y que al no encontrar otro modo se había decidido por aquel método, al estilo “Sin noticias de Gurb”. La verdad es que original es, no me digas que no.

—¿Y en treinta postales eso es todo lo que te dice?

—No he leído aún todas.

—¿Por qué? ¡No te reconozco!

—Porque me llamaste... y si me quedaba leyendo no me daba tiempo a arreglarme.

—¿Y no te mata la curiosidad?

—Sí, no te voy a engañar. Pero me apetecía mucho más quedar contigo.

—¿Y?

—Y estoy muy cansada del asunto Jaime.

—¿Yyyyyyy?

—¡Está bien!...Y me acojona lo que pueda encontrar allí escrito.

—¿Y no ha hecho alguna alusión a lo que pasó?

—Ninguna. Al principio ponía que había tomado esa medida para contarme la verdad, pero la está esquivando totalmente, según dice, para ver si me pongo en contacto con él y contármelo en persona.

—Qué curioso, ya me contarás cuando las termines. Porque imagino que leerás hasta el final ¿no? Aunque sólo sea para que yo me entere de lo que pone. Ni se te ocurra romperlas, o si quieres las leo yo y te hago un resumen.

—¡Eso ni loca! Es algo muy personal, Manu.

—¡Lo decía en broma, mujer!

—¿Tú has leído “Sin noticias de Gurb”?

—Hace muchísimos años, tengo un recuerdo bastante difuso de la historia.

—¿Recuerdas que cuando terminan o empiezan algunos capítulos, dice en su diario: Seguimos sin noticias de Gurb? Pues él hace lo mismo pero cambiando Gurb por Sofía. Dice que lo leyó en la época que nos conocimos y está usando el mismo formato para comunicarse conmigo.

—Me están dando ganas de releer el libro... a ver si dentro va a haber alguna clave sobre el asunto, ¿no te lo has preguntado?

—Pues no, pero ahora que lo dices pienso releerlo. Juraría que lo tengo, o si no me lo compro.

—Y del asunto Paula no hemos hablado, ¿cómo lo llevas?

—La cosa sigue fría. Más por su parte que por la mía, pero creo que poco a poco lo solucionaremos. Suerte que no vivo allí. ¿Te imaginas encontrarnos? No me pegan juntos. ¡Se acuestan juntos!... Qué raro se me hace pensarlo, Manu. ¿Imaginas a Andrés acostándose con... con quién, conmigo por ejemplo?

—Sofía, por favor, eso es imposible de imaginar, pon un ejemplo más efectivo.

—Da igual, ya me has entendido. Es que estos días he pensado en una llegada a Mallorca, quedar con ellos... y verlos ahí... juntitos, de la mano, besándose.

—Chica, no seas morbosa, tampoco creo que se vayan a poner ahí en plan exhibicionistas.

—¿Te imaginas que estoy ahí con ellos, y de pronto me entra el síndrome de mi tía Conchita?

—¿De qué síndrome hablas?

—¡Ostras si no te lo he contado! Que ya hice las averiguaciones sobre lo vuestro.

—¡No jodas! ¿Lo sabes ya?

—Prométeme que aunque te mueras de ganas por contrastarlo con algún miembro de tu familia, jamás de los jamases lo harás.

—¡Me estás acojonando, Sofía!

—¡Promételo!

—Lo promeeto.

—La historia se remonta a cuando ni tú ni yo habíamos nacido.

—¿Y no la puedes resumir y limitarte a los últimos acontecimientos?

—¿Y privarte de los detalles más morbosos? ¡Ni loca!

—Pues venga, arranca, y vamos a pedir algo de picar ¿no?

—La tía Conchita había sido un bellezón de esos de agárrate y no te menees. Y prepárate con lo que viene ahora: tu padre estaba loquito por sus huesos.

—¿Mi padre por tu tía Conchita? ¿Nuestra fuente? ¿La solterona?

—Sí, hijo, la única tía malagueña que tengo... Como comprenderás no

iban a ser las de Mallorca, si tus padres se conocieron antes que los míos. A veces parece que estas en Babia.

—Y yo qué sabía que se remontaba a tanto.

—¿Pedimos unas patatas fritas con queso y bacón que están buenísimas aquí?

—Y hamburguesa, hoy tiro la dieta por la ventana.

—¿Te has puesto a dieta, Manu?

—Aún no, pero en las vacaciones me he cebado y al llegar a casa me pesé, del susto me he prometido mentalmente ponerme a ensaladas.

—Bueno, no me cambies de tema, volvamos al asunto de tu padre colado por mi tía, y ella encantada de la vida. Tu padre se acercó a ella en muchas ocasiones con el propósito de salir juntos. Pero tía Conchi, que por aquella época tenía demasiado presente la fascinación que provocaba en los hombres, se propuso jugar al gato y al ratón con él, hasta tal punto que le hacía sufrir auténticas torturas.

—¿Torturas?

—Bueno, tonterías para tenerle ahí en el bote... si quedaban con el grupo de amigos le decía que no faltase, y luego aparecía cogida del brazo de otro. ¡Le ignoraba por completo! Después, cuando tu padre ya lo daba todo por perdido, se acercaba tanto a él que el pobre no tenía más remedio que volver a rendirse a sus encantos. Así se tiró mucho tiempo.

—No me extraña que se quedase soltera, menuda calient...

—¡Oye, contrólate que es mi tía!

—Será tu tía y todo lo que sea, pero se las trae. ¿Y qué pasó?

—Pues entre tanto tu padre, con el pretexto de pagarle con la misma moneda, se acercó a tu madre, que por aquel entonces era la mejor amiga de mi tía. Y poco a poco terminó enamorado y casado con ella. Esa historia ya la conoces, no hace falta que te la cuente. Nunca se lo perdonó a ninguno de los dos. A él porque decía que no había luchado lo suficiente por ella, y a tu madre porque, al ser su confidente, sabía al dedillo lo que Juan significaba para ella: a lo tonto, entre pitos y flautas, mi tía había terminado enamorada de tu padre hasta las trancas. Pero eso a tu madre ya no le importaba.

—Normal, que se hubiese andado más lista tu tía.

—Mis padres se casaron y decidieron vivir en Mallorca, para que mi madre estuviese al lado de su familia. Total, mi padre sólo tenía de familia cercana a su hermana, era más duro para mi madre alejarse de los suyos. Mi tía, para no quedarse sola, decidió marcharse con ellos y le buscaron una casa

no muy lejos de la nuestra. Tus padres al principio no viajaban a Mallorca, se veían con los míos en verano cuando venían cada año, por aquello de no perder las raíces... ni siquiera han vendido la casa de los abuelos, y eso que está que se cae porque nunca la usamos, pero no quieren desprenderse de ella.

—Sofía, ¿falta mucho? Es que todo eso que me estás contando de la casa de tus abuelos ya lo sé de toda la vida, si quieres te doy la dirección de la casa, anda que no habremos jugado en ella. Me encantaba cuando veraneabais allí.

—Bueno, no te enrolles que me desvías del tema —interrumpió Sofía— Cuando nacimos nosotros tus padres empezaron a ir también a Mallorca, sobre todo cuando vieron que hacíamos buenas migas. Y a tu padre le encantan las playas de allí, son mucho más bonitas, eso tienes que reconocérmelo. El caso es que, en uno de esos viajes a Mallorca, tu madre noto un acercamiento más íntimo de la cuenta entre tu padre y mi tía.

—¿Cómo de íntimo?

—¡Que se liaron, vamos!

—¡No jodas!

—Como lo oyes. Y tu madre, como es lógico, puso tierra de por medio.

Sofía llegó a casa cerca de las dos de la madrugada. Sabía que debía irse a dormir si no quería levantarse como una muñeca de esas Monster High que estaban tan de moda, pero no pudo resistirse a coger el taco de postales y seguir leyendo.

Málaga, 8 de agosto de 2010

Hola Sofía,

Te escribo desde la playa con todos los domingueros. Nunca me ha gustado venir en domingo, pero últimamente me he prohibido mantener tantas costumbres, y me estoy desquitando. ¿Qué sentido tiene hacer las cosas de una manera o de otra? Si al final lo que cuenta es el resultado, y este, a veces, es el mismo hagas o dejes de hacer. Lo estoy pasando muy bien, no recuerdo la última vez que vine solo a tomar el sol. Aunque ahora que lo pienso, es como si hubiese venido contigo. ¡Te presto un trocito de mi día de playa! ¿Lo aceptas?

Besos, Jaime.

PD: Se ha puesto el sol. Sin noticias de Sofía.

«Vale, Sofía, acéptalo: te habría encantado. ¡Mierda! Sofía... te estás ablandando, no se lo permitas, céntrate: es un capullo integral que te quiso utilizar para un polvo fácil, y si te he visto no me acuerdo. Bueno pero tampoco pasa nada por ir un ratito a la playa mentalmente. Mejor será que deje de hablar conmigo misma si no quiero terminar como Gollum».

Málaga, 9 de agosto de 2010

¿Sabes lo que hice anoche cuando llegué de la playa? Después de una refrescante ducha y una succulenta cena a base de porra antequerana y una cerveza bien fría, vi una película que echaban y me quedé frito a la mitad. Lo sorprendente es que no corrí a la cocina con el plato, el vaso y los cubiertos para lavarlo, lo dejé en la mesa, tranquilamente. Me dije: «Lo voy a dejar ahí plantado hasta mañana cuando me levante, a ver qué pasa». ¿Has visto? Ya puedes quitarme todas las etiquetas que me habías puesto, tienes ante ti un nuevo Jaime, solitario y sin noticias de Sofía, pero más espontáneo.

Besos, Jaime.

Pd: Está bien, lo admito, prometí decirte la verdad... Tuve que levantarme de la cama para recogerlo todo, pero no lo fregué, lo metí en el lavavajillas. ¿Contenta?

«¿Pero quién te ha pedido que te comportes como un auténtico desastre? Yo creo que con una calamidad por bloque es suficiente... ¿Qué pretendes, cargarte las estadísticas?».

Málaga, 10 de agosto de 2010

¿Te he contado que intenté atribuir a tu vivienda una incómoda y escandalosa fiesta, para averiguar si tu piso había sido alquilado por otro inquilino? Se lo comuniqué al conserje unos días más tarde de ver a aquel chico en tu casa. Me informó que si hubiese cambiado de ocupante, se lo habrían comunicado los propietarios. También intenté conseguir tu teléfono a través de él, explicándole que había una mancha de humedad en mi casa, procedente de la tuya. Enseguida se dio cuenta de que era un farol por estar la tuya en el lado opuesto a la mía. Desde entonces me mira con cara rara.

Besos, Jaime.

«Estás como una cabra, amigo. Cuando le cuente esto al anfitrión de la macro fiesta se va a partir de risa. Nunca hubiera imaginado que te estabas tomando tantas molestias... ¡Qué pena que en el fondo seas un pedazo de capullo!».

Málaga, 11 de agosto de 2010

Hoy es miércoles, como la primera vez que salimos. Si tuviera noticias de Sofía la volvería a invitar al flamenco. Incluso me tragaría el espectáculo completo si hace falta. ¿Lo pensarás? Si lo haces no olvides ponerte esos labios tan rojos, y si te los pones... atente a las consecuencias, no sabría controlarme ni querría hacerlo.

«No sabría controlarme, dice... ¡toma, ni yo! Tantas vacaciones, distancia, relax y lista de conclusiones... para caer en la cuenta de que me sigue gustando el idiota este...».

¿Te estás mordiendo el labio inferior?

«¿A qué viene esto?», pensó Sofía, a la vez que reparaba en que se lo estaba mordiendo y dejaba de hacerlo.

Es una duda que tengo, siempre me pregunto, cuando te veo morderlo, por qué lo haces. Si lo has hecho justo ahí, se terminó mi duda.

Besos, Jaime.

«¿Será posible? ¡Voy por la vida como un libro abierto!».

Málaga, 12 de agosto de 2010

¿Alguna vez te has parado a pensar en lo grande que puede ser un cambio provocado por algo que produce un solo instante? Es algo que he pensado miles de veces, la última vez que lo pensé fue aquella noche, Sofía. Si aquel día que me preguntaste por Susana, la primera vez, te hubiese dicho la verdad, no nos habríamos vuelto a ver. Si te lo hubiese dicho la segunda vez, nada hubiese cambiado entre nosotros. Si yo no hubiese pulsado el 12, tampoco hubiese cambiado nada. Y a la vez pienso, que todo hubiese

cambiado. No te enteras de nada ¿verdad? Cómo me gustaría poderte hablar de todo ello cara a cara.

Besos, Jaime.

«A ver, voy a hacerme un esquema porque a mí me da que este se ha fumado algo antes de escribir esto: la primera vez yo le pregunté qué pasó con Susana, él no me contestó porque estaba con ella, y claro como es lógico, dio por hecho que si confesaba que tenía pareja yo me habría alejado de él. La segunda vez dice que nada hubiese cambiado... ¿por qué? ¿Será prepotente? ¿Ha presupuesto que ahí yo estaba colada por sus huesos y ya me daba igual ocho que ochenta o qué? ¡Menudo chulo! Y lo del doce no tiene nombre... justo lo que pensé... que si nos llegamos a quedar en mi casa ni me entero de lo que se traía entre manos. Con lo bien que ibas, majo, y te la estás cargando con todo el equipo... Paso de leerte, ¿qué va a ser lo próximo, que me invitaste a salir porque me viste pinta de facilona? Pues tú eres un pedazo de gilipollas, no sé si te lo habrán dicho alguna vez».

Sofía se levantó de la mesa y se preparó para ir a dormir. Se cepillaba los dientes mientras caminaba por el baño y el dormitorio, concentrada en las palabras que acababa de leer. Después de meterse en la cama y dar un par de vueltas en ella, se levantó y fue derecha al salón, cogió el montón de postales y volvió a la cama con el taco. Se sentó, apoyando la espalda sobre el cabecero de la cama y continuó leyendo.

Málaga, 13 de agosto de 2010

22:38h. Noche extremadamente calurosa, y sin noticias de Sofía. Estoy sorprendido porque hoy ha sido un día de grandes hazañas. Día 13, número de mal agüero por excelencia, ¿y qué ha hecho Jaime hoy? Echar un órdago a la grande: se ha subido en el ascensor y ha pulsado el número 13, pero eso no es todo, lo ha hecho 13 veces. Hoy tengo fe, Sofía, puede ser que aparezcas. Te he invocado con el número 13. Si fallas me condenarás a seguir creyendo en supersticiones. ¿No te remuerde la conciencia?

Besos, Jaime.

«No me lo puedo creer... estás peor de lo que pensaba. ¿Era este el motivo por el que no pulsabas el botón de mi planta? Te daba vergüenza reconocerlo ¿eh? Por eso te hacías el despistado aun arriesgándote a quedar fatal por una absurda superstición. ¿Por qué vivo rodeada de supersticiosos,

tengo un imán para atraerlos? Suerte que hay 30 postales, hubiese sido una ironía del destino que después de conseguir tal hazaña, te hubiese pasado algo malo. Imperdonable. Me habrías “supersticionado” seguro».

Málaga, 14 de agosto de 2010

He estado a punto de ser malísimo contigo. ¿Sabes lo que se me ocurrió mientras dormía? Interrumpir esta postal y que pensaras que me había pasado algo, a ver si así te apiadabas de este malhechor y te presentabas aporreando mi puerta. Pero me contuve de hacerlo, la última vez que improvisé contigo la velada terminó de pena. Aunque esa no fue la última, ahora que lo pienso, llevo trece días improvisando. Vaya, mira por dónde, vuelve a salir mi número favorito. Sí, chica, he decidido adoptarlo, si no puedes con el enemigo únete a él.

Trece besos, Jaime.

«¡Qué bueno! Me has leído el pensamiento o yo a ti... o no sé, esto de estar a tantos días de distancia es un lío».

Málaga, 15 de agosto de 2010

Hoy estoy particularmente contento. Iba en el coche escuchando la radio y he oído eso de: comienza la segunda quincena de agosto y termina la primera, cuidado en las carreteras por las operaciones de salida y retorno. ¿Llegarás hoy? Imagino que estarás en Mallorca pasando las vacaciones con los tuyos. El otro día me pregunté cuántas clínicas dentales habría en Málaga y si sería posible averiguar dónde trabajas. No te asustes, no soy un perturbado que iría a espiarte o buscarte a la salida o acosarte, simplemente me gustaría saber que no hemos perdido el contacto. ¿Por qué dimos por hecho que nos encontraríamos por el bloque, por qué no intercambiamos nuestros teléfonos? Este es otro de esos instantes que lo cambian todo.

Besos, Jaime.

«Es verdad, nunca se nos ocurrió... ¿Pues sabes una cosa? que me alegro. No hubiese tenido estas postales tan curiosas. Me habrías llamado y la situación habría sido más fría y distante. ¡Me está encantando sin noticias de Sofía! Pero claro, esto nunca lo admitiré en voz alta».

Málaga, 16 de agosto de 2010

Empiezan a pesarme los días, acabamos de pasar el ecuador. Seguimos sin noticias de Sofía, y las esperanzas de encontrarla decaen por momentos. Mi casa está patas arriba (sí, como lo lees) no encuentro nada. Debí marcar las cajas. Hoy pasé por la oficina, me aburría de hablar solo, me estaba volviendo rarito. Para colmo han cerrado mi gimnasio una semana, por la feria ponía en el cartel. ¿Has estado alguna vez en la feria de Málaga? Te encantaría.

Besos, Jaime.

«Espera un momento, rebobina... ¿Tú casa está patas arriba? ¿De qué cajas estás hablando? ¿Me habré saltado una postal?». Sofía revisó las fechas de las quince anteriores.

Málaga, 17 de agosto de 2010

¿Sabes una cosa? Yo también soy hijo único. Me hizo mucha ilusión cuando supe que lo eras aunque me da pena de la pequeña y solitaria Sofía que fuiste, suerte que tenías una tortuga. (Tranquila, no he contratado un detective en Mallorca para que interrogue a tus familiares y amigos, vi una foto en tu casa) ¿Cómo se llama? ¿Sigue viva? Las tortugas viven muchísimos años. Yo de pequeño llevé muy mal no tener hermanos. Mis padres no quisieron tener más hijos. Me daban mucha envidia mis amigos, algunos se quejaban porque sólo tenían hermanas y decían que era un fastidio, pero más lo era estar solo. Me gustaba estar siempre en la calle, la casa se me caía encima en su silencio. Me hubiese encantado partirme la cara por un hermano aunque luego nos tirásemos el día discutiendo.

Besos del solitario Jaime.

PD: Sin noticias de la solitaria Sofía.

«A mí también me habría encantado, y sobre todo compartir las charlas de mi madre, aunque los mimos seguro que me hubiese costado más compartirlos. Pero sí, tienes razón. Yo me partí la cara una vez por Paula o, mejor dicho, unas pandilleras nos partieron la cara a las dos. Mañana sin falta tengo que llamar a Paula. El caso Tomasa... mejor dejarlo a buen recaudo».

Málaga, 18 de agosto de 2010

12:35h. Otro miércoles sin noticias de Sofía, empiezo a sospechar que la maldición del “salero-paraguas-gato-espejo roto-escalera” se cierne sobre ella o bien la ha invocado contra mí. Hoy te escribo temprano, una chica me ha dejado plantado y me voy a ahogar las penas a la feria. Me encantaría verla por allí, con un vestido rojo de lunares y su castaña melena recogida con una flor; para invitarla a un vino y a lo que ella quiera.

Besos, Jaime.

PD: No olvides esos labios a juego con el vestido.

«¡¡¡Pero si estuve allí!!! Ese día estuve en la feria. Con lo pequeña que es a veces Málaga».

Málaga, 19 de agosto de 2010

Que conste que estoy haciendo un esfuerzo sobrehumano para escribirte, tengo un “resacón” como creo que nunca he tenido.

Besos, Jaime

PD: Si no te llegase esta, sería que me he confundido de buzón, no me lo tengas en cuenta.

«¿Y esta postal para qué es, para que te dé una medalla al mérito “resaquil”? Bueno me quedan diez, mejor será dejarlas para mañana o no habrá quién me levante».

Sofía pensó mientras se acostaba que quizá había sido demasiado dura con Jaime. Todo el mundo tiene derecho a explicarse y ella se lo había negado rotundamente. Puede que nada de lo que le dijera cambiase algo entre ellos, pero tampoco había nada malo en dejarle hacerlo y que se quedase tranquilo. Y más después de las molestias que se había tomado por ella. Decidió que al día siguiente saldría puntual, con la misma precisión que el reloj de Jaime, y se lo encontraría en el ascensor.

Salió aquella mañana a la hora acordada consigo misma, y una gran dosis de

nerviosismo. Cuando subió al ascensor, inconscientemente y porque iba centrada en ese asunto, pulsó el doce en vez del sótano a la vez que se preguntaba cómo narices había hecho aquello. Al abrirse la puerta no encontró a nadie, pero justo antes de que se cerrase, escuchó una voz procedente del lado izquierdo.

—¡Espera, no cierres, sólo me falta echar la llave!

Sofía asomó la cabeza mientras tapaba la célula para impedir que se cerrase la puerta, y vio a la mujer rubia de la tarde anterior, cerrando con llave la casa de Jaime.

—Te lo agradezco mucho, voy con la hora pegada —dijo ésta, cuando entró a compartir el espacio con Sofía.

—No te preocupes, no es nada. «¿Quién es ésta? ¿Es esto lo que tiene que contarme en persona? ¿Será esta María, que ha vuelto con ella? ¡Mierda! Tenía que haber traído las puñeteras postales para leerlas en el trabajo».

Sofía estaba de un humor de perros aquella mañana en la clínica. Se le escapaba completamente de las manos aquella actitud de Jaime. ¿Qué pretendía? Se preguntaba. Por un lado parecía que estaba arrepentido de lo que había pasado, incluso que trataba de conquistarla de nuevo con sus palabras. ¿Pero con qué fin, el de que ella recuperase las ilusiones para después aplastárselas y decirle que había vuelto a cambiar de opinión y le estaba dando otra oportunidad a su matrimonio? Pues no pensaba darle esa satisfacción, tiraría todas y cada una de las postales a la basura. Ya había aguantado suficiente las impertinencias de aquel sinvergüenza.

Jaime estaba sentado en su despacho preguntándose por qué Sofía no se había puesto en contacto con él. En la última postal, aparte de contarle toda la verdad, le dejó anotado su número de teléfono. ¿Por qué tanta frialdad? ¿No había sido suficiente explicación para ella? ¿No se había tomado bastantes molestias por ella? Aquellas postales eran más de lo que nunca le había entregado a nadie. ¿Qué más pruebas necesitaba? Sus pensamientos fueron interrumpidos por la última de las personas que le apetecía ver en aquel momento.

—¡Susana! ¿Qué haces aquí? —dio un respingo en su asiento al verla aparecer.

—Tranquilo, vengo en son de paz —se defendió ella al instante, y se

acercó a darle dos besos que el acompañó algo incómodo.

—¿Y a qué se debe tu visita? —volvió a tomar asiento y le ofreció con un gesto que hiciera lo mismo.

—¿Tiene que haber un motivo para la visita de una vieja amiga? —dejó su bolso apoyado en la mesa y se colocó el vestido al cruzar las piernas. Tenía un aspecto espléndido y lucía un nuevo corte de pelo—. ¿Qué tal te ha tratado el verano?

—Estupendamente. Aunque no mejor que a ti, supongo, te veo... diferente.

—Sí, es el nuevo look, me he capeado la melena y me he dado reflejos. ¿Qué tal las vacaciones? Imagino que te habrás ido con tu amiguita... ¿Cómo se llama?

—Vaya, ya veo por dónde vas y, en serio, Susana, tengo mucho trabajo —se levantó para invitarla a marcharse, pero ella no hizo ademán de incorporarse y continuó hablando, obligándole de nuevo a tomar asiento.

—Ayer estuve en un sitio chulísimo con unas amigas. Es un local nuevo de tipo taberna irlandesa, se llama Molly Malone's, no sé si habrás ido alguna vez. Si no lo has hecho te lo recomiendo.

—¿Has venido sólo para hacerme una recomendación sobre la competencia, Susana, o guardas algo más bajo la manga?

—Nunca cambiarás, Jaime. El caso es que, cuando estábamos allí sentadas disfrutando de unas pintas, entró una pareja que se sentó muy cerca de donde estábamos nosotras. La cara de ella me resultó familiar y, al principio, no sabía de qué la conocía. Tú sabes que para las caras soy buenísima, pero ésta se me escapaba. No paré de darle vueltas hasta que la imaginé, en vez de sentada en aquella silla, sentada sobre la mesa de tu casa con la falda remangada.

—¡Sofía! —lo dijo en voz alta, y más sorprendido por saber que no se la había tragado la tierra, que del encuentro en aquella taberna con Susana.

—Se la veía muy acaramelada con aquel chico que, por cierto, no eras tú —no se le escapó la cara de sorpresa que había puesto Jaime al mencionarla, dato que le dio pie para aprovechar y adornar un poco a su antojo—. Ambos tenían un brillo en los ojos... la manera de hablarse, de rozarse... No sé como irá lo vuestro pero, después de lo que vi, no le auguro un buen futuro a esa relación.

—No hace falta que te preocupes por mi relación, no hay tal relación. Y si has venido a tratar de conquistarme rebozándome esto por la cara, estás

muy equivocada si piensas que vas a conseguirlo.

—Ah... ¿Pero no te lo he dicho? Salgo con alguien —ahora sí se puso en pie con la intención de marcharse. Colgó su bolso del hombro y se acercó, sonriente y triunfal, a darle dos besos de despedida; no sin antes regocijarse un poco más, creyendo que terminaría lamentándose por haberla dejado escapar—. ¡Estoy tan feliz, Jaime! No me di cuenta de que contigo no lo era hasta que conocí a Sergio estas vacaciones. Bueno, te tengo que dejar, hoy trabajo de tarde y tengo muchas cosas que hacer esta mañana. ¡Chao, me ha alegrado verte!

**«¡Hola, soy Sofía! En este momento estoy ocupada, deja tu mensaje al oír la señal. Gracias:**

*Mensaje1: Hola cariño, soy la tía. Llámame cuando puedas, no me gusta dejar mensajes en los chismes estos.*

*Mensaje2: Sofía, soy Manu, espero que tu sms diciendo que piensas quemar las postales cuando llegues a casa sin terminar de leerlas, sea un farol. Estoy pensando presentarme en tu casa ahora mismo y confiscarlas. ¡Res-pi-ra, Sofía! es posible que todo tenga una explicación y te estés montando una película de esas tuyas. ¿A qué hora llegas hoy? Yo a las siete estoy en tu casa, si ves que no llegas llámame.*

*Mensaje3: Hola Sofía, soy Alex... llevo un tiempo dándole vueltas a cómo afrontar esto de llamarte. Ya sé que estás enterada de todo y que no lo tomaste muy bien. Espero que con el tiempo todo vuelva... bueno en fin, que... espero que estés bien. La razón de mi llamada es porque no hemos resuelto el asunto de la casa. Yo no sé lo que tenías pensado hacer, a mí me gustaría quedármela, pero si la quieres tener tú, también lo entiendo, fuiste quien la encontró. En fin, que me gustaría que hablásemos sobre este asunto. Un beso».*

Jaime trataba de encajar la noticia que le dio Susana, no le cabía la menor duda de que lo había hecho para fastidiarle. Pero las intenciones de Susana no eran el motivo de su inquietud, tan solo confirmaban, si no se lo había inventado, el por qué del mutismo de Sofía. Durante el mes de agosto confió en que apareciera. No era lógico que habiendo empezado a trabajar en mayo

le diesen un mes entero de vacaciones, pero aun suponiendo que se lo hubiesen dado, él llamó a su puerta a finales de julio y ya no estaba. Ahora tenía la confirmación de que Sofía había vuelto, y quizá la razón por la que había prescindido de sus palabras.

La nueva propietaria del inmueble le había llamado días antes por unas pertenencias que había dejado olvidadas en un altillo del armario. No tenía prisa por ir a recogerlas, pero pensó que sería buena idea llamarla y acudir esa misma tarde a por ellas. Con un poco de suerte, si se encontraban, podría observar su reacción y comprobar con sus propios ojos, si la Sofía que él había conocido era sólo una farsa.

No se le hizo raro volver a su antiguo portal, tan sólo habían pasado dos días desde que se marchó, y aquel sitio lo seguía sintiendo más suyo que el nuevo. El conserje estaba en la puerta y le saludó de mala gana, no sabía si por aquella ocasión del asunto gotera o porque ya no tenía razón para molestarse en ser amable ante alguien ajeno al edificio. Cuando entró en el ascensor, un tipo que le resultó familiar se unió a él.

—¡Buenas tardes!

—¡Buenas tardes!

«¡No me lo puedo creer! es el que estaba en la casa de Sofía... Entonces... tú debes de ser el que está con ella».

«Vaya hombre, si es Jaime, verás mi amiga cuando se entere con quién he subido».

«Parece más de su tipo que yo... Pero ¿cuándo sucedió esto Sofía? Un momento... a este tío yo ya lo había visto subir a tu casa antes de nuestra cita, ¿salías con los dos? O mejor dicho, ¿salías con él y de mí sólo buscabas entretenerme? Esto sí que no lo esperaba de ti. Al final sí que va a resultar que no eres la Sofía que yo creía. Pues yo ya he puesto suficiente de mi parte, si quieres decir algo ya sabes cómo encontrarme».

—¡Dime que no las has quemado! —le soltó a Sofía, nada más abrir ésta la puerta.

—Me ha resultado imposible...

—¡Buena chica!

—¡Es que no tengo fuego en casa! ¿Te has dado cuenta de que hoy en día todo es eléctrico? Como un día se vaya la luz... ¡no tengo ni velas!

—Bueno, ¿me vas a dejar pasar o montamos una reunión de vecinos en el rellano?

—¡De vecinos ni me hables!

—¿Ah no?

—¿Cómo se puede ser tan cabrón?

—A ver Sofía, no te aceleres que lo mismo estás interpretando mal las cosas... que ya nos conocemos.

—Pues dime tú qué interpretación sacas de que una tía salga de su casa y con las llaves de su puerta.

—¿La... asistenta?

—¿La asistenta sale a las nueve en punto de su casa diciendo que va con la hora pegada?... Chico, como no sea que entra a trabajar a las siete...

—¿Y por qué no? Puede ser que entre en su casa a las siete, y a las nueve vaya a otro domicilio con la hora pegada... yo no lo veo tan extraño. Y siéntate que me estás poniendo nervioso ahí caminando de un lado a otro, estás hiperactiva.

—Pero es que no tenía pinta de asistenta. Iba... muy emperifollada, las manos muy bien cuidadas, manicura francesa, melena casi de peluquería, recién maquilladísima, bolso de Dolce & Gabbana... y desde luego no parecía de los que venden por la playa... ¡Que no Manu! Esta tía puede ser cualquier cosa menos asistenta.

—¿Y entonces tú piensas que es su ex mujer? ¿Él te la describió?

—No, hombre, cómo me la va a describir. Eso lo deduzco yo. Susana no es, eso lo tengo claro. Y tampoco tiene mucho sentido que haya conocido a una así... de repente. En cosa de un mes deja a Susana y se va a vivir con otra... no cuadra por ningún lado.

—¿Pero tú estás segura que salió de su casa? A ver si te equivocaste de puerta.

—Que no, que su puerta es justo la que está enfrente de la mía pero en su planta. Cuando la tía dijo que la esperase, al escuchar su voz pensé que no podía ser la vieja aquella, y enseguida saqué la cabeza porque me entraron los siete males creyendo que iba a llevar de polizón a Susana, y claro, en ese caso habría cerrado el ascensor a cal y canto. ¡Que la espere su padre!

—¿Y si es un lío pasajero? Puede que la conociera anoche, se la llevó a su casa, echó un polvo... Eso me cuadra más con sus antecedentes.

—Pero es que da la casualidad de que ayer por la tarde me la encontré también en el ascensor. Iba con la basura y con cajas plegadas de mudanza, rotuladas con indeleble del tipo: libros, cocina, salón, delicado... esto me lo estoy inventando, a ver si te vas a creer que me puse a leer los cartones.

—Pues eso tiene peor pinta... parece una mudanza en toda regla.

—¡Coño! La postal... en una de las postales dijo que tenía la casa hecha un desastre y llena de cajas, yo no entendí nada cuando lo leí porque además no venía a cuento... fue la número quince si mal no recuerdo.

—Sofía... ¿has memorizado las postales?

—Un... poco sólo.

—¿Ves? Esta sí es mi Sofía... y no la de la hoguera de cartas.

—Entonces... ¿cómo lo ves, habla la Sofía fantasiosa o la coherente?

—Pues chica, visto así, qué quieres que te diga... Me huele a lo mismo que a ti. ¿Cuántas te faltan por leer?

—Diez

—¡Léelas!

—No

—¿Por qué?

—Porque no quiero darle esa satisfacción. Porque no quiero que me diga en mi propia cara que yo era un polvo y punto. ¡Que le den! Tampoco es que yo buscase una relación seria, pero joder, las cartas sobre la mesa que también tengo derecho a decidir si me interesa un polvo a secas.

—No, si tienes toda la razón, era por salir de dudas. ¿Y en las otras qué te dice? Imagino que se puede contar ¿no? A estas alturas tengo claro que no son cartas de amor...

—No, no son cartas de amor. Son como te dije ayer, una especie de diario, a veces planta lo primero que se le ocurre al final del día, y otras desvela algo de sí mismo, como si quisiera que yo le conociese mejor. En una me invitó a compartir su día de playa, otra me invitó a la feria... justo un día que había ido con mis padres, pero claro, lo mismo él estuvo en la del centro y nosotros fuimos al recinto ferial. También que me invitaría a otro espectáculo flamenco y que si me pintaba los labios como aquel día no podría controlarse y qu...

—Espera un momento, Sofía —interrumpió Manu— a mí esto no me cuadra... este tío está flirteando contigo... ¡A ver si es que está mal de la azotea!

—¿Ves que tenía razón?

—¿Sabes que he subido con él en el ascensor?

—¿Sí? ¿Y no te ha dicho nada?

—¿Qué me va a decir? A mí sólo me conoce de aquel día que preguntó por ti, ni siquiera nos presentamos; bueno él sí se presentó, pero yo fui

bastante seco con él. Sí me ha reconocido, se lo he notado, se ha quedado como incómodo.

—No me extraña, imaginaré que te lo he contado todo.

—La verdad es que se ha lucido.

## CAPÍTULO 11

### En un desencuentro

Habían pasado siete meses y corría por la ciudad de Málaga un luminoso día de abril. Jaime se había adaptado a su nuevo barrio, más tranquilo que el anterior pero a la vez más solitario. Echaba de menos ver el mar desde su ventana. A parte del nuevo domicilio, había sido una época sin grandes cambios. Su relación con María había mejorado después de encontrarse en varias ocasiones para los asuntos de la venta de la vivienda. Llevaba unos meses embarcada en una relación que le había sentado de maravilla. Y no es que quedasen o se llamasen por teléfono, pero cuando surgía que se encontraban, sobre todo porque ahora ella y su pareja salían de vez en cuando con Javier y Gloria, la relación era más cordial y abierta. De Susana no había vuelto a saber nada directamente, aunque se había enterado de que le iba muy bien con aquel tipo. Él seguía sin pareja y tampoco había tratado de buscarla, se sentía bien como estaba. Volvió a ser el Jaime de siempre, ya no quedaba rastro del alocado aquel que el año anterior se tiró el mes de agosto haciendo el imbécil, que era a la conclusión que había llegado. Aunque en el fondo sí que habían cambiado algunas cosas en él. Alguna vez se sorprendía a sí mismo jugueteando con un salero en la mesa de un restaurante y lo hacía girar como si fuera una peonza. Era una de esas pequeñas cosas que le hacían recordar a Sofía. Aunque había hecho el esfuerzo de olvidarla, a veces se preguntaba qué sería de ella, si seguiría con aquel chico o habría vuelto a Mallorca, o tal vez estaba sola allí, en su casa de la planta trece, o puede que viviendo en otro lugar de Málaga.

**«¡Hola, soy Sofía! En este momento estoy ocupada, deja tu mensaje al oír la señal. Gracias:**

*Mensaje 1: Hola Sofía, soy Paula, hace bastante tiempo que no sé nada de ti. Tengo algo importante que contarte. Llámame.*

*Mensaje 2: Hola Sofía, soy Paula otra vez, es que lo mismo mi mensaje ha sonado muy serio y me preocupa que pienses que ha pasado algo malo...*

*no es nada malo, todo el mundo está vivo y no hay enfermos a la vista, al menos que yo sepa. Llámame cuando puedas ¿vale? Un beso.*

*Mensaje 3: No-le-so-por-to... si no me gustase tanto le enviaba ahora mismo a freír espárragos. ¿Por qué se envía a la gente a freír espárragos? Nunca me lo había preguntado. ¿Y qué hago yo contándole esto a un contestador? ¿Tú crees que me estoy volviendo rarito? Venga, levántate, enciende el teléfono, me apetece hablar con alguien... Si lo enciendes y me llamas en cinco minutos te invito a mi casa a desayunar churros, ¿hay trato? Si la respuesta es sí no olvides traerlos.*

*Mensaje 4: Sofía hija, son las doce, ¿se puede saber qué haces con el teléfono apagado? Te llamaba para preguntarte si te encuentras mejor, llámame cuando escuches esto».*

Sofía trató de incorporarse cuando escuchó el último mensaje, pero una fuerza implacable que le presionaba cada músculo le impedía hacerlo. Tenía mucho frío y decidió quedarse cobijada en el refugio de su cama. No le apetecía contestar ninguna de las llamadas, su cuerpo sólo le pedía dormir.

Durante aquellos meses su vida había sufrido un estado de constantes altibajos. Por un lado estuvo el viaje a Mallorca en Navidad. Fue un regreso que se debatía entre el deseo de reencontrarse con los suyos y la angustia que le producía enfrentarse al asunto de Paula y Alex. Al final todo fue mejor de lo que esperaba. No se encontró con los dos juntos como ella pensaba que sucedería; primero quedó con su amiga y hablaron largo y tendido sobre su relación de amistad y la forma en la que había influido aquella noticia. Aunque trataron de comportarse como lo hacían siempre, con la complicidad y la confianza que habían cosechado desde pequeñas, no lo consiguieron. Cada una se marchó pensando por su cuenta que quizá con el tiempo acabarían acostumbrándose a la nueva situación y todo volvería a ser como siempre. Cuando quedó con Alex iba más temerosa por si al verlo algo volvía a renacer. No ocurrió tal cosa. Suspiró aliviada al notar que se sentía cómoda, ya había solucionado las cosas con Paula y ahora se confirmaba, con más fuerza, que la relación entre ellas sólo necesitaba algo más de tiempo. Decidieron que Alex se quedaría con la casa, se sentía bien en Málaga y no tenía claro cuánto tiempo viviría allí. Cuando decidiese volver ya buscaría otra cosa, y tampoco se podía permitir pagar un alquiler y una hipoteca.

Aquella disposición del inmueble era la más acertada para ambos.

El regreso a Málaga después de las vacaciones navideñas fue una etapa rara, se sentía como si el motivo que la empujó a viajar allí ya hubiese expirado, y no quedara razón para mantenerse en esa ciudad. Pero si meditaba la opción de volver, también se sentía extraña, no le apetecía regresar para vivir con sus padres ni se veía haciendo una vida independiente en Mallorca. Luego estaba Manu, y Andrés que desde su traslado a Málaga se había convertido en otro buen amigo. Entre ellos dos siempre estaban como el perro y el gato, y cuando se enfadaban, cada uno por su cuenta, la llamaban para desahogarse. Eso a veces la traía de cabeza porque, sin quererlo, terminaba posicionándose, y en ocasiones le tocaba pagar más de un plato roto. Pero se divertía muchísimo con ellos, y no había vuelto a sentirse desplazada, todo lo contrario, ahora era como si tuviese ración doble: cuando no estaba uno, podía disponer del otro. De vez en cuando también salía con alguna compañera de trabajo. En líneas generales, su vida en Málaga le encantaba, solo tenía que reposar sus emociones cuando le venían del revés y volverlas a poner en orden para sentirse bien y, sobre todo, olvidar las razones que la llevaron hasta allí.

De Jaime no había vuelto a recibir noticias y, lo más raro de todo, jamás habían vuelto a coincidir. Con la que creía su mujer se encontraba de vez en cuando, pero sólo cruzaban un hola o adiós. Le repateó cuando cotilleando en el buzón, leyó: Señores de González López «¿Se puede ser más estirado?», pensó, y decidió pasar página con aquel tipo que, como dijo Manu, al fin y al cabo sólo había pasado de refilón por su vida.

Un timbrazo insistente despertó a Sofía y la obligó a salir de la cama. Estaba empapada en sudor y salió tambaleándose. No sabía ni qué hora era y a duras penas razonó en qué día estaba.

—Pero Sofía, ¿por qué no coges el teléfono? —preguntó Manu a una Sofía envuelta en el edredón de su cama.

—Estaba durmiendo, me encuentro fatal ¿qué hora es? —Manu cerró la puerta y siguió a Sofía hasta el salón con el teléfono en la mano, buscando en su agenda de contactos.

—Las dos. Vístete que nos vamos al médico. Mientras tanto llamo a tu madre que me ha enviado a ver si te había pasado algo.

—Tenía que haberla llamado pero no tenía fuerza. Creo que estoy griposa, me duele todo el cuerpo. Me voy a dar una ducha templada y me tomo un paracetamol mientras hablas con ella. Paso de ir al médico así que

no me la pases porque si no me va a dar la brasa con que vaya.

—Pues yo me quedo aquí por si te encuentras peor, Andrés cuando cierre vendrá para acá, le he dejado un recado. Voy a preparar algo para comer mientras te duchas.

—Pide pizza o lo que te apetezca, no vas a encontrar ingredientes para cocinar, ayer iba a hacer la compra y no pude, ya me encontraba mal. Yo no tengo hambre de todas formas —contestó ella en voz alta desde el baño.

Manu, tras hablar con la madre de Sofía, se dirigió a la cocina a mirar si podía aprovechar algo de la despensa y evitar así pedir comida basura. Las opciones eran muy limitadas o más bien imposibles hasta para el más improvisador de los chefs del planeta. Sofía sólo tenía en su despensa: una bolsa de patatas fritas donde ya sólo quedaban migajas en el fondo, un paquete de seis bolsas de palomitas para microondas y una lata de cacahuets con miel. En el siguiente estante había un paquete de galletas rellenas de chocolate, cereales integrales con chocolate, cereales no integrales, cereales con frutos rojos, cereales de arroz con chocolate, cereales de trigo inflado con miel, bolas de cereales, copos de avena, y una bolsa de gominolas; no quería ni imaginar qué harían allí mezcladas entre los alimentos de desayuno. En la nevera sólo quedaban tres huevos de dudosa caducidad, cuatro yogures 0% materia grasa, un litro de leche desnatada a la mitad y seis latas de Coca-cola light.

—He pedido una pizza —informó Manu cuando Sofía entró en el salón—. ¿Se puede saber por qué tienes tantas cajas de cereales diferentes? ¿Formas parte de algún experimento catador del supermercado?

—Es que me aburro de los mismos y voy variando. También los mezclo.

—¿Y para qué lo compras todo light si luego te pones hasta arriba de patatas fritas y guarrerías?

—Manu, ¿te he dicho alguna vez que eres un plasta? —se acomodó en el sofá junto a él—. ¿A qué venía tu mensaje del contestador?

—El maniático de Andrés, como trabaja los sábados, le da rabia que yo me quede en la cama remoloneando y se pone a hacer ruido, o a preguntarme lo primero que se le ocurre para despertarme. Con lo a gusto que vivía yo solo. ¡Qué envidia me das! Yo creo que las parejas ganarían mucho si viviesen en casas separadas, ¿te imaginas?

—No digas tonterías, qué aburrimiento. Vivir solo está muy bien para de vez en cuando, pero siempre, siempre, es un rollo.

—¿A ti te gustaría vivir en pareja?

—A mí ahora mismo me gusta vivir así, tampoco llevo tanto tiempo viviendo sola. Por cierto, ¿qué te ha dicho mi madre?

—Que habían ido a comer con tus tíos y que a la vuelta te llamaba, también que te llevase a rastras al médico porque me ibas a decir que no seguro.

—¡Qué pesada! —dijo Sofía, a la vez que escuchaba el timbre del teléfono en el cuarto—. Ahí la tienes de nuevo.

—Hola Paula, perdona que no te haya devuelto la llamada, me acabo de levantar con fiebre, creo que es gripe.

—No te preocupes, no pasa nada. Si quieres te llamo en otro momento, ¿no has ido al médico?

—Me acabo de tomar un paracetamol, ya se me pasará —volvió del cuarto con el teléfono y se sentó de nuevo en el sofá. Manu en ese momento cogió el mando de la tele y se puso a hacer zapping—. ¿Qué era eso tan importante que tenías que contarme?

—¡Me caso en agosto!

—¿En serio? ¡Qué bien, Paula, cómo me alegro! —a Sofía comenzaron a pasarle por la cabeza las imágenes de su atropellada pedida de matrimonio, pero no de forma directa con Alex justo enfrente, y ella montando el numerito del bicho; eran las imágenes del día que se lo contaba a Jaime, y él paraba de caminar para reírse a sus anchas, cuando hicieron aquella absurda apuesta de una cena a quien ganase con la historia más escabrosa. Se dio cuenta de que ahora aquellos recuerdos ya no pertenecían a un pasado con Alex, sino a un pasado con Jaime.

—Vendrás a la boda ¿verdad?

—No me la perdería por nada del mundo —y sintió que en aquellas frases daban un pasito más entre ellas.

—Estoy más nerviosa... ¿tú crees que en cuatro meses me dará tiempo a organizarla? Queremos algo sencillo, por lo civil, y sólo con los más allegados.

—Pues claro que te dará tiempo, y si necesitas algo que yo pueda hacer desde aquí...

—Me encantaría que me ayudases a elegir el vestido, te puedo enviar fotos con las pruebas.

—Eso me encantaría, pero podemos hacerlo directamente, en semana santa voy, si te esperas un poco puedo acompañarte.

—Pues claro que te espero. De momento te envío algunos enlaces por correo con fotos que he visto.

—¿Ya has visto fotos, pero cuándo te lo pidió? —Manu acababa de intuir la conversación y apagó directamente la televisión con los ojos abiertos como platos.

—¡¡Anoche!!

—¡Eres incorregible!

Cuando colgó el teléfono le contó todos los detalles de la conversación, tanto las palabras como lo que bailaba por su cabeza.

—¿Cómo te sientes?

—Me siento bien, de verdad, creo que hasta me ha bajado la fiebre.

—¿A ver? —se acercó a tocarle la frente—. Pues sí, te ha bajado. Eso es que ya te ha hecho efecto el paracetamol.

—¿Te puedes creer que cuando me lo ha contado, en vez de sentir nostalgia o algo parecido, me he acordado de Jaime?

—¿Y eso, pensaste alguna vez en casarte con él?

—¡No, idiota! Me ha recordado a cuando nos contamos nuestra vida, no sé, es raro.

—No habías vuelto a hablar de él, creí que le habías olvidado.

—Yo también, pero hay cosas que me lo recuerdan, son tonterías y sólo ocurre de vez en cuando. ¿A ti te parece normal?

—Lo que me parece es que te gustó mucho y que, aunque te decepcionó, no consiguió desencantarte.

—¿Y no es muy raro que ya no le vea?

—No sabía que ya no le veías, pensaba que simplemente habías pasado página y no hablabas de él.

—Es como si se le hubiese tragado la tierra. A veces, cuando me cruzo con María me dan ganas de preguntarle por él, por si le ha pasado algo.

—¿Y qué le va a pasar?

—Pues no sé. Un día se me ocurrió la posibilidad de que podría haberse separado de nuevo, y marcharse él del piso en vez de ella.

—Yo no lo creo pero de todos modos eso es muy sencillo de averiguar, pregúntale al portero.

—¿Y qué le pregunto?

—Pues algo así como: hace mucho que no veo al marido de la del piso tal, ¿no estará enfermo?

—Pero me va a tomar por una cotilla de esas de vecindario.

—Y a ti eso qué más te da. Aunque de todas formas... ¿qué pretendes averiguándolo?

—No lo sé, pero tengo curiosidad.

—¿Volverías a quedar con él después de lo que pasó, confiarías en él?

—No lo sé, Manu, lo mismo le veo y me viene ese asunto a la cabeza, y paso de él, pero por otro lado es como si me hubiese perdido algo. ¿Recuerdas que una vez en la playa me dijiste algo así como: por perder el tiempo con Alex puede que te hayas perdido a alguien especial? Pues así me siento con lo de Jaime, como si estuviese desaprovechando el tiempo.

Aquel sábado Jaime se encontraba en su antiguo barrio. Como hombre de costumbres fijas, y después de tantos años, no tenía intención de cambiar de peluquero. Solía cortárselo cada tres meses y le gustaba hacerlo en sábado para poder ir por la mañana, desayunar fuera y, si hacía buen tiempo, dar una vuelta por el paseo marítimo. Antes de llegar aprovechó para comprar el periódico, por si le hacían esperar. La peluquería estaba abarrotada de señoras. Le gustaba más aquel sitio cuando lo regentaba el antiguo propietario y no era unisex, tenía menos ruido por la ausencia de secadores y las conversaciones eran muy distintas. Por lo menos había conservado a su peluquero habitual, que al fin y al cabo era lo más importante para él. No era dado a hablar con el personal, se limitaba a echar una ojeada al periódico y a indicarle al profesional lo que deseaba; y ya ni eso, porque en cuanto tomaba asiento y Juanito le preguntaba «¿Como siempre?», él solamente tenía que decir «Sí».

Al terminar dio un paseo por el barrio. Cuando pasó cerca de su antiguo edificio, echó un vistazo hacia arriba y miró aquel bloque con nostalgia. Había pasado mucho tiempo, y se sorprendía al notar que alguien que había pasado por su vida como de soslayo, le hiciera sentir una punzada recordando.

El lunes Sofía se sentía en plena forma y al salir del trabajo se acercó al conserje con una sonrisa.

—¡Hola, buenas tardes!

—¡Buenas tardes! ¿Puedo ayudarla en algo?

—No, no quería nada en concreto, bueno sí... es que... a ver cómo le digo yo esto... Es que...

—Buenas —dijo la antigua vecina de Jaime, que acababa de entrar al portal cargada de bolsas.

—Buenas, señora Remigia.

La señora dejó un momento en el suelo las bolsas y abrió su buzón, más pendiente de lo que el conserje y Sofía se traían entre manos que del contenido de éste. Sofía, al verla aparecer en escena, cayó en la cuenta de que nadie mejor que aquella vecina podía informarle sobre el asunto.

—¿Me va a decir ya lo que quiere, señorita? No tengo todo el día —intervino el conserje, viendo que Sofía no se decidía y le prestaba más atención a la anciana del buzón.

—No se preocupe no era nada —le contestó, acercándose a la vecina con una sonrisa—. ¿Quiere que le ayude a subir las bolsas?

La anciana se quedó sorprendida por aquella amabilidad repentina por parte de Sofía. Desde aquel incidente de las llaves, cuando se encontraban en el ascensor se saludaban con cierta aspereza.

—No te preocupes si ya en el ascensor suben solas —contestó la señora, sin hacer amago de coger las bolsas y esperando que Sofía cumpliera con su ofrecimiento.

—Voy para arriba también, no me cuesta ningún trabajo ayudarla —le dijo Sofía, cogiendo las bolsas y caminando tras la vecina, que ya había tomado la delantera pulsando el botón del ascensor. Sofía no perdió un segundo para comenzar a saciar su curiosidad—. ¿Y qué tal son sus vecinos de al lado?

—A mí no me vengas con chismes ¿eh? Que yo no soy de esas que van por ahí poniendo verde a los vecinos.

—No, ni yo, ni yo... era por decir algo. Es tan incómodo subir en los ascensores sin conversación que una no sabe por dónde salir del paso. «Tenía que haberle preguntado al portero, como me recomendó Manu».

—Pues no sé qué decirte, pero... a mí él no me la da.

—¿Él no se la da? ¿Quién? ¿Su vecino? ¿Por qué? —preguntó Sofía con impaciencia, y al darse cuenta de la metedura de pata intentó suavizarlo—. Le pregunto como antes, por decir algo, que no tengo ningún interés así especial en la vida de ningún vecino.

—A mi marido tampoco. Son muy educados, las cosas como son, pero también son bastante estirados. No sé qué se habrán creído, ya ves tú... Pero

vamos que yo no hablo mal de nadie. Cada uno en su casa que haga lo que quiera.

—¿Entonces viven juntos?

—Claro, son matrimonio, aunque... bueno me voy a callar que luego todo se sabe.

«¿Aunque qué? ¿Cómo le da por callarse ahora? ¿Qué puedo preguntarle?»

—¿Tienen hijos?

—No, hijos no. Y menos mal porque bastante ruidosos son ellos ya, si encima tuvieran hijos... Su dormitorio está pared con pared con el mío y ni te imaginas lo que tenemos que oír... —le comunicó, acercándose al oído de Sofía y bajando un poco la voz.

—¿Qué oyen? «¿Y para qué le pregunto? Ya puedo hacerme una idea de lo que oirán».

—Pues hija, de todo. Una es muy decente para andar contando esas cosas, pero... ya podrían recatarse un poco. ¿Y tú, hija, tienes marido?

—No, yo vivo sola.

—Pues ya estás en edad de recogerte ¿no? Pero a ver si tienes suerte y das con un muchacho bueno. Hoy en día todos son unos golfos.

—Ni que lo diga...

—¿Has tenido algún golfo?

Sofía pensó que debía desviar a aquella señora de la conversación, no le apetecía darle ninguna información sobre su vida privada.

—No. Yo no he tenido golfos ni tengo novio ni nada. Estoy bien como estoy.

—¿Eres religiosa, niña? Podemos ir juntas a misa de ocho si quieres.

—No, no, gracias. Bueno esta es su planta.

—¿No me acompañas hasta la puerta? Anda hija, ya que has sido tan amable. Con la artrosis me cuesta coger las bolsas con los dedos. ¡Mira como los tengo!

A Sofía le entraron los siete males. Le ponía nerviosa bajarse en aquel rellano, y más ahora sabiendo que Jaime podía estar allí haciendo ruiditos en la habitación. Si de pronto salía por la puerta ¿cómo iba a reaccionar? Aunque en el fondo le apetecía que sucediera para ver qué pasaba. Pero al instante cambiaba de opinión y deseaba todo lo contrario. En un momento habían comenzado a lloverle todos los recuerdos de golpe.

—Bueno, se las acerco a la puerta y me voy corriendo que tengo prisa.

—¡Qué prisa ni prisa! Pasa y te tomas un cafetito con nosotros —le indicó mientras abría la puerta y se metía hasta la cocina. Sofía no tuvo otro remedio que seguirla y cerrar la puerta tras ella. El marido a los pocos minutos apareció en escena.

—Mira Pepe, esta es la vecina aquella de las llaves. Es toda una señorita y me ha acompañado a subir las bolsas. Ya no quedan jóvenes así ¿verdad Pepe? —él no contestó, se limitó a mirar a Sofía con desconfianza y volvió a esfumarse por el mismo pasillo por donde había aparecido—. Estos hombres con la edad se van volviendo cada vez más raritos.

—Bueno señora, yo me voy a tener que ir porque...

—Remigia, me llamo Remigia —la interrumpió— pero todo el mundo me llama Remi. ¿Y tú, niña, cómo te llamas?

—Yo Sofía.

—Es un nombre precioso. ¿Te lo pusieron por algún familiar?

—Por mi bisabuela.

—Ahora ponen a los niños unos nombres más raros. A uno de los niños que viven aquí enfrente, al más chico, le han puesto Ariel, como el detergente ¿a ti qué te parece?

Sofía pensó que ya que estaba allí perdiendo el tiempo acompañada de una señora que, aunque lo negaba, estaba ansiosa por desvelar los secretos de aquel edificio o simplemente por tener algún tipo de conversación con alguien; lo mejor era entregarse de lleno al cotilleo y retomar su tema.

—¿Le puedo hacer una pregunta, Remigia?

—Pues claro, todas las que quieras.

—¿No ha notado que últimamente no se ve mucho al marido de la vecina de aquí al lado? ¿Estará enfermo? —ya imaginaba que no lo estaba, pero era una forma de retomar su caso. En ese momento Pepe volvió a aparecer en la cocina y se sentó frente al café que Remigia le había preparado. Sofía y su mujer también estaban sentadas a la mesa tomando el suyo.

—Según dice Jacinto, el conserje, el marido viaja mucho por cuestiones de trabajo. Se tira largas temporadas fuera —contestó Pepe con un tono rudo y sin levantar los ojos de la taza.

—¿Tú le conoces, Sofía? —preguntó con curiosidad Remigia.

—¿Yo? No. Bueno de vista, del ascensor y eso.

—A mí me da que ese señor no es trigo limpio. Lo mismo es traficante o algo raro —afirmó Remi, bajando considerablemente la voz y haciéndose la

interesante con su información—. Aunque mi Pepe dice que ese lo que tiene es otra por ahí, porque cuando vuelve viene cargadito de regalos, y para mí que eso lo hace para compensar a la mujer.

—A mí no me metas en chismorreos, Remi, que te lo tengo dicho. Lo que se dice en casa en casa se queda. Así que punto en boca —se levantó de la mesa dejando la taza vacía encima del mantel, y desapareció con la misma parsimonia con la que había entrado.

—Bueno, Remigia, muchísimas gracias por el café. Ya no la entretengo más y me voy que tengo prisa.

—De nada, hija, aquí tienes tu casa para lo que te haga falta.

Sofía subió algo desanimada. Se había entregado demasiado pronto a aquella hipótesis de una posible separación y, junto a aquella suposición, acababa de esfumarse la esperanza de un posible “tal vez” entre ellos. Aunque pensaba que era mejor así, teniendo en cuenta la información que le habían dado, con los constantes viajes que estaba realizando por trabajo, no le merecía la pena remover aquella historia. Conocía de primera mano el tipo de viajes que hacía Jaime por trabajo. Tenía toda la pinta de que había vuelto a las andadas y puede que aquel señor no estuviera tan desencaminado.

## CAPÍTULO 12

Algo se nos ocurrirá

Se quedó mirándoles embobada, sin entender por qué aquel hombre, a quién habría visto en contadas ocasiones por allí, llevaba a María de la mano. Algo raro estaba pasando y a ella de pronto se le ocurrían ideas sin sentido o puede que con mucha más lógica de lo que pensaba. Se acercó al mostrador donde Jacinto charlaba tranquilamente con el marido de Remigia.

—Necesito que me hagan un favor.

—Y dos si quieres, guapa, para eso estamos —contestó enseguida el señor Pepe, con una sonrisa que mostraba una dentadura de porcelana mal ajustada, y una amabilidad que, desde luego, Sofía no esperaba.

Era la hora de cerrar la portería, y el conserje aprovechó que Sofía le había liberado del palique de aquel vecino, para rematar sus quehaceres: recoger los crucigramas y echar el cerrojo.

—Ahí les dejo. ¡Hasta mañana!

—Adiós, Jacinto, otro día seguimos. «Aprovechando que la Remi está en misa voy a ver si me entretengo un rato con esta buena moza».

—Espere, no se vaya, necesito pregunt...

—No, mujer, déjale que se vaya que bastantes horas se tira aquí. Ya estoy yo para hacerte el favor y todo lo que te haga falta —la interrumpió el vecino, mientras Jacinto se alejaba por el pasillo como si no fuera con él la cosa.

—Ese hombre que acaba de salir de la mano con su vecina de al lado... ¿se puede saber quién es?

—Pues quién va a ser, su marido. ¿Cuáles son esos favores que necesitas? Me ha dicho la Remi que vives sola ¿no tienes novio?

—¿Desde cuándo?

—Nada más irte por la puerta, el día que tomaste café en casa. ¿Y cómo es posible que no tengas novio? Madre mía si yo pillara tu edad...

—Digo que desde cuándo es su marido. «¿Cómo va a ser su marido?».

—Ay, niña, y yo qué sé. Esos dos ya vinieron casados al bloque. «¿Y por qué se interesa ésta tanto por el soplagaítas ese? ¿Habrán tenido algo? Menudo golfo está hecho. Ese se la ha beneficiado seguro. Qué suerte tienen

los jóvenes de hoy».

—¿Pero qué hacen viviendo en esa casa? «¿Y dónde está Jaime?»

—Es de ellos, la compraron el verano pasado. «Y si tú te dejaras te haría una buena muestra de lo que esos hacen viviendo en esa casa».

—¿Y el anterior propietario? Jaime, ¿le recuerda? ¿Dónde está?

—Claro que le recuerdo. Les vendió la casa y se marchó. «Pues vaya chavala más preguntona. ¿Será que es el otro quien le interesa?»

—¿Pero por qué la vendió? —a Sofía comenzaron a agolpársele todas aquellas postales que no había leído. «¿Seré imbécil?». Comenzó a dar insistentemente al botón del ascensor que alguien debía de tener retenido en alguna planta.

—No lo sé, niña, eso no se lo pregunté, a mí los chismes no me van. Pero la Remi dice que como se separó... pues que vendieron la casa, no la iban a partir por la mitad. Si quieres puedes contarme lo que...

—¿Y no dejó un teléfono, una dirección... algo? —preguntó Sofía sin escucharle y cortando su frase.

—A mí no, desde luego. Pero Jacinto le pasaba su correo a mi vecina, lo mismo ella sí la tiene, como le compró el piso... ¿Eso era todo lo que querías saber? —le preguntó a una Sofía ensimismada, antes de que se cerrasen las puertas del ascensor y desapareciera de su vista.

Sofía pulsó varias veces el botón de su planta. El trayecto se le hizo eterno mientras caminaba de un lado a otro o más bien daba vueltas, por el corto espacio del habitáculo. Entró en casa y dejó el bolso tirado en la entrada. Una vez en su dormitorio se descalzó y, con la ayuda de una silla, subió al altillo del armario. Allí, atadas con una cinta, encontró las postales. No pudo deshacerse de ellas y simplemente las había escondido de su vista. Se sentó en la cama y comenzó directamente por donde se había quedado.

Málaga, 20 de agosto de 2010

Esta mañana he compartido el ascensor con una vecina que ha bajado en el décimo. Mientras subíamos me ha mirado de reojo en dos ocasiones, me pregunto si habrá llegado a la misma conclusión que tú, la primera vez que nos encontramos. Ella, a simple vista, está bastante bien... Estoy pensando que si hoy no recibo noticias de Sofía, la siguiente postal se la enviaré a ella, puede que obtenga mejor resultado.

Besos, Jaime.

Pd: Está bien, seré sincero, la vecina del décimo era una señora de entre setenta y ochenta años, pero aunque hubiese sido una modelo de Victoria Secret, no me hubiese parecido tan interesante como aquella chica que subió aquel día con unos vaqueros y una camiseta rosa, y se me quedó mirando como un búho.

«¿Serás mentiroso? ¡Dijiste que no recordabas la primera vez que nos vimos! Es una pena que haya ocurrido esto, a estas alturas me habrías parecido tan encantador que quizá hasta me habría atrevido a llamar a tu puerta para esa explicación en persona».

Málaga, 21 de agosto de 2010

Después de tantos días escribiéndote, he llegado a la conclusión de que puede que cuando leas estas cartas yo ya no esté. Vendí mi casa. De ahí el motivo principal de esta retahíla de correspondencia y de no esperarte sin más. A parte de que no quería dejar enfriar lo nuestro ni marcharme así. Mi casa llevaba puesta a la venta desde mi separación y, por fin, lo hemos conseguido. El día 31 tengo que dejarla libre. Será raro vivir en otro sitio, no me gustan los cambios y éste menos ahora.

Besos, Jaime.

«¿Y dónde vives? ¿Lo nuestro? ¿Has dicho lo nuestro? ¿Qué es lo nuestro? ¿Había un lo nuestro? ¿Nuestro significa lo mismo en tu idioma que en el mío? ¿Seré idiota? ¿Por qué no seguí leyendo?».

Málaga, 22 de agosto de 2010

Ayer comenzó la cuenta atrás, me quedan nueve días para abandonar mi casa. Ahora se parece a como decías que era la tuya, con la diferencia de que no tengo las cajas abandonadas en la terraza, aquí están por todas partes. ¡Cómo puedes ser tan desastre! ¿Lo dijiste en serio, aún tenías todas esas cajas después de tanto tiempo? Podemos hacer un trato: tú me libras de mis supersticiones y yo te libero de ser un desastre... aunque pensándolo mejor... retiro el trato, creo que eso acabaría con Sofía, y ella me gusta así, con sus cajas, sus ocurrencias y todo lo demás que, por cierto, me apetecería conocer.

Besos, Jaime.

Pd: ¿Cómo es posible que sigamos sin noticias de Sofía?

Sofía se levantó de la cama y se fue al salón con las postales, no sabía si seguir leyendo o dejarlo otra vez. Cada frase, cada palabra, le hacían sentirse culpable por haberle prejuzgado y, sobre todo, le hacían sentirse ridícula por haber identificado a aquella mujer como María. Haber creído en sus propias estupideces en vez de en él que, desde el principio de sus letras, le advirtió que traía la verdad por delante. En aquel momento hubiese preferido no seguir leyendo. Sabía que a partir de ahora todo lo que leyese le iba a hacer daño. Había pasado demasiado tiempo desde que cerró aquella puerta y era consciente de que, a estas alturas, aquello tenía poco arreglo. Además ¿cómo iba a encontrarle? Decidió seguir leyendo, se lo debía al menos.

Málaga, 23 de agosto de 2010

¿Recuerdas que te dije que yo no te invité al flamenco, que mi intención era regalarte las dos entradas?

«¡Lo sabía, no me auto invité! ¿A qué no?».

No esperes que te vaya a decir que no era cierto, por ese lado tú diste por hecho que te invitaba a ir conmigo, aunque sé que te sentó fatal cuando lo supiste.

«¡Es que aún sigo sin creerte!».

Lo que sí te digo es que no intenté dárselas a nadie más. Me acordé de ti directamente y subí encantado con la idea de regalártelas, y reconozco también que bajé más contento aún con la invitación de ir contigo. ¡Ale, ahí lo llevas!

Besos, Jaime.

«Mira listo, ibas encantado de la vida porque en el fondo querías invitarme y no sabías cómo... a mí me la vas a dar ya».

Málaga, 24 de agosto de 2010

Esta mañana estaba en el supermercado y de repente me ha venido tu

perfume. Me he puesto a olisquear disimuladamente a todas las que he encontrado por allí cerca, pero no he conseguido encontrar a la propietaria. ¿Eras tú? Empiezas a preocuparme. ¿No estarás jugando conmigo? Te creo capaz de muchas cosas recordando cómo jugabas con mi paciencia en aquella mesa, pero no te perdonaría que estuvieses leyendo mis postales y haciendo la del gato y el ratón. Si vas a perdonarme, hazlo. Si no te fías de mí, permíteme explicarte. Pero no seas fría a propósito, no es divertido.

Besos, Jaime.

Pd: No sé por qué, pero hoy estoy especialmente cabreado y no encuentro mi sentido del humor por ninguna parte, lo mismo quedó encerrado en una de las cajas de la mudanza, encima olvidé etiquetarlas... Sin noticias de Sofía ni de mi sentido del humor, espero que no estéis juntos celebrándolo.

«No, aunque me habría gustado emborracharlo, a ver qué información podía sacarle».

Málaga, 25 de agosto de 2010

Cada día que pasa me siento más ridículo con lo que estoy haciendo, aún así me he propuesto no tirar la toalla, total, ya sólo me quedan seis días. ¿De qué podría hablarte hoy? ¿Qué te gustaría saber?

«¡Todo!».

Voy a tratar de dibujar un perfil de Jaime: es demasiado serio a veces, no le gusta que le tomen el pelo (a nadie pensarás, pero a él le repatea hasta que lo intenten). Le gusta salir y entrar a su aire, odia que le controlen. No le gusta ningún deporte, ni practicarlo ni verlo por la tele, aunque no tiene más remedio que mantenerse en forma para sentirse bien, y se obliga a ir al gimnasio. No tiene hobbies así raros, le gusta leer y hacer zapping todo el tiempo (ha llegado a ver dos películas a la vez, más un programa de viajeros por el mundo).

«¡Qué estrés por Dios! yo no te soportaría... no tendría más remedio que tirar el mando por la ventana».

Odia las porquerías tipo golosinas, pero le encantan los helados y los

donuts de azúcar. No entiende por qué la gente come palomitas o cualquier otra cosa en el cine.

«Pues es muy fácil de entender... simplemente es imprescindible».

Pasear por la playa en solitario le gusta casi más que hacerlo en compañía. Y un descubrimiento que ha hecho últimamente: le encanta hablar contigo, estés o no.

Besos, Jaime.

«Y a mí... Lo peor de todo es que sólo me quedan seis, y no quiero que se acaben, pero a la vez quiero devorarlas. ¿Crees que habrá alguna forma de arreglarlo? Porque a mí me encantaría comenzar de cero. Alucinarías si te dijera que si pudiera pedir un deseo, volvería al último día y no te dejaría darle a tu botón. Sí, eso haría. Justo con lo que hace meses me llevaba las manos a la cabeza y me hartaba de decir que ¡menos mal que te descubrí a tiempo! Hay veces que el tiempo no sólo cura las heridas, también los principios. ¿Quieres algo nuevo de Sofía? pues aquí lo tienes, recién salido del horno».

Málaga, 26 de agosto de 2010

Hoy ha sido la firma de la venta de mi casa y la entrega de llaves, así que, oficialmente, ya no somos vecinos. Ahora soy un ocupa que con el permiso de los propietarios, está terminando de recoger y meter su vida en cajas para llevárselas a otra parte. Aún no tengo casa, hasta el treinta no me la entregan. Soy un sin techo en toda regla. Cuando me la den, viviré en la última planta, es un octavo. El barrio es muy tranquilo, de nueva construcción, apenas hay tiendas, ni bares, ni vistas al mar, ni vecinas peligrosas por el ascensor (de momento). Echaré de menos este sitio.

Besos, Jaime.

«¿Y no me vas a decir dónde vas? No serás tan idiota ¿verdad?».

Málaga, 27 de agosto de 2010

Estoy convencido de que ya no tendré noticias tuyas, intuyo que estarás de vacaciones hasta final de mes. Ayer me asomé por la ranura de tu buzón y

vi que está muy lleno (el conserje me vio asomarme, ya no me mira raro, me mira con mala leche, muy mala leche, ¿habrá descubierto que soy un sin techo?). El dato de tu buzón me deja más tranquilo, me agrada saber que no eres un témpano de hielo.

«¿Seguirás pensando lo mismo ahora? ¿Qué pensarás ahora? O mejor dicho ¿pensarás todavía en mí?».

Me pregunto varias cosas: la primera es qué pensarás cuando veas tu buzón lleno de postales mías, ¿pensarás que me he vuelto un chiflado? La segunda es ¿qué harás con mis postales, tirarlas nada más entrar por la puerta, leerlas según las cojas, las ordenarás?

Besos, Jaime.

Pd: No tengo noticias de Sofía, pero vivo más tranquilo gracias a su buzón.

«Ya ni me acuerdo de lo que pensé ese día, pero desde luego nunca imaginarías lo que hice con ellas ni que a fecha de hoy aún estoy leyéndolas».

Málaga, 28 de agosto de 2010

Me quedan sólo cuatro postales y aún no te he hablado sobre aquel día, creo que debo empezar ya, no hay mucho espacio aquí y no quiero marcharme sin resolverlo.

Sí, salía con Susana cuando me conociste. Al marcharse María de mi vida continué mi relación con ella. Ya te expliqué en su día que Susana me gustaba y me sentía bien con ella. Ninguno de los dos teníamos intención de comprometernos, era algo sencillo, nos apetecía estar juntos pero cada uno con su vida. Poco a poco la relación fue sumando peldaños, habíamos adquirido cierta cantidad de obligaciones entre nosotros. Cuando te conocí, estábamos sentados en mitad de una escalera: uno estaba loco por bajar y que todo volviera a ser como al principio; y el otro por seguir avanzando. Imagino que a estas alturas ya sabes quién era quién.

Besos, Jaime.

«Lo que imagino es que te agobia el compromiso. Puede que esperase algo así como: entonces me di cuenta de que no sentía nada por ella. Pero lo

que has dicho ha sido que estabas loco por bajar de una escalera y que todo volviera a ser como al principio. En definitiva, Jaime, eres un tío de comienzos, te asustan los finales, por ello vas hilando las relaciones unas con otras ¿no?».».

Málaga, 29 de agosto de 2010

El primer día que salimos juntos (esta vez hablo de ti) algo se removió dentro de mí, no sólo lo noté yo, de hecho yo fui el último en darme cuenta, aunque no en sentirlo. Era como si de pronto, una baldosa de mi vida que siempre me hacía tropezar por estar mal encajada, apareciese ahora en color fosforito para que me fijase y reparase tal efecto.

«Este hombre es más rebuscado que yo con las metáforas, ¿se puede saber qué ha dicho? Voy a leerlo de nuevo porque me he quedado en la primera frase».

Iré al grano porque veo que me quedo sin espacio. Terminé con Susana tres días antes de nuestra segunda y última cita. Debí decírselo antes pero me faltó el valor, sabía que iba a hacerle daño y me costó dar el paso. No se lo tomó bien pero lo aceptó o, al menos, eso fue lo que yo pensé aquel día. Obviamente cuando nos encontró en casa, Susana ya no era mi pareja. Se había presentado, según me contó, para intentar recuperar lo nuestro. Pero créeme si te digo que yo en ningún momento jugué a dos bandas. Lo siento, Sofía, siento el mal rato que te hice pasar.

Besos, Jaime.

«¡Mierda, mierda, mierda! Tuve en mis manos la explicación, incluso en mi puerta una hora más tarde, y me negué a escucharla. Te has lucido, Sofía, no has podido ser más estúpida».

Málaga, 30 de agosto de 2010

9:00h. Acaba de llegar el camión de la mudanza, solo me quedan unas horas aquí. Cómo me gustaría que aparecieras de repente, pero ya no confío en que eso vaya a suceder. Mañana vendré a entregar la llave a los nuevos propietarios y dejaré mi última postal. Son gente muy maja, te gustarán.

¿Sabes cómo termina Sin noticias de Gurb? Me pregunto cómo

terminará Sin noticias de Sofía.  
Besos, Jaime.

«¿Cómo coño terminaba? ¿No vas a decírmelo? ¡Mierda! Teníamos que haberlo releído, Manu».

Málaga, 31 de agosto de 2010

Hola Sofía,

Aquí termina mi “postácora”; si ha servido para que me perdones, al menos habrá valido para algo. Entiendo que lo que viste aquel día, unido a mis antecedentes “escabrológicos”, te hicieran salir despavorida. Al principio mi intención era acompañarte al espectáculo sin más, aunque me gustabas, no te voy a engañar. Durante el transcurso de la noche no podía evitar sentirme como imantado al estar cerca de ti, tuve que poner de mi parte para no besarte aquella misma noche. Nunca me había sentido así de atraído por alguien, te sonará a tópico pero a mí me sorprende que tus besos consigan todavía estremecerme, yo creo que incluso crecen por dentro y están adquiriendo vida propia. ¿Tendrías algún remedio de esos tuyos para esto?

Aparezcas o no, te deseo lo mejor, Sofía  
Besos, Jaime.

Pd: Dejo anotado mi teléfono por si decides ponerte en contacto conmigo. Espero que así sea.

Sofía cogió el teléfono y marcó el número de Jaime, pero antes de escuchar el tono de llamada colgó precipitadamente. No podía llamarle así sin más, después de tanto tiempo. Necesitaba pensar detenidamente qué decirle. «Hola Jaime, lo siento, creí que habías vuelto con tu mujer y decidí mantenerme al margen. Pero entonces me preguntará: ¿Y cómo llegaste a esa conclusión? Y yo le contestaré: Pues... porque la vi salir de tu casa. Y el volverá a preguntarme: ¿Y de qué la conoces? ¿No te dije en las postales que la había vendido? Y entonces ya lo acabaré estropeando del todo diciéndole que no terminé de leerlas porque, cuando vi a Barbie Malibú salir de su domicilio, se me nubló la mente sacando mis propias y desafortunadas conclusiones. También puedo inventarme que mi madre se puso enferma y acabo de regresar de Mallorca... Déjalo, Sofía, que tú ya has hecho bastante la idiota, será mejor que busques ayuda experta».

Había organizado una cena en su casa para abordar aquel asunto, requería un plan perfecto. ¿Quiénes mejor para organizarlo que sus mejores amigos? Ellos tendrían las palabras precisas para que ella llamase a Jaime y todo pareciese espontáneo y natural, o al menos eso era lo que ella esperaba. Lo tenía todo listo en la mesa. Media hora antes había bajado a un Wok que se encontraba a la vuelta de su calle, y compró comida para un regimiento; casi que podía llamar también a Remigia, Pepe y el conserje, para tener más mentes pensadoras urdiendo aquel plan. A la hora prevista sonó el timbre de la puerta.

—¿Se puede saber qué celebramos?

—Ni dos besos ni nada, tú como hay confianza...

—Es que se me hace raro que hayas organizado una cena así —y se quedó callado y embobado mirando la mesa—... ¿Has visto esto, Andrés? Ten cuidado que ésta trama algo.

—Vaya despliegue de medios, Sofía, pensaba que no sabías cocinar —comentó Andrés, dando una vuelta alrededor de la mesa.

—Y sigo sin saber, lo he comprado todo hecho. Y sentaros ya porque lo acabo de calentar y al final me lo voy a cargar con el microondas.

—Venga, Sofía, suéltalo, que nos conocemos. ¿Qué te traes entre manos? —espetó Manu mientras ocupaba un asiento.

—Pero ¿por quién me has tomado? ¿Una no puede organizar una cena así sin más?

—¿Así sin más? ¿En tan poco tiempo? No. Como mucho llamas por teléfono y encargas una pizza que viene en caja y no tienes ni que sacar cubiertos; pero organizar una cena con mantel, una copa para el agua, otra para el vino, ¿aros en las servilletas? Sofía, por favor, que tú eres de sacar el rollo de cocina...

—Pero déjala tranquila, Manu, mira que eres quisquilloso.

—La vecina de abajo no es María, ni vive con Jaime; vive con su marido. Jaime les vendió la casa y se marchó de este bloque el mismo día de su última postal. Ahí queda eso, ¿cómo se os queda el cuerpo?

—¡¡La virgen!! —expresó Manu— ¿Cómo sueltas eso sin anestesia?

—¿Y cómo te has enterado? —preguntó Andrés.

—La vi salir con su marido de la mano, le pregunté al vecino de al lado

quién era ese y me lo confirmó. Subí a casa y leí las postales.

—La culpa es tuya, Sofía, mira que odio decir “te lo dije”, pero lo hice, Sofía, te dije que las leyese. ¡Qué rabia! ¿Y qué más te contaba?

—Un montón de cosas preciosas, y que dejó a Susana tres días antes de nuestra última cita, que se coló en su casa aquel día para intentar recuperarle y... ¡Que soy gilipollas! bueno esto no lo dice él, lo digo yo. Me dejó su número de teléfono.

—¿Y?

—No sé qué decirle, no me he atrevido a llamarle.

—¿Qué tal la verdad? —preguntó Manu.

—¿Y que piense que aparte de idiota estoy majara? ¡No gracias!

—Puedes decirle que no te atreviste a leer las cartas en su momento y lo has hecho ahora —se le ocurrió decir a Andrés.

—Eso es de ser todavía más idiota —apuntó Manu.

—¿Y que las tiré pensando que era propaganda?

—Eso no vale —afirmó Andrés—. ¿Cómo habrías conseguido entonces su teléfono?

—¿Y que no habías abierto el buzón?... qué va, han pasado... ¿cuánto? ¿Ocho meses? No cuela —se contestó Manu a sí mismo.

—Tranquila que algo se nos ocurrirá cuando terminemos el vino.

## CAPÍTULO 13

### Un manual

Había vuelto de pasar la Semana Santa en Mallorca. Paula se casaría en agosto y durante aquellas vacaciones no se había hablado de otro tema. Acudió entusiasmada a la primera prueba del vestido que había elegido Paula para la ocasión. Ya lo había visto en las fotografías que le envió del catálogo y, aunque le pareció precioso, no era el que ella hubiera escogido por el corte sirena. Cuando la modista abrió la cortina y la vio aparecer con su melena rubia cogida en un improvisado moño, preguntando con la mirada a las presentes que la observaban embobadas; supo que había elegido el vestido perfecto. «¡Paula se casa!», pensó para sí misma en aquel preciso instante. Cuando se confirmó que aquel paso ya no tenía vuelta de hoja y percibió que todo a su alrededor se movía a una velocidad vertiginosa excepto ella, que parecía quedarse suspendida en otra etapa.

Había evitado encontrarse con Alex a solas, cosa que también él procuraba. Si era incómodo establecer una conversación cuando tenían gente a su alrededor, en los escasos momentos que se quedaban sin compañía, los espacios en silencio podían cortarse en rebanadas. Aunque Sofía se había acostumbrado a la situación, todavía le costaba asumir algunos comentarios de conocidos que, tratando de saciar su curiosidad, recurrían a las comparaciones: «Contigo hacía mejor pareja» o «Parece más feliz ahora, pero sólo lo hace para darte en las narices». Sofía no quería escuchar nada de aquello, le hubiese gustado tener una linterna de esas de la película *Men in black*, y poder borrarles de la memoria que Alex una vez fue su pareja.

Todavía le costaba reconocer en Paula a la amiga inseparable que siempre había sido. Ahora que la tenía delante, mientras la observaba, la veía a mucha distancia de donde ella se encontraba. Aunque no todo venía dado por el paréntesis que había sufrido su amistad, en realidad lo que más le costaba era encontrarse a sí misma allí. En su cuarto faltaban sus cosas, esas que hacen que la estancia tome identidad y te arroje con la mirada del tiempo. Sus padres lo habían pintado y transformado en un cuarto de invitados. Se sentía extraña entre las cuatro paredes que la habían visto crecer. Sí, estaba en casa rodeada de su gente, pero a la vez era como si parte

de aquello ya no le perteneciera. Ahora su hogar se hallaba en un edificio de trece plantas desde donde podía verse el mar, con un ascensor que tenía la capacidad de producirle distintas emociones: cuando se paraba en la planta doce no podía evitar sentir un nudo en el estómago. Y si cerraba los ojos al subir, todavía podía sentir el sabor de un beso que quizá se había quedado allí escondido en algún hueco.

Durante aquella semana desconectó de Málaga y se centró en compartir su tiempo con los suyos. Según se iba acercando el final de las vacaciones notaba cómo comenzaba a impacientarse por volver y, cuando por fin aterrizó, lo primero que hizo fue abrir el buzón de correos. Nada.

—¡Hola Sofía, aún estamos de camino! —contestaron al unísono Manu y Andrés desde el manos libres, volviendo de Valladolid.

—¿Os habéis dado cuenta de que cada vez os parecéis más a mis caseros? ¡Dais pena!

—¡Envidiosa! —volvieron a responder a la vez.

—Pues qué queréis que os diga, para convertirme en una pareja de clones como vosotros... prefiero quedarme soltera de por vida.

—Sin noticias de Jaime ¿eh? —preguntó Manu.

—No es por eso, listillo. Pero sí, sin noticias de Jaime. Tengo una teoría sobre ese asunto. ¿Qué os parece la posibilidad de que no le haya llegado?

—Es imposible que no le haya llegado, Sofía. A no ser que te hayas equivocado de dirección...

—Ahora empiezo a dudarlo, de ahí mi teoría.

—¿Pero no decías que le viste salir de allí? —preguntó Andrés.

—Ya, pero estaba tan nerviosa por si volvía y me pillaba que lo mismo me equivoqué... ¿Y si le envió otro?

—¿Cómo le vas a enviar otro? —preguntó Manu—. Si le ha llegado el anterior pensará que estás desesperada.

—¿Y acaso no lo estoy?

—Ya, pero eso con que lo sepamos nosotros, es suficiente. De todos modos, tampoco tiene por qué contestar ¿no?

—Vosotros lo veis todo muy fácil desde la barrera, pero desde mi lado se pasa fatal. Tenía que haberme acercado a él cuando le vi salir, haciéndome la contradiza, por ejemplo. ¡Siempre meto la pata!

—Que no Sofía, que esta vez lo has hecho muy bien —contestó Manu—. Sabes de sobra que de no ser así, yo no habría parado de darte la brasa para hacerte cambiar de táctica. Lo de la contradiza ya te dije desde el

principio que no lo veía; por muy bien que se te de mentir, en tus historias siempre aparecen lagunas.

—Hablando de lagunas —interrumpió Andrés—, el otro día tuvimos una conversación muy interesante con Rubén. ¿Tú sabes algo de por qué Carmen piensa que Rubén es estríper?

—Bueno, os tengo que dejar porque se os está yendo la cobertura y además se me va a arrugar la ropa de la maleta.

—¡Eh, pájara, no huyas! —intervino Manu—. Llevamos todas las vacaciones haciendo conjeturas sobre el asunto, y no nos entra en la cabeza por qué le dijiste algo así a mi madre.

—¿Cómo os habéis enterado?

—Se lo soltó a Rubén el día de aquella comida en Nerja —contestó Andrés—. No me dijo nada para no influir en mi opinión sobre ella, pero estas vacaciones nos lo soltó partido de la risa. Dice que le preguntó si sus padres sabían que se dedicaba al mundo de la pornografía, y que no se acercase a su hijo con intenciones raras. Él le contestó que se confundía, que era guía turístico; y ella erre que erre con que eso era una tapadera, que ella sabía de primera mano que era estríper. Descartando sólo nos quedas tú.

—Pues yo no fui... se lo habrá inventado ella.

—Sofía, que nos conocemos. Si te has delatado solita. Mi madre será todo lo que sea, pero mentirosa no es.

—Tú mismo dijiste que se inventaba cosas para desprestigiar a tu cuñada, así que lo mismo... se inventó eso para desprestigiar a Rubén.

—Pero Sofía, ¿con qué fin?

—Bueno, está bien, pesados, me lo inventé yo. Era sólo para que... porque... para que no intentase emparejarme con él. ¡Ya está, eso fue! Le vio por la ventana y me dijo: ¡Mira Sofía, qué chico tan guapo para ti! Y claro, para que no me diese la lata durante la comida le solté esa bomba. Venga os dejo, que tengo cosas que hacer.

—¿Y no era más fácil decirle que también era gay?

—¿Queréis hacer el favor de dejar de interrogarme? Ya he cantado ¿no? Pues dejadme en paz que estoy muy ocupada.

—¡Qué prisas, chica! Si has sido tú la que nos ha llamado. ¡Vaya humos! Bueno pues mañana pásate por casa, te hemos traído un regalito.

—¿No será una camiseta con una foto vuestra enmarcada en un corazón?

—Tú sigue así, que lo mismo nos pensamos si dártelo.

Mientras deshacía la maleta, recordaba lo fácil que había resultado conseguir la dirección de Jaime. Volvió a usar el truco de las llaves, aunque esta vez trabajó mejor la estrategia: hizo una copia de ellas, agregó otra de su coche, y las enganchó en una anilla con una etiqueta que decía: Jaime. Después bajó al piso de su vecina.

—¡Hola!

—Hola, soy la vecina de arriba. Haciendo limpieza en los cajones de casa he encontrado estas llaves, pertenecen a su vivienda.

—¿A mi vivienda? —respondió la mujer rubia, tomando el llavero que le entregó.

—Sí, me las dejó el antiguo propietario, Jaime, por si alguna vez se le quedaban dentro. Cuando se mudó yo estaba de vacaciones y no había vuelto a acordarme.

—Ah pues, muchas gracias.

—Esta, sin embargo, es una llave de coche —intervino Sofía, recuperando el llavero de nuevo—. Deberíamos hacérsela llegar ¿no? Lo mismo el conserje tiene la dirección de su domicilio.

—Yo la tengo. Si quieres se la envío.

—Preferiría hacerlo yo misma, por correo certificado. En cierto modo me siento responsable ya que él me las entregó personalmente, y así le hago llegar una disculpa por la tardanza. Además, no quiero entretenerte más, ya bajo a la portería y le pido la dirección al conserje.

—No, mujer, yo te la doy. Pasa y te lo apunto en una nota.

Al abrir su buzón, junto con el resto de correspondencia, encontró un sobre dirigido a él sin remitente ni sello. Metió todo en la carpeta que llevaba en la mano y cogió el ascensor para subir a su casa. Al entrar por la puerta lo primero que hizo fue dejar las llaves y la chaqueta en su sitio. Sacó las cartas y las dejó sobre la mesa de la entrada excepto el sobre sin sello que le acompañó al salón. Se sentó en el lado del sofá pegado a la ventana para tener más luz y abrió el sobre. Dentro había varios folios con letra impresa, el título decía: “Manual para un supersticioso novato”. «¿Sofía ha estado aquí?». Aquello sí que no lo esperaba, habían pasado ¿cuánto? ¿Ocho meses? ¿Por qué aparecía ahora? ¿Y cómo había encontrado su dirección?

En su día le costó asimilar aquel cambio de actitud en ella, cuando se

decidió a cerrarle las puertas y salir con aquel tipo. Se le hacía difícil comprender que ella no sintiera lo mismo, habría puesto la mano en el fuego porque así era. Aún sin aparecer su nombre por ningún lado, aquel titular tenía su sello impreso. Desde luego era una sorpresa recibir noticias tuyas, notó cómo se había puesto nervioso, le inquietaba lo que allí pudiera encontrar y, sobre todo, le preocupaba crearse nuevas expectativas erróneas. Decidió tomarse con calma la lectura de aquellas letras para no caer de nuevo en las garras de su confusión, la de ella; y terminar pagando de nuevo con su silencio. Dos veces no.

Continuó leyendo después del título:

Diez sencillos pasos para librarse de esas incómodas supersticiones, que sumergen al que las padece en un mar de limitaciones.

Paso número uno: “Cómo derramar un salero y no morir en el intento”. Bueno, creo que aquí no queda nada que explicar, sólo apuntar que estoy convencida de que aún sigues echándote una pizca de sal detrás del hombro izquierdo.

«No he derramado ni un solo grano aún, y mira que he tentado a la suerte, pero eso tenlo por seguro».

Paso número dos: “Cómo evitar que un paraguas asesino te ataque en un recinto cerrado”. Se dice que esta superstición nació porque, al terminar en punta y tener varillas metálicas, se corría el riesgo de ocasionar daños a terceros. Así que si te encuentras solo en casa... no veo el problema a la hora de abrirlo. También se dice que cuando se introdujo el paraguas en Europa, al principio, lo usaban sólo los sacerdotes para officiar los entierros... quizá alguien hizo un remix con las dos historias y se creó ahí una bola supersticiosa difícil de digerir. También cuentan que si lo abres cuando hace sol, llueve; y si lo giras sobre sí mismo, espantas a la buena suerte. Lo que no entiendo es por qué los gobiernos no los usan como armamento, regalando paraguas por doquier y dando instrucciones militares con este objeto...

«¿Serás exagerada? ¿Cómo haces para que termine sintiéndome ridículo con tus explicaciones? Pues me da igual lo que digas, no pienso abrirlo».

Paso número tres: “El número trece”. ¿En serio subiste trece veces

pulsando el trece? No me di cuenta de que tenías esa fobia al número y ¿sabes qué? Cuando en nuestra primera cita no le diste a mi planta, pensé que era una indirecta para hacer una parada en tu casa. Me dio pánico equivocarme y terminé pulsándolo yo.

«Vaya, Sofía, veo que vienes en plan sincera. Esto se pone interesante».

¿Y sabes otra cosa? Después de leer la postal del número trece pensé lo mismo que tú: de haber interrumpido las postales habría creído que te gafó aquel desafío. ¿Cómo puedes ser tan retorcido planteándote si interrumpirlas?

«Bueno, no lo hice. Aunque para lo que me sirvió... debí probar y hacerlo. ¿Hubiesen cambiado las cosas? ¿Por qué estás aquí, Sofía?».

Paso número cuatro: “¿Te asustan los gatos negros?”

«Esa superstición no la tengo. Bueno, sólo si se me cruzan. ¿A quién pretendo engañar? ¡Si estoy solo!».

Se dice que dan mala suerte porque son la reencarnación del diablo. De pequeña llevé uno a casa. A mi padre por poco le da un infarto, tuve que deshacerme de él y lo dejé en un solar donde había una casa en ruinas. Durante un tiempo le llevé comida, hasta que descubrí que se había marchado porque encontraba lo que le había llevado lleno de hormigas. Mi padre en compensación, se empeñó en comprarme una tortuga. A mí no me hacía ni puñetera gracia aquel bicho, pero era la envidia de la calle y todos los niños estaban encantados con mi tortuga. Yo la quería más para presumir que para otra cosa. Un día se la presté a unos vecinos y no sé qué hicieron con ella que jamás volvió a saberse de su paradero. Sin embargo, cuando desapareció, me di cuenta de que me había acostumbrado a ella, al final le había cogido cariño y después del disgusto que me llevé, mis padres decidieron que ya no entrarían más mascotas en casa.

Te preguntaste qué pensaría al ver mi buzón lleno de postales y cómo actuaría con ellas. Se me cayeron todas al suelo cuando abrí el buzón, mezcladas con un montón de propaganda y facturas. Cuando las descubrí, una vez en casa, las extendí sobre la mesa para ver si se escondía algún enigma secreto en las fotografías del reverso. Al ver que no era así las ordené cronológicamente. Tardé un tiempo en decidirme a leerlas. Cuando resolví

hacerlo devoré unas cuantas, bastante cargada de rencor hacia tu persona, por cierto. Poco a poco me fui ablandando, tanto, que si las hubiese leído a la par que las recibía, posiblemente, habría terminado cediendo a hablar contigo antes de terminarlas. Estuve ese mes viviendo con mis padres en Benalmádena, de ahí mi ausencia.

«Vaya, eso lo explica todo. Bueno, parte. ¿Pero por qué me cuentas esto ahora? Podrías haberlo hecho en su día: “Mira, Jaime, lo siento, he leído tus postales pero no me interesas”. No te entiendo. ¿Por qué habrías cedido a la vez que las enviaba y no cediste al final? ¿Se te cruzó ese tío? Aún así, ¿qué tiene de malo hablar?».

Paso número cinco: “Pasar debajo de una escalera sin que la ira de Lucifer descargue su furia sobre tu cuerpo”. Esto viene por el triángulo que forma la escalera, por ser un símbolo sagrado como las pirámides, la santísima trinidad, etc. ¿Eres creyente? Pues entonces tendrás que santiguarte si pasas por debajo, para ahuyentar al diablo. Claro que... con la sal que le has estado echando durante todos estos años desde el hombro izquierdo, ya le tendrás más que ciego, lo mismo ni te ve pasar por debajo aunque lo intentes.

Me encantaron tus postales. Las he leído un montón de veces. Al principio estuve un poco ciega. Puede que mientras tú te desprendías de tus malos augurios, yo me iba cargando de otro tipo de presagios provocados por mi lado novelero. Las últimas diez postales no las leí. Hace tan solo unos días que me decidí a hacerlo.

«¿Pero por qué? Ahora sí que no te entiendo. ¿Qué te pasó? Eres una tía muy rara, Sofía, me reitero en mis primeras impresiones. Y me alegro de que lo nuestro no llegase a ninguna parte, es más, yo creo que de cualquier forma, lo mire por donde lo mire, tú y yo no habríamos sido capaces de armarnos con la paciencia suficiente para aguantarnos. Somos rematadamente incompatibles. ¿Cómo se puede ser tan variable? ¿En qué momento se te ocurrió no leer una parte de las postales y por qué razón? Se me escapa, Sofía».

Paso número seis: “Los espejos”. Romper un espejo son siete años de mala suerte y para este asunto no hay antídotos, lo siento. Deberás ir con mucho ojo porque la única solución que encuentro es que te abones a un pack de buena suerte para contrarrestar los efectos. Me he informado por la red y

existen varios accesorios en el mercado negro de la superstición. Te enumero siete para equilibrar la balanza: herradura, pata de conejo, tocarle la chepa a un jorobado, encontrar un trébol de cuatro hojas, tocar madera, el perejil (este lo habrá agregado Arguiñano) y tirar monedas a una fuente. Si ni con ésas notas mejoría, será mejor que te olvides del asunto y te entregues a otro espejo con las manos en alto.

No sé por qué razón, cuando vi salir a la nueva propietaria de tu casa, pensé que era tu pareja. Miento. Pensé que habías vuelto con tu mujer. Me pareció obvio, aún no había leído la parte en la que contabas que la habías vendido, y como la vi con cajas de mudanza... di por hecho que se había trasladado a vivir contigo. Decidí cerrar página y quemar las postales. No encontré fuego en casa y terminé guardándolas en un altillo del armario.

«¿Será posible...? ¿Y el marido? ¿Qué pensaste, que nos lo montábamos con otro tío? Sofía estás muy mal. Me muero por saber cuándo y cómo te enteraste de que no lo era».

Paso número siete: “Sombreros”. Poner un sombrero en la cama es presagio de que algo malo va a ocurrir. Suerte que no usas sombrero ¿no? ¿El gorro contará? Puede que sí... porque este verano usé uno para ir a la playa y así me fue, debí dejarlo todos los días sobre la cama. (Has pensado que me has contagiado las supersticiones ¿eh? Pues no, falsa alarma).

Me sentó fatal que me dijeras que tú no me habías invitado al flamenco, y que fui yo quien se auto invitó. Mi amigo Manu se estuvo riendo de mí de lo lindo. ¿Alguna vez te hablé de él? Es el que encontraste en mi casa aquel día. Esto que te voy a contar me da mucha vergüenza, tanta como el punto anterior, pero he decidido que yo también venía a contar la verdad y ésta también soy yo. Le pedí que me cambiase la casa por una semana hasta que vinieran mis padres, porque no soportaba encontrarme contigo en el ascensor después de lo que pasó: salió mi lado cobarde. Lo lamenté el otro día mientras leía tu explicación sobre aquel asunto.

«¿Entonces sólo sois amigos? Pero Susana... ¿se lo inventaría? ¿O le usaste por despecho? ¿Qué pasó? Sólo faltaba que yo también te hubiera prejuzgado».

Paso número ocho: “Posición de la cama”. Poner la cama con los pies hacia la puerta es signo de mala suerte por razones obvias en cuanto a la

posición. ¿Es este tu caso? ¡Ostras, yo sí la tengo así puesta! Mi casa es un foco de infección supersticiosa, no entiendo cómo te has atrevido a acercarte a mí en algún momento.

Decías que el conserje te miraba raro porque le intentaste sonsacar mi teléfono a través de una falsa inundación y la invención de la macro fiesta ¿no? Pues a ver cómo se te queda el cuerpo cuando leas que yo me he hecho amiga de tus antiguos vecinos de al lado, para hacer averiguaciones sobre tu paradero. Primero fue un café con la señora Remigia y sus chismes, ahí descubrí que no estabas enfermo, aunque cabía la posibilidad de que fueras algún tipo de traficante. Y el otro día tuve que interrogar al marido para que me aclarase quién era aquel señor que llevaba de la mano a tu mujer hace unos días... Sí, ahí me enteré de que habías vendido la casa el verano pasado y decidí leer el resto de las postales al borde del infarto.

«¿Nunca les habías visto juntos? ¿A día de hoy pensabas que vivía ahí? ¿Y no te extrañaba no verme? ¿Pensabas que estaba enfermo? ¿Traficante? ¿De dónde has salido tú? ¡Estás peor de lo que pensaba!».

Paso número nueve: ¡No me quedan supersticiones! ¿Qué tal si te cuento una lección que he aprendido hace poco? Se llama: “Cómo cargarte una historia en menos de tres citas e intentar salir airoso”. Cuando leí tus últimas postales marqué tu número sin darme cuenta de que no habían pasado dos días y que no bastaba un: «¡Hola! ¿Qué tal? Siento no haberte llamado antes, pero es que estaba de vacaciones». No tuve otro remedio que colgar y pensar muy bien dónde estaba y, sobre todo, me preguntaba dónde estarías tú. No me preocupaba exactamente el dónde, como lugar, sino en qué estado de ánimo recibirías mis noticias: asombro, decepción, indiferencia... Lo primero que se me pasó por la cabeza fue inventar una excusa que justificara mi silencio. No encontré ninguna, y la verdad me producía tal cobardía que hubiese sido más fácil dejarlo todo como estaba, pero no podía.

«¿Qué cómo habría recibido tu llamada? Pues no tengo ni idea, pero desde luego sí con asombro y nunca con indiferencia; la decepción ya me la llevé en su día. Pero si me das a elegir, prefiero la forma que has escogido, al estilo Sofía».

Paso número diez: En cuanto a la pregunta que te planteabas en la penúltima postal, sobre cómo terminaría “Sin noticias de Sofía”... Es muy

sencillo, sólo tienes que confiar una vez más en ella y dejarte llevar.

Te envío una entrada para un espectáculo flamenco de un grupo que me han dicho que no lo hace nada mal. A mí no me entusiasma demasiado este tipo de espectáculos, pero me encantaría volver a sentarme en aquella mesa y empezar de nuevo. ¿Me recogerás en mi casa o allí nos vemos? Decidas lo que decidas, yo iré seguro.

(¿Ves? Esta vez sí te he invitado yo)

«¡No me lo puedo creer Sofía! Entrás en mi vida como un huracán, desapareces, y ahora pretendes que todo vuelva a empezar como si nada. Con alguien como tú no contaba ¿sabes? No me convienes en absoluto, rompes mis esquemas y además... ya había asumido tu fuga. ¿Y ahora qué? ¿Tiro la carta y hago como si no la hubiese recibido? ¿Qué harás si no aparezco, Sofía? ¿Te conformarás? ¿Insistirás? ¿Lo probamos? ¿Quieres algo de tu medicina?».»

Sofía estaba hecha un manojo de nervios. Después de darle mil vueltas había decidido ponerse el mismo conjunto que usó la primera vez que salieron juntos. No era por superstición ni porque creyese que le iba a dar suerte, simplemente pensaba que de esa guisa sería un volver al principio en toda regla. Le costó horrores enfundarse de nuevo aquellos vaqueros, la Semana Santa en Mallorca le había sentado de maravilla a su trasero. Cuando terminó de arreglarse, puntual como nunca, le dio cinco minutos de rigor en la espera de casa; conociendo su escrupulosa puntualidad, si no había llegado era porque habría decidido ir directamente a la sala Flamenka o bien dejarla plantada, aunque esto último no quería ni pensarlo.

Ocupó la misma mesa y asiento. Nada más entrar sintió un hormigueo muy distinto a la primera vez. Qué lejos parecía ahora aquello, y qué diferentes las sensaciones. Pidió una consumición al camarero sin parar de mirar a su alrededor. En una de las mesas, bastante alejada de donde se encontraba ella, estaba sentado Manu. Andrés debía encontrarse en el servicio. Les había pedido que la acompañaran por si no se presentaba, aunque les prohibió

acercarse si lo hacía. A Manu se le notaba algo intranquilo y aquello hacía que ella se sintiera más nerviosa aún. Era extraño que no se hubiese puesto en contacto con ella. Ciertamente era que dejó en sus manos la decisión de ir juntos o por separado, pero en el fondo contaba con la primera; y su lado impaciente se quedó con las ganas de tener noticias tuyas nada más recibir el manual.

—¿Está ocupado este asiento?

Recibió aquella voz como una bocanada de aire fresco.

—Sí. Digo no. Bueno ya me entiendes —contestó levantándose para darle dos tímidos besos que él acompañó de la misma forma—. Pensaba que ya no ibas a venir. «¡Has venido! ¿Por qué no has ido a buscarme? No creas que porque ahora esté tan contenta te lo voy a perdonar. ¡No me creo que estés aquí!».

—¿Por qué lo pensabas? —ocupó su asiento complacido por la reacción de ella—. Aún no ha empezado. «Te lo mereces, y da gracias que he venido, pensaba darte plantón. Te ha salvado que no he podido resistirme».

—Ya sé que llegas a tiempo pero no sé, tenía mis dudas. Acabo de pedir, así que ahora se pasará el camarero por aquí —le informó, al ver que no paraba de mirar a su alrededor algo inquieto.

Permanecieron unos minutos en silencio, cada uno entretenido en cualquier cosa que mantuviera su atención apartada de aquel vacío tan incómodo.

—¿Buscas a alguien? —le preguntó finalmente. Viendo que ya había pedido una cerveza al camarero y que aún seguía curioseando a su alrededor.

—No, es que cuando entré me pareció haber visto a mi peluquero. Bueno, más que a mi peluquero, al dueño de la peluquería donde voy —apoyó los brazos en la mesa y observó que Sofía se mostraba inquieta. Había cogido y soltado tres veces su copa, dándole a penas un sorbo y jugaba con una servilleta que ahora tenía el aspecto de un regaliz de esos enrollados con forma de disco. Dejó de incomodarle aquella situación, comenzaba a parecerle divertido ver a una Sofía así de descolocada.

—Ah —siguió ella—, y ya que estás aquí quieres aprovechar para pedir cita. ¿Será un corte a tijera o eres de los de maquinilla eléctrica?

—No, mujer, era por curiosidad.

—Bueno... ¿vas a soltarlo ya? —apoyó los codos en la mesa y se acercó un poco más, con una mirada interrogante apuntándole directamente. Se había deshecho del disco servilleta y ahora la había tomado con el posavasos.

—¿Qué quieres que suelte? —intentó parecer serio, pero en el fondo le

apetecía soltar una sonrisa.

—Lo que sea, cualquier cosa. Esta situación me resulta embarazosa.

—No sé qué decir, Sofía. Ha sido todo tan... raro. No contaba con esto, no ahora. Yo había pasado página —dijo esto sin mirarla, puso toda su atención en verter el contenido de la cerveza que le había traído el camarero, en su copa.

—¿Y eso qué significa? Que ya... que no —«joder, qué difícil de plantear»—... ¿Qué significa? —cambió su posición a una más relajada sobre el respaldo, quizá para alejarse un poco también de la distancia que parecía estar marcando él.

—Pues eso, que había pasado página, que ya no contaba contigo.

—Has conocido a alguien... ¿no?

—La verdad es que —«¡No Jaime, ni se te ocurra, más mentiras no! Pero estaría bien fastidiarla un rato»—... No, no he conocido a nadie. Simplemente me había hecho a la idea de que ya no existías para mí. Y ahora que has aparecido, pues tengo mis dudas de que... Somos muy distintos, Sofía.

—¿Consientes rendirte antes de intentarlo? —volvió a acercarse apoyando los brazos sobre la mesa. Escuchar de su boca que no había nadie, era lo suficientemente alentador como para no darse por vencida. Y además había venido.

—Mira, allí está, ese es —apuntó Jaime con un gesto de la cabeza a una mesa del fondo—, y está con... ¿tu amigo?

—¿Andrés es tu peluquero?

—Él no, su ayudante. ¿Le conoces?

—Pues claro, es el novio de Manu —sus miradas iban, como si se tratara de un partido de tenis, de la mesa de Manu y Andrés, a la cara del que tenían enfrente, mientras se interrogaban.

—Entonces tu amigo es...

—Sí, gay. No me lo puedo creer. ¿Entonces él sabía de ti? ¡Me lo cargo!

—Sólo hemos hablado una vez, cuando me informó de que el antiguo dueño le había traspasado la peluquería. ¿Has traído carabinas, Sofía? —aquí ya no pudo aguantar reírse.

—No, hombre, era por si no venías. Me daba pánico quedarme aquí sola, plantada como una boba. Pero ya les vale, se tenían que haber escondido un poco más —contestó ella, mirándoles descaradamente e intentando descifrar lo que estarían comentando en ese momento.

—¿Qué te parece Jaime para Sofía?

—Que Sofía me va a matar —contestó Andrés apurando el contenido en su vaso de un trago—... Jaime es cliente mío.

—¿Cómo cliente? —le miró fijamente sin poder dar crédito.

—Pues cliente, con todas las letras. ¡Que se corta el pelo en mi peluquería!

—¡No jodas! ¿Y por qué puñetas no nos lo habías dicho?

—Porque yo no sabía que ese Jaime, era su Jaime.

—Pero vamos a ver, Andrés, ¿cuántos Jaimes te crees tú que habrá en Málaga? Si se llamase Juan, Manolo o Miguel, ¿pero Jaime? No es tan común —se revolvía en su asiento mientras hablaba—. ¿Nunca se te pasó por la cabeza?

—Pues no, en Valladolid conozco un par de Jaimes.

—¿Y cuántos clientes tienes que se llamen Jaime?

—Uno.

—Cuando alguien va a una peluquería es por dos razones: a) vive cerca o b) trabaja cerca. Jaime vivía en el bloque de Sofía, y tu peluquería está cuatro calles más arriba. Andrés, Sofía te va a matar, eso tenlo por seguro.

—Bueno, no seas aguafiestas. ¿Y a ti qué te parece Jaime para Sofía?

—La verdad es que me gusta para ella. ¿La has visto? Está completamente embobada.

—Ambos lo están.

—¿De qué estarán hablando?

—Ya nos contará. ¡Qué raro se me hace, Manu! Es como si la perdiésemos ¿verdad?

—Ay chico, que angustias eres, ni que fuera nuestra hija que se va del nido. A ti se te está pegando un poco lo novelero de ella ¿no?

—Es que pienso que se irá alejando de nosotros, dejará de llamarnos a todas horas con sus ocurrencias... la echaré de menos.

—Tú tranquilo, ya verás que en cuanto la conozca un poco nos la envía de vuelta, Sofía es agotadora.

El espectáculo comenzó con media hora de retraso por fallos de sonido.

Ellos, ajenos a la actuación, habían cambiado de posición acercando sus asientos para seguir conversando en voz baja, sin molestar a nadie. Volvió a formarse un incómodo silencio entre ellos, y aunque estaban ansiosos por hablar de las circunstancias que les habían llevado hasta allí, les costaba lanzarse a dar el paso. Fue Jaime quien finalmente se atrevió con la primera pregunta.

—¿Por qué pensaste que la propietaria de mi casa era mi ex mujer? Y de su marido ¿qué pensabas, que formábamos un ménage á trois?

—¡Qué va! —contestó ella riendo— es que el marido trabaja en el extranjero. Había coincidido alguna vez con él, pero no con los dos juntos. Pensaba que él era otro vecino independiente.

—¿Y no te extrañaba no verme por allí?

—Pues claro que me extrañaba. Hubo un tiempo que hasta me preocupó el asunto por si te había pasado algo, y estuve tentada a preguntarle a tu mujer. Pero no me atreví. Así que me hice amiga de tus vecinos ¡de la vieja cabrona! Mi madre no habría dado crédito si llega a verme a través de un agujero, tomando café en la casa de unos vecinos octogenarios. El día que vi al verdadero marido cogido de la mano de ella, fue cuando descubrí el pastel.

—¿Por qué la llamas vieja cabrona? ¿Qué te ha hecho? —le gustaba la intimidad que les había proporcionado el inicio del espectáculo, y tener que acercarse tanto a su oído para hablar.

—Es una historia sin importancia, pero ya me cae bien, es un encanto.

—¿Tiene que ver con aquel asunto de tus llaves?

—¿Mis llaves?

—Bueno, las de aquel vecino que usa un llavero idéntico al tuyo.

—Vaya, te diste cuenta del asunto...

—¿Te cuento un secreto? —intervino al ver que se había quedado cortada, y se concentraba en mirar y dar vueltas al contenido de su vaso—. Pensé que tu amigo Manu era tu pareja.

—¿Por qué?

—Le vi varias veces en el ascensor, luego en tu casa... Vamos que me puse a atar cabos a lo Sofía y llegué a esa conclusión. Parece ser que todo se pega.

—¡No me digas! Cuando se lo cuente le va a encantar, siempre está obsesionado con que tiene mucha pluma.

—Yo no se la he notado.

—¿Qué pensaste cuando pasó el tiempo y viste que no me ponía en

contacto? —era la pregunta que más curiosidad le producía. Había intentado muchas veces ponerse en su lugar después de leer todas las postales, verse desde los ojos de él. Cuando lo hacía sentía como si hubiera tomado una poción de Alicia convirtiéndose de pronto en pequeña.

—La verdad es que pensé que me había equivocado contigo. Primero porque no me cuadrabas como una tía que juega a dos bandas. Y en mis conclusiones también entró en juego una información que no te he contado. Susana vino un día a mi trabajo para contarme que te había visto muy bien acompañada con un tío en una taberna irlandesa, para más señas fue donde estuvimos aquella vez. Al principio no la tomé en serio, me dijo que estabais muy acaramelados. Pero después fue cuando comencé a atar todos los cabos.

—Puede que me viera con Manu o con Andrés, no recuerdo haber ido con nadie más a ese sitio, con alguna compañera quizá, pero desde luego lo de acaramelados... es de su cosecha.

—Si no hace falta que me des explicaciones...

—Sí hace falta, ya hemos tenido bastantes malos entendidos en esta historia, y no me apetece dejarlos ahora en el aire. ¡Vaya con Susana, cómo se las gasta! ¿Y la segunda razón?

—¿Qué segunda razón?

—Por la que pensaste que te habías equivocado conmigo.

—No se te escapa una ¿eh? Pues porque aunque hubieses decidido salir con otro tío, no me cuadraba tu silencio, me parecía una reacción muy infantil y exagerada.

—No me extraña... a mí cuando leí las últimas postales, siete u ocho meses más tarde, no se me ocurría ni una excusa para defenderme.

—Bueno, la verdad te sirvió.

—Pero me daba mucha vergüenza la verdad, por si pensabas que era idiota perdida.

—Y muy rara, Sofía, me das miedo.

—Tan rara no soy, lo que pasa es que siempre tomo las decisiones más... aparatosas.

—¡Ahí le has dado!

—Eso unido a que me pasan cosas muy extrañas... ¿Sabes qué? —en un brote de entusiasmo apoyó la mano en su brazo para hablar—. Te debo una cena. No te superé en pasado escabroso, pero creo que te superaré en un futuro próximo de esa terminología.

—Me estás asustando, Sofía. ¿Qué tienes pensado hacer?

—En agosto voy de boda, se casa mi mejor amiga de toda la vida, adivina con quién.

—¡No! —contestó él, abriendo los ojos de par en par.

—¡Sí!

—¿Y cómo lo llevas, cómo te enteraste?

—Bien, ya lo he superado, aunque admito que me ha costado hacerme a la idea. Me enteré por ella. Estuvimos un tiempo algo distanciadas, pero ahora bien. Con él más distante, es más fácil cuando se corta con alguien y se pierde el contacto. El tener que compartir a mi amiga es incómodo, sobre todo estando todo tan reciente en la ruptura. Al principio me daba miedo hasta verlos juntos, por si me venía un ramalazo de nostalgia y me dolía su relación.

—¿Y sentiste algo así, te dolió?

—No. Lo único que ha ocurrido es que ha cambiado nuestra amistad. Estábamos acostumbradas a contarnos todo con pelos y señales, pero el tema de Alex es un poco tabú entre nosotras y ahora nos cuesta hablar con naturalidad.

—Es que es raro de cojones. A mí también me costaría hacerme a la idea.

—Admites que ahí te gana ¿no?

—Espero que sí, no me apetece en este momento que mi vida experimente más contratiempos. Vamos a quedarnos sólo con el tuyo, te nombro ganadora.

—Ahora que dices de contratiempos, ¿qué fue aquello que tratabas de explicarme en una postal sobre los grandes cambios que pueden producir un solo instante? No sólo tardé en descifrarlo, sino que luego se me atragantó lo que concluí.

—¿En serio? A saber lo que dedujiste.

—Mejor que no lo sepas. No conocía tu lado metafórico abstracto, ¿a qué te referías exactamente?

—A ver cómo te lo explico... Pues que si te hubiera dicho la verdad aquel día, que salía con Susana pero que habíamos terminado la relación unos días antes, no habría pasado lo que ocurrió en casa. Me refiero a tu espantada. Se habría quedado todo en un mal rato.

—¿Pero por qué lo ocultaste?

—Porque al haberlo hecho desde el principio, pensé que ya era tarde. Además, como ya había terminado la relación creí que estaba todo resuelto.

—¿Y la primera vez, por qué te lo callaste?

—Para que no me prejuzgaras, después de contarte lo de mi pasado escabroso... iba a parecer que estaba repitiendo la jugada flirteando contigo.

—¿Flirteabas conmigo? —preguntó en tono jocoso y triunfal.

—No me salgas con esas ahora.

Notaban que poco a poco y gracias a la conversación, parecía haberse evaporado toda aquella maraña de resentimiento. Sofía se había relajado por completo y se sentía con ganas de recuperar la complicidad con su acompañante. Jaime, por su parte, seguía con curiosidad por saber las reacciones que ella había experimentado con sus cartas.

—Y si al recibir mis postales hubieses estado en casa —se animó a preguntar, viendo que Sofía comenzaba a desviarse de la conversación y después le costaría retomarla sin venir a cuento—, ¿en qué postal habrías cambiado de opinión?

—Pues ahora así, en frío... no lo sé, por esa época estaba muy rencorosa. Puede que en la que me llevas a tu día de playa o en la que me invitas de nuevo aquí, prometiendo tragarte todo el espectáculo. ¿En serio nos vamos a quedar a verlo entero? Porque ya puestos a empezar de nuevo, lo mejor será que sigamos los mismos pasos que aquel día ¿no?

—Sí, ya veo que tú has venido dispuesta a repetir, tus labios lo dicen todo.

—Como ves, soy una mujer de palabra —contestó Sofía, mientras se levantaban y salían de la sala, no sin antes decirles adiós a sus amigos con un gesto que devolvieron entusiasmados.

Hacía una noche despejada y algo fría para ser finales de abril. Sofía había tenido que echar mano de un abrigo antes de salir, y aún así se notaba el frío por la carga de humedad. Jaime, que caminaba a su lado, levantó el brazo y paró un taxi.

—¿Por qué paras un taxi? si está aquí al lado el restaurante.

—En algún momento tendremos que salirnos del guión ¿no?

—¿Por qué?

—Entre otras cosas porque me va a resultar muy difícil volver a mi antigua casa, ¡no tengo llaves! —informó, riendo y enseñando las manos vacías para documentar sus palabras.

—No te preocupes, yo tengo una copia —le dijo mostrando las suyas.

—¿En serio? —un taxi paró junto a ellos, Jaime le hizo un gesto al taxista indicándole que habían cambiado de opinión y no iban a subir en él.

—No —contestó, guardándolas de nuevo en su abrigo— es una larga historia.

—Vienes cargada de historias misteriosas hoy —respondió, entrelazando la mano que ella acababa de sacar del bolsillo con la suya.

En un silencio excitado y alegre, caminaron por aquellas calles cogidos de la mano con dirección al restaurante donde, ocho meses atrás, Sofía había derramado el salero. Al aproximarse descubrieron con cierta nostalgia, que lo habían cerrado. En la fachada había un gran andamio de obra. Sofía fue a acercarse a la cristalera para ver si podía adivinar en qué se iba a convertir el restaurante. Jaime se quedó mirándola mientras separaban sus manos y Sofía se aproximaba a la cristalera, cubriéndose con las manos a modo de visera para observar mejor el interior del local. Entre sombras pudo distinguir montones de libros apilados, y un cartel donde podía leerse que se trataba de una librería, aunque el nombre del establecimiento no alcanzó a averiguarlo. En ese instante se volvió para buscar la mano perdida de Jaime y contarle lo que había visto. Él la miraba a un metro de distancia. Antes de que Sofía pudiera preguntarse el por qué de ese extraño comportamiento, Jaime tiró de la mano que ella le había tendido, y la estrechó entre sus brazos mientras la besaba apasionadamente en los labios.

—¿Y eso? —preguntó Sofía tras el momento de pasión, permaneciendo aún abrazados.

—Jamás paso por debajo de un andamio —contestó él, con una sonrisa maliciosa.

—¿Existe alguna superstición más que deba conocer? Este sería un buen momento para que tú hables y yo pueda salir corriendo.

—No tengas tanta prisa, ya las irás conociendo.

—No entiendo cómo es posible que, con la buena documentación de aquel manual, aún sigas creyendo en esas pamplinas. Por cierto, ¿tú no tenías una cadena de restaurantes? ¿Por qué no me llevas a conocer uno?

—Pues... teniendo en cuenta que acabo de descubrir que cuando vuelcas saleros, exterminas los negocios de restauración... ¡Lo llevas claro si piensas que te voy a llevar a uno mío! —dijo la última frase poniendo mucho énfasis, lo que provocó que Sofía explotara en una carcajada.

—Esto no va a funcionar, Jaime —anunció ella, separándose un poco de

su cuerpo mientras se reía por su comentario.

—Anda, ven, no seas supersticiosa —contestó, justo antes de que sus labios volvieran a encontrarse.

**FIN**

## Agradecimientos

*Tengo mucha gente a la que agradecer el apoyo en este proyecto: algunos por su ayuda directa y otros por haberme soportado, que no es poco.*

*Permitidme que empiece por esos que revolotean constantemente a mi alrededor, los chicos de mi casa, mis chicos: Luis, Narcís y Saúl, por ese tiempo que os he robado, mil gracias por habérmelo permitido. A Luis por aquel bolígrafo que, aunque parezca que no, cambió muchas cosas. Y que sepas que aunque perdoné lo de los tostones, no lo voy a olvidar tan fácilmente... ¡Además, es muy divertido recordártelo! Gracias por tu grandísimo apoyo.*

*A Ángeles, mi conejillo de indias número uno... Lo que nos habremos reído con las primeras correcciones. Todavía recuerdo cuando querías cargarte a Jaime, porque te caía fatal, y me pedías que hiciera heterosexual a Manu. Fuiste la única que leyó la novela, capítulo a capítulo, según salía del horno, y con tus reacciones disfruté muchísimo. Y no me olvido de la sinopsis.*

*A Jose, un amigo a quien nunca llamo por su nombre. Sé que he sido muy, muy brasas, no entiendo cómo me has aguantado, pero ya sabes que la confianza... es lo que tiene. Y también te lo merecías por atreverte a poner patas arriba varios capítulos. Gracias por colaborar conmigo, y por esa idea genial que tuviste en la portada.*

*A Antonio, alias “hueso duro”. El miedo que pasé hasta que me diste tu primera impresión aquel día en el Molly... por un momento pensé que me dirías: “Te lo digo desde el cariño pero... ¡dedícate a otra cosa, Sarita!”. Gracias por tus correcciones, aportaste muy buenos consejos al texto para madurarlo.*

*A Markos, que tardó y tardó... pero al final lo leyó y me abrió los ojos con aquello de subirle un poco la testosterona a Jaime.*

*A Vicente, el artista de esa composición tan magnífica que es la portada. Gracias por prestarte a este proyecto, y de la forma en que lo has hecho. Eres un gran profesional.*

*Y, por supuesto, no pienso olvidarme de mis amigas M<sup>a</sup> José y Chari, que me acompañaron a visitar los distintos locales que aparecen en la novela. Lo bien que lo hemos pasado documentándonos ¿eh, chicas? Todavía*

*me acuerdo cuando, saliendo de El Pimpi, en vez de ir a visitar Flamenka, decidimos irnos por ahí a tomar unas copas y echar unos bailes. Sois geniales y me habéis apoyado mucho. (Acabáis de descubrir, los que estéis leyendo esto, que el escenario de ese lugar es completamente inventado, espero que no me lo toméis muy en cuenta).*